

Se presenta aquí una cuidada antología que pretende trazar un camino de ida y vuelta sobre la obra de Augusto Monterroso, amigo de las cosas irónicamente simples y máxima figura del género más breve de la literatura: el microrrelato. Articulado en dos bloques complementarios, el volumen recoge los cuentos y ensayos más narrativos del autor, proporcionando un viaje a la felicidad y a la sencillez, a la gracia y a la discreción, al humorismo y a la tristeza. Un tímido homenaje al más refinado de los escritores hispanoamericanos.«Hay que leerlo manos arriba. Su peligrosidad se funda en la sabiduría solapada y la belleza mortífera de la falta de seriedad.»
Gabriel García Márquez

Lectulandia

Augusto Monterroso

El paraíso imperfecto

Antología tímida

ePub r1.1

Piolin 28.8.2016

Título original: *El paraíso imperfecto*
Augusto Monterroso, 1960
Ilustración de la cubierta: Henning Wagenbreth

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Índice

El paraíso imperfecto

Estatuta y Poesía

Míster Taylor

El eclipse

Uno de cada tres

Vaca

Obras completas

«Veo un río ancho, muy ancho, su corriente tranquila...»

El Conejo y el León

El Mono que quiso ser escritor satírico

La Mosca que soñaba que era un Águila

La Fe y las montañas

La tela de Penélope, o quién engaña a quién

La Oveja negra

La Tortuga y Aquiles

El Camaleón que finalmente no sabía de qué color ponerse

El apóstata arrepentido

El Rayo que cayó dos veces en el mismo sitio

La Jirafa que de pronto comprendió que todo es relativo

El Mono piensa en ese tema

El Burro y la Flauta

El Paraíso imperfecto

Gallus aureorum ouorum

Origen de los ancianos

El Zorro es más sabio

«En mi alto insomnio veo a veces a un niño de nueve o diez años...»

Te conozco, mascarita

Movimiento perpetuo

Homenaje a Masoch

Beneficios y maleficios de Jorge Luis Borges

Fecundidad

Homo scriptor

Onís es asesino

Bajo otros escombros

Cómo me deshice de quinientos libros

Las criadas

Humorismo

El paraíso

La vida en común

Navidad. Año nuevo. Lo que sea

Rosa tierno
La brevedad
Tú dile a Sarabia que digo yo que la nombre y que la comisione aquí o en donde
quiera, que después l
«¿Somos, como dice Pitágoras, extranjeros de este mundo?...»
Las ilusiones perdidas
Las muertes de Horacio Quiroga
Novelas sobre dictadores (1)
Novelas sobre dictadores (2)
De lo circunstancial o lo efímero
Sobre la traducción de algunos títulos
Sobre un nuevo género literario
Los libros tienen su propia suerte
Llorar orillas del río Mapocho
«Uno puede escoger sus antepasados más remotos...»
Dejar de escribir
Las buenas maneras
Aún hay clases
Subcomedia
Las almas en pena
Puntos de mira
Leer y releer
Tren Barcelona-París
Postergaciones
Epitafio encontrado en el cementerio Monte Parnaso de San Blas, S. B.
La pregunta de siempre
¿Qué cosa es todo poema?
Dualidades
Bumes, protobumes, subbumes
El otro aleph
La vaca
El autor ante su obra
Mi primer libro
«Como mis libros son ya antologías de cuanto he escrito...»
Índice de procedencias
Cuando este libro
Notas
Biografía
Créditos
Acerca de Random House Mondadori

Estatura y Poesía

Los enanos tienen una especie de sexto sentido que les permite reconocerse a primera vista.

EDUARDO TORRES

Sin empinarme, mido fácilmente un metro sesenta. Desde pequeño fui pequeño. Ni mi padre ni mi madre fueron altos. Cuando a los quince años me di cuenta de que iba para bajito me puse a hacer cuantos ejercicios me recomendaron, los que no me convirtieron ni en más alto ni en más fuerte, pero me abrieron el apetito. Esto sí fue problema, porque en ese tiempo estábamos muy pobres. Aunque no recuerdo haber pasado nunca hambre, lo más seguro es que durante mi adolescencia pasé buenas temporadas de desnutrición. Algunas fotografías (que no siempre tienen que ser borrosas) lo demuestran. Digo todo esto porque quizá si en aquel tiempo hubiera comido no más sino mejor, mi estatura sería ahora más presentable. Cuando cumplí veintiún años, ni un día menos, me di por vencido, dejé los ejercicios y fui a votar.

De todos es sabido que los centroamericanos, salvo molestas excepciones, no han sido generalmente favorecidos por una estatura extremadamente alta. Dígase lo que se diga, no se trata de un problema racial. En América hay indios que aventajan en ese sentido a muchos europeos. La verdad es que la miseria y la consiguiente desnutrición, unidas a otros factores menos espectaculares, son la causa de que mis paisanos y yo estemos todo el tiempo invocando los nombres de Napoleón, Madero, Lenin y Chaplin cuando por cualquier razón necesitamos demostrar que se puede ser bajito sin dejar por eso de ser valiente.

Con regularidad suelo ser víctima de chanzas sobre mi exigua estatura, cosa que casi me divierte y conforta, porque me da la sensación de que sin ningún esfuerzo estoy contribuyendo, por deficiencia, a la pasajera felicidad de mis desolados amigos. Yo mismo, cuando se me ocurre, compongo chistes a mi costa que después llegan a mis oídos como productos de creación ajena. Qué le vamos a hacer. Esto se ha vuelto ya una práctica tan común, que incluso personas de menor estatura que la mía logran sentirse un poco más altas cuando dicen bromas a mi costa. Entre lo mejorcito está llamarme representante de los Países Bajos y, en fin, cosas por el estilo. ¡Cómo veo brillar los ojos de los que creen estarme diciendo eso por primera vez! Después se irán a sus casas y enfrentarán los problemas económicos, artísticos o conyugales que los agobian, sintiéndose como con más ánimo para resolverlos.

Bien. La desnutrición, que lleva a la escasez de estatura, conduce a través de ésta, nadie sabe por qué, a la afición de escribir versos. Cuando en la calle o en alguna reunión encuentro a alguien menor de un metro sesenta, recuerdo a Torres, a Pope o a Alfonso Reyes, y presiento o casi estoy seguro de que me he topado con un poeta. Así como en los francamente enanos está el ser rencorosos, está en los de estatura mediana el ser dulces y dados a la melancolía y la contemplación, y parece que la

musa se encuentra más a sus anchas, valga la paradoja, en cuerpos breves y aun contrahechos, como en los casos del mencionado Pope y de Leopardi. Lo que Bolívar tenía de poeta, de ahí le venía. Quizá sea cierto que el tamaño de la nariz de Cleopatra está influyendo todavía en la historia de la Humanidad; pero tal vez no lo sea menos que si Rubén Darío llega a medir un metro noventa la poesía en castellano estaría aún en Núñez de Arce. Con la excepción de Julio Cortázar, ¿cómo se entiende un poeta de dos metros? Vean a Byron cojo y a Quevedo patizambo; no, la poesía no da saltos.

Llego a donde quería llegar.

El otro día me encontré las bases de unos juegos florales centroamericanos que desde 1916 se celebran en la ciudad de Quetzaltenango, Guatemala. Aparte de la consabida relación de requisitos y premios propios de tales certámenes, las bases de éste traen, creo que por primera vez en el mundo, y espero que por última, una condición que me movió a redactar estas líneas, inseguro todavía de la forma en que debe interpretarse.

El inciso e) del apartado «De los trabajos» dice:

e) Debe enviarse con cada trabajo, pero en sobre aparte, perfectamente cerrado, rotulado con el pseudónimo y título del trabajo que ampara, una hoja con el nombre del autor, firma, dirección, breves datos biográficos y una fotografía. Asimismo se suplica a los participantes *en verso* enviar, completando los datos, *su altura en centímetros* para coordinar en mejor forma el ritual de la reina de los Juegos Florales y su corte de honor.

Su altura en centímetros.

Una vez más pienso en Pope y en Leopardi, afines únicamente en esto de oír (con rencor o con tristeza) pasar riendo a las parejas normales, en las madrugadas, después de la noche del día de fiesta, frente a sus cuartos compartidos duramente con el insomnio.

Míster Taylor

—Menos rara, aunque sin duda más ejemplar —dijo entonces el otro—, es la historia de Mr. Percy Taylor, cazador de cabezas en la selva amazónica.

Se sabe que en 1937 salió de Bastan, Massachusetts, en donde había pulido su espíritu hasta el extremo de no tener un centavo. En 1944 aparece por primera vez en América del Sur, en la región del Amazonas, conviviendo con los indígenas de una tribu cuyo nombre no hace falta recordar.

Por sus ojeras y su aspecto famélico pronto llegó a ser conocido allí como «el gringo pobre», y los niños de la escuela hasta lo señalaban con el dedo y le tiraban piedras cuando pasaba con su barba brillante bajo el dorado sol tropical. Pero esto no afligía la humilde condición de Mr. Taylor porque había leído en el primer tomo de las *Obras completas* de William G. Knight que si no se siente envidia de los ricos la pobreza no deshonra.

En pocas semanas los naturales se acostumbraron a él y a su ropa extravagante. Además, como tenía los ojos azules y un vago acento extranjero, el Presidente y el Ministro de Relaciones Exteriores lo trataban con singular respeto, temerosos de provocar incidentes internacionales.

Tan pobre y mísero estaba, que cierto día se internó en la selva en busca de hierbas para alimentarse. Había caminado cosa de varios metros sin atreverse a volver el rostro, cuando por pura casualidad vio a través de la maleza dos ojos indígenas que lo observaban decididamente. Un largo estremecimiento recorrió la sensitiva espalda de Mr. Taylor. Pero Mr. Taylor, intrépido, arrostró el peligro y siguió su camino silbando como si nada hubiera visto.

De un salto (que no hay para qué llamar felino) el nativo se le puso enfrente y exclamó:

—Buy head? Money, money.

A pesar de que el inglés no podía ser peor, Mr. Taylor, algo indispuerto, sacó en claro que el indígena le ofrecía en venta una cabeza de hombre, curiosamente reducida, que traía en la mano.

Es innecesario decir que Mr. Taylor no estaba en capacidad de comprarla; pero como aparentó no comprender, el indio se sintió terriblemente disminuido por no hablar bien el inglés, y se la regaló pidiéndole disculpas.

Grande fue el regocijo con que Mr. Taylor regresó a su choza. Esa noche, acostado boca arriba sobre la precaria estera de palma que le servía de lecho, interrumpido tan sólo por el zumbir de las moscas acaloradas que revoloteaban en torno haciéndose obscenamente el amor, Mr. Taylor contempló con deleite durante un buen rato su curiosa adquisición. El mayor goce estético lo extraía de contar, uno por uno, los pelos de la barba y el bigote, y de ver de frente el par de ojillos entre irónicos que parecían sonreírle agradecidos por aquella deferencia.

Hombre de vasta cultura, Mr. Taylor solía entregarse a la contemplación; pero esta vez en seguida se aburrió de sus reflexiones filosóficas y dispuso obsequiar la cabeza a un tío suyo, Mr. Rolston, residente en Nueva York, quien desde la más tierna infancia había revelado una fuerte inclinación por las manifestaciones culturales de los pueblos hispanoamericanos.

Pocos días después el tío de Mr. Taylor le pidió —previa indagación sobre el estado de su importante salud— que por favor lo complaciera con cinco más. Mr. Taylor accedió gustoso al capricho de Mr. Rolston y —no se sabe de qué modo— a vuelta de correo «tenía mucho agrado en satisfacer sus deseos». Muy reconocido, Mr. Rolston le solicitó otras diez. Mr. Taylor se sintió «halagadísimo de poder servirlo». Pero cuando pasado un mes aquél le rogó el envío de veinte, Mr. Taylor, hombre rudo y barbado pero de refinada sensibilidad artística, tuvo el presentimiento de que el hermano de su madre estaba haciendo negocio con ellas.

Bueno, si lo quieren saber, así era. Con toda franqueza, Mr. Rolston se lo dio a entender en una inspirada carta cuyos términos resueltamente comerciales hicieron vibrar como nunca las cuerdas del sensible espíritu de Mr. Taylor.

De inmediato concertaron una sociedad en la que Mr. Taylor se comprometía a obtener y remitir cabezas humanas reducidas en escala industrial, en tanto que Mr. Rolston las vendería lo mejor que pudiera en su país.

Los primeros días hubo algunas molestas dificultades con ciertos tipos del lugar. Pero Mr. Taylor, que en Bastan había logrado las mejores notas con un ensayo sobre Joseph Henry Silliman, se reveló como político y obtuvo de las autoridades no sólo el permiso necesario para exportar, sino, además, una concesión exclusiva por noventa y nueve años. Escaso trabajo le costó convencer al guerrero Ejecutivo y a los brujos Legislativos de que aquel paso patriótico enriquecería en corto tiempo a la comunidad, y de que luego luego estarían todos los sedientos aborígenes en posibilidad de beber (cada vez que hicieran una pausa en la recolección de cabezas) de beber un refresco bien frío, cuya fórmula mágica él mismo proporcionaría.

Cuando los miembros de la Cámara, después de un breve pero luminoso esfuerzo intelectual, se dieron cuenta de tales ventajas, sintieron hervir su amor a la patria y en tres días promulgaron un decreto exigiendo al pueblo que acelerara la producción de cabezas reducidas.

Contados meses más tarde, en el país de Mr. Taylor las cabezas alcanzaron aquella popularidad que todos recordamos. Al principio eran privilegio de las familias más pudientes; pero la democracia es la democracia y, nadie lo va a negar, en cuestión de semanas pudieron adquirirlas hasta los mismos maestros de escuela.

Un hogar sin su correspondiente cabeza tenía por un hogar fracasado. Pronto vinieron los coleccionistas y, con ellos, las contradicciones: poseer diecisiete cabezas llegó a ser considerado de mal gusto; pero era distinguido tener once. Se vulgarizaron tanto que los verdaderos elegantes fueron perdiendo interés y ya sólo por excepción adquirirían alguna, si presentaba cualquier particularidad que la salvara de lo vulgar.

Una, muy rara, con bigotes prusianos, que perteneciera en vida a un general bastante condecorado, fue obsequiada al Instituto Danfeller, el que a su vez donó, como de rayo, tres millones y medio de dólares para impulsar el desenvolvimiento de aquella manifestación cultural, tan excitante, de los pueblos hispanoamericanos.

Mientras tanto, la tribu había progresado en tal forma que ya contaba con una veredita alrededor del Palacio Legislativo. Por esa alegre veredita paseaban los domingos y el Día de la Independencia los miembros del Congreso, carraspeando, luciendo sus plumas, muy serios riéndose, en las bicicletas que les había obsequiado la Compañía.

Pero, ¿qué quieren? No todos los tiempos son buenos. Cuando menos lo esperaban se presentó la primera escasez de cabezas.

Entonces comenzó lo más alegre de la fiesta.

Las meras defunciones resultaron ya insuficientes. El Ministro de Salud Pública se sintió sincero, y una noche caliginosa, con la luz apagada, después de acariciarle un ratito el pecho como por no dejar, le confesó a su mujer que se consideraba incapaz de elevar la mortalidad a un nivel grato a los intereses de la Compañía, a lo que ella le contestó que no se preocupara, que ya vería como todo iba a salir bien, y que mejor se durmieran.

Para compensar esa deficiencia administrativa fue indispensable tomar medidas heroicas y se estableció la pena de muerte en forma rigurosa.

Los juristas se consultaron unos a otros y elevaron a la categoría de delito, penado con la horca o el fusilamiento, según su gravedad, hasta la falta más nimia.

Incluso las simples equivocaciones pasaron a ser hechos delictuosos. Ejemplo: si en una conversación banal, alguien, por puro descuido, decía «Hace mucho calor», y posteriormente podía comprobársele, termómetro en mano, que en realidad el calor no era para tanto, se le cobraba un pequeño impuesto y era pasado ahí mismo por las armas, correspondiendo la cabeza a la Compañía y, justo es decirlo, el tronco y las extremidades a los dolientes.

La legislación sobre las enfermedades ganó inmediata resonancia y fue muy comentada por el Cuerpo Diplomático y por las Cancillerías de potencias amigas.

De acuerdo con esa memorable legislación, a los enfermos graves se les concedían veinticuatro horas para poner en orden sus papeles y morirse; pero si en este tiempo tenían suerte y lograban contagiar a la familia, obtenían tantos plazos de un mes como parientes fueran contaminados. Las víctimas de enfermedades leves y los simplemente indispuestos merecían el desprecio de la patria y, en la calle, cualquiera podía escupirles el rostro. Por primera vez en la historia fue reconocida la importancia de los médicos (hubo varios candidatos al premio Nobel) que no curaban a nadie. Fallecer se convirtió en ejemplo del más exaltado patriotismo, no sólo en el orden nacional, sino en el más glorioso, en el continental.

Con el empuje que alcanzaron otras industrias subsidiarias (la de ataúdes, en primer término, que floreció con la asistencia técnica de la Compañía) el país entró,

como se dice, en un período de gran auge económico. Este impulso fue particularmente comprobable en una nueva veredita florida, por la que paseaban, envueltas en la melancolía de las doradas tardes de otoño, las señoras de los diputados, cuyas lindas cabecitas decían que sí, que sí, que todo estaba bien, cuando algún periodista solícito, desde el otro lado, las saludaba sonriente sacándose el sombrero.

Al margen recordaré que uno de estos periodistas, quien en cierta ocasión emitió un lluvioso estornudo que no pudo justificar, fue acusado de extremista y llevado al paredón de fusilamiento. Sólo después de su abnegado fin los académicos de la lengua reconocieron que ese periodista era una de las más grandes cabezas del país; pero una vez reducida quedó tan bien que ni siquiera se notaba la diferencia.

¿Y Mr. Taylor? Para ese tiempo ya había sido designado consejero particular del Presidente Constitucional. Ahora, y como ejemplo de lo que puede el esfuerzo individual, contaba los miles por miles; mas esto no le quitaba el sueño porque había leído en el último tomo de las *Obras completas* de William G. Knight que ser millonario no deshonra si no se desprecia a los pobres.

Creo que con ésta será la segunda vez que diga que no todos los tiempos son buenos.

Dada la prosperidad del negocio llegó un momento en que del vecindario sólo iban quedando ya las autoridades y sus señoras y los periodistas y sus señoras. Sin mucho esfuerzo, el cerebro de Mr. Taylor discurrió que el único remedio posible era fomentar la guerra con las tribus vecinas. ¿Por qué no? El progreso.

Con la ayuda de unos cañoncitos, la primera tribu fue limpiamente descabezada en escasos tres meses. Mr. Taylor saboreó la gloria de extender sus dominios. Luego vino la segunda; después la tercera y la cuarta y la quinta. El progreso se extendió con tanta rapidez que llegó la hora en que, por más esfuerzos que realizaron los técnicos, no fue posible encontrar tribus vecinas a quienes hacer la guerra.

Fue el principio del fin.

Las vereditas empezaron a languidecer. Sólo de vez en cuando se veía transitar por ellas a alguna señora, a algún poeta laureado con su libro bajo el brazo. La maleza, de nuevo, se apoderó de las dos, haciendo difícil y espinoso el delicado paso de las damas. Con las cabezas, escasearon las bicicletas y casi desaparecieron del todo los alegres saludos optimistas.

El fabricante de ataúdes estaba más triste y fúnebre que nunca. Y todos sentían como si acabaran de recordar de un grato sueño, de ese sueño formidable en que tú te encuentras una bolsa repleta de monedas de oro y la pones debajo de la almohada y sigues durmiendo y al día siguiente muy temprano, al despertar, la buscas y te hallas con el vacío.

Sin embargo, penosamente, el negocio seguía sosteniéndose. Pero ya se dormía con dificultad, por el temor a amanecer exportado.

En la patria de Mr. Taylor, por supuesto, la demanda era cada vez mayor.

Diariamente aparecían nuevos inventos, pero en el fondo nadie creía en ellos y todos exigían las cabecitas hispanoamericanas.

Fue para la última crisis. Mr. Rolston, desesperado, pedía y pedía más cabezas. A pesar de que las acciones de la Compañía sufrieron un brusco descenso, Mr. Rolston estaba convencido de que su sobrino haría algo que lo sacara de aquella situación.

Los embarques, antes diarios, disminuyeron a uno por mes, ya con cualquier cosa, con cabezas de niño, de señoras, de diputados.

De repente cesaron del todo.

Un viernes áspero y gris, de vuelta de la Bolsa, aturdido aún por la gritería y por el lamentable espectáculo de pánico que daban sus amigos, Mr. Rolston se decidió a saltar por la ventana (en vez de usar el revólver, cuyo ruido lo hubiera llenado de terror) cuando al abrir un paquete del correo se encontró con la cabecita de Mr. Taylor, que le sonreía desde lejos, desde el fiero Amazonas, con una sonrisa falsa de niño que parecía decir: «Perdón, perdón, no lo vuelvo a hacer».

El eclipse

Cuando fray Bartolomé Arrazola se sintió perdido aceptó que ya nada podría salvarlo. La selva poderosa de Guatemala lo había apresado, implacable y definitiva. Ante su ignorancia topográfica se sentó con tranquilidad a esperar la muerte. Quiso morir allí, sin ninguna esperanza, aislado, con el pensamiento fijo en la España distante, particularmente en el convento de Los Abrojos, donde Carlos Quinto condescendiera una vez a bajar de su eminencia para decirle que confiaba en el celo religioso de su labor redentora.

Al despertar se encontró rodeado por un grupo de indígenas de rostro impasible que se disponían a sacrificarlo ante un altar, un altar que a Bartolomé le pareció como el lecho en que descansaría, al fin, de sus temores, de su destino, de sí mismo.

Tres años en el país le habían conferido un mediano dominio de las lenguas nativas. Intentó algo. Dijo algunas palabras que fueron comprendidas.

Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida.

—Si me matáis —les dijo— puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura.

Los indígenas lo miraron fijamente y Bartolomé sorprendió la incredulidad en sus ojos. Vio que se produjo un pequeño consejo, y esperó confiado, no sin cierto desdén.

Dos horas después el corazón de fray Bartolomé Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios (brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado), mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producirían eclipses solares y lunares, que los astrónomos de la comunidad maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles.

Uno de cada tres

Más querría encontrar quién oyera las mías que a quien me narre las suyas.

PLAUTO

Está dentro de mis cálculos que usted se sorprenda al recibir esta carta. Es probable, también, que al principio la tome como una broma sangrienta, y casi seguro que su primer impulso sea el de destruirla y arrojarla lejos de sí. Y, no obstante, difícilmente caería en un error más grave. Vaya en su descargo que no sería el primero en cometerlo, ni el último, desde luego, en arrepentirse.

Se lo diré con toda franqueza: me da usted lástima. Pero este sentimiento no sólo resulta natural, sino que está de acuerdo con sus deseos. Pertenece usted a esa taciturna porción de seres humanos que encuentran en la conmiseración ajena un lenitivo a su dolor. Le ruego que se consuele: su caso nada tiene de extraño. Uno, de cada tres, no busca otra cosa, en las más disimuladas formas. Quien se queja de una enfermedad tan cruel como imaginaria, la que se anuncia abrumada por el pesado fardo de los deberes domésticos, aquel que publica versos quejumbrosos (no importa si buenos o malos), todos están implorando, en el interés de los demás, un poco de la compasión que no se atreven a prodigarse a sí mismos. Usted es más honrado: desdeña versificar su amargura, encubre con elegante decoro el derroche de energía que le exige el pan cotidiano, no se finge enfermo. Simplemente cuenta su historia, y, como haciendo un gracioso favor a sus amigos, les pide consejos con el oscuro ánimo de no seguirlos.

A usted le intrigará cómo me he enterado de su problema. Nada más sencillo: es mi oficio. Pronto le revelaré qué oficio sea ése.

Continúo. Hace tres días, bajo un sol matinal poco común, abordó usted un autobús en la esquina de Reforma y Sevilla. Con frecuencia las personas que afrontan esos vehículos lo hacen con expresión desconcertada y se sorprenden cuando encuentran en ellos un rostro familiar. ¡Qué diferencia en usted! Me bastó ver el fulgor con que brillaron sus ojos al descubrir una cara conocida entre los sudorosos pasajeros, para tener la seguridad de haberme topado con uno de mis favorecedores.

Obedeciendo a un hábito profesional agucé furtivamente el oído. Y en efecto, no bien había usted cumplido, de prisa, con los saludos de rigor, se produjo el inevitable relato de sus desgracias. Ya no me cupo duda. Expuso los hechos en tal forma que era fácil ver que su amigo había recibido las mismas confidencias no más allá de veinticuatro horas antes. Seguirlo durante todo el día hasta descubrir su domicilio fue como de costumbre la parte de mis disciplinas que, me gustaría saber la razón, cumplo con más placer.

Ignoro si esto le servirá de enojo o de alegría; pero me veo en la urgencia de repetirle que su caso no es singular. Voy a exponerle en dos palabras el proceso de su

situación presente. Y si, aunque lo dudo, me equivoco, tal error no será otra cosa que la confirmación de la infalible regla.

Padece usted una de las dolencias más normales en el género humano: la necesidad de comunicarse con sus semejantes. Desde que comenzó a hablar, el hombre no ha encontrado nada más grato que una amistad capaz de escucharlo con interés, ya sea para el dolor como para la dicha. Ni aun el amor se iguala a este sentimiento. Hay quienes se conforman con un amigo. Existen aquellos a quienes no les bastan mil. Usted corresponde a los últimos, y en esa simple correspondencia se originan su desgracia y mi oficio.

Me atrevería a jurar que se inició usted refiriendo su conflicto amoroso a un amigo íntimo, y que éste lo escuchó atento hasta el fin y le ofreció las soluciones que creyó oportunas. Pero usted, y de aquí arranca el interminable encadenamiento, no consideró acertadas esas fórmulas. Si le propuso con firmeza cortar, como se dice, por lo sano, usted encontró más de un motivo para no dar por perdida la batalla; si, por el contrario, su consejo fue seguir el asedio hasta la conquista de la plaza, usted se inundó de pesimismo y lo vio todo negro y perdido. De ahí a buscar el remedio en otra persona apenas si hay algo más que un paso. ¿Cuántos dio usted?

Emprendió un esperanzado peregrinaje, hasta agotar su concurrida libreta de direcciones. Incluso trató (con éxito creciente) de entablar nuevas relaciones para apurar el tema. No es extraño que de pronto reparara en que el día tiene tan sólo veinticuatro horas, y en que esa desconsideración astronómica constituía un monstruoso factor en su contra. Fue preciso multiplicar los medios de locomoción y planear un horario de sutil exactitud. El uso metódico del teléfono vino en su auxilio y ensanchó, es cierto, sus posibilidades; pero este anticuado sistema todavía es un lujo, y el setenta por ciento de aquellos a quienes usted quiere mantener enterados carecen de esa dudosa ventaja.

No contento con los desvelos y el insomnio, principió usted a madrugar para ganar un tiempo cada vez más fugitivo e irreparable. El descuido de su aseo personal se hizo notorio: la barba le creció montaraz; sus pantalones, antes impecables, se vieron invadidos por las rodilleras, y un terco polvo gris cubrió de pesadumbre sus zapatos. Le pareció injusto, pero tuvo que aceptar el hecho de que, si bien usted madrugaba lleno de entusiasmo, escaseaban los amigos dispuestos a compartir esa vehemencia matinal. Así, ¿hay que decirlo?, ha llegado el momento ineludible en que usted es físicamente incapaz de conservar bien informado al amplio círculo de sus relaciones sociales.

Ese momento es también mi momento. Por una modesta suma mensual yo le ofrezco la solución más apropiada. Si usted la acepta —y puedo asegurar que lo hará porque no le queda otro remedio— relegará al olvido el incesante deambular, las rodilleras, el polvo, la barba, los fatigosos telefonemas.

En pocas palabras: estoy en condiciones de poner a su disposición una excelente radiodifusora especializada. Dispongo en la actualidad (por el sensible fallecimiento

de un antiguo cliente afectado por la Reforma Agraria) de un cuarto de hora que, si tomamos en cuenta lo avanzado de sus confidencias, sería más que suficiente para sostener a sus amistades ya no digamos al día, pero al minuto, de su apasionante caso.

Creo de más enumerar a usted las ventajas de mi método. Sin embargo, le insinuaré algunas.

1.^a El efecto sedante sobre el sistema nervioso está garantizado desde el primer día.

2.^a Discreción asegurada. Aun cuando su voz podrá ser recibida por cualquier sujeto poseedor de un aparato de radio, juzgo improbable que personas ajenas a su amistad quieran seguir una confidencia cuyos antecedentes desconocen. Así, se descarta toda posibilidad de curiosidad malsana.

3.^a Muchos de sus amigos (que hoy escuchan con desgano la versión directa) se interesarán vivamente por la audición radiofónica con sólo que usted mencione en ella sus nombres en forma abierta o alusiva.

4.^a Todos sus conocidos estarán informados al mismo tiempo de los mismos hechos. Circunstancia que evita celos y reclamaciones posteriores, pues solamente un descuido, o un azaroso desperfecto en el aparato propio, colocaría a alguno en desventaja respecto de los demás. Para eliminar esa contingencia deprimente cada programa se inicia con una breve sinopsis de lo narrado con anterioridad.

5.^a El relato cobra mayor interés y variedad, y puede amenizarse, cuando así se considere oportuno, con ilustrativas selecciones de arias de ópera (no insistiré sobre la riqueza sentimental de las italianas) y trozos de los grandes maestros. Un fondo musical adecuado es obligatorio por reglamento. Además, una amplia discoteca, en la que se recogen hasta los más increíbles ruidos que el hombre y la naturaleza producen, está al servicio del suscriptor.

6.^a El relator no ve la cara de los oyentes, lo que evita toda suerte de inhibiciones, tanto para él como para los que lo escuchan.

7.^a Siendo la audición una vez al día y por un cuarto de hora, el confidente dispone de veintitrés horas y tres cuartos de hora adicionales para preparar sus textos, impidiendo así, en absoluto, contradicciones molestas y olvidos involuntarios.

8.^a Si el relato alcanza éxito y al número de amigos y conocidos se suma una considerable cantidad de oyentes espontáneos, no es difícil encontrar casa patrocinadora, lo que une a las ventajas ya registradas cierta factible ganancia monetaria que, de ir creciendo, abriría las posibilidades de absorber las veinticuatro horas del día y convertir, así, una simple audición de quince minutos en un programa ininterrumpido de duración perpetua. Mi honestidad me obliga a confesar que hasta ahora no se ha producido este caso, pero ¿por qué no esperararlo de su talento?

Éste es un mensaje de esperanza. Tenga fe. Por lo pronto, piense con fuerza en esto: el mundo está poblado de seres como usted. Sintonice su aparato receptor

exactamente en los 1373 kilociclos, en la banda de 720 metros. A cualquier hora del día o de la noche, en invierno o en verano, con lluvia o con sol, podrá escuchar las voces más diversas e inesperadas, pero también más llenas de melancólica serenidad: la de un capitán que refiere, desde hace más de catorce años, cómo se hundió su barco bajo la aciaga tormenta sin que él se decidiera a compartir su suerte; la de una mujer minuciosa que extravió a su único hijo en la poblada noche de un 15 de septiembre; la de un delator atormentado por el remordimiento; la de un ex dictador centroamericano, la de un ventrílocuo. Todos contando interminablemente su historia, todos pidiendo compasión.

Vaca

Cuando iba el otro día en el tren me erguí de pronto feliz sobre mis dos patas y empecé a manotear de alegría y a invitar a todos a ver el paisaje y a contemplar el crepúsculo que estaba de lo más bien. Las mujeres y los niños y unos señores que detuvieron su conversación me miraban sorprendidos y se reían de mí pero cuando me senté otra vez silencioso no podían imaginar que yo acababa de ver alejarse lentamente a la orilla del camino una vaca muerta muertita sin quien la enterrara ni quien le editara sus obras completas ni quien le dijera un sentido y lloroso discurso por lo buena que había sido y por todos los chorritos de humeante leche con que contribuyó a que la vida en general y el tren en particular siguieran su marcha.

Obras completas

Cuando cumplió cincuenta y cinco años, el profesor Fombona había consagrado cuarenta al resignado estudio de las más diversas literaturas, y los mejores círculos intelectuales lo consideraban autoridad de primer orden en una dilatada variedad de autores. Sus traducciones, monografías, prólogos y conferencias, sin ser lo que se llama geniales (por lo menos eso dicen hasta sus enemigos) podrían constituir en caso dado una preciosa memoria de cuanto de valor se ha escrito en el mundo, máxime si ese caso fuera, digamos, la destrucción de todas las bibliotecas existentes.

Su gloria como maestro de la juventud no era menor. El selecto grupo de ávidos discípulos que comandaba, y con el que compartía una que otra hora por las tardes, veía en él un humanista de inagotable erudición y seguía sus indicaciones con fanatismo incondicional, del que el propio Fombona era el primero en asustarse: más de una vez había sentido el peso de esos destinos gravitando sobre su conciencia.

El último, Feijoo, apareció tímidamente. Un día, con cualquier pretexto, se atrevió a reunírseles en el café^[1]. Aceptado en principio por Fombona, más tarde se incorporó al grupo como todo buen neófito: con cierto temor inocultable y sin participar mucho en las discusiones. Sin embargo, pasados algunos días y vencida en parte la timidez inicial, se decidió al fin a mostrarles algunos versos. Le gustaba leerlos él mismo, acentuando con entonación moleestamente escolar las partes que creía de mayor efecto. Después doblaba sus papelitos con serenidad nerviosa, los metía en su cartapacio y jamás volvía a hablar de ellos. Ante cualquier opinión, favorable o negativa, desarrollaba un silencio oprimido, molesto. Inútil consignar que a Fombona esos trabajos no le parecían buenos, pero adivinaba en el autor cierta fuerza poética oculta pugnando por salir.

La inseguridad de Feijoo no podía escapar a la felina percepción de Fombona. Muchas veces lo pensó con detenimiento y estuvo a punto de decirle unas palabras de elogio (era obvio que Feijoo las necesitaba); pero una resistencia extraña que no llegó nunca a comprender, o que trataba por todos los medios de ocultarse, le impedía pronunciar esas palabras. Por el contrario, si algo se le ocurría era más bien una broma, cualquier agudeza sobre los versos, que provocaba invariablemente la risa de todos. Decía que eso «descargaba la atmósfera» haciendo menos sensible su presencia de maestro; pero un acre remordimiento se apoderaba siempre de él inmediatamente después de aquellas salidas. La parquedad en el elogio era la virtud que cultivaba con más esmero. Sin duda porque él mismo, a la edad de Feijoo, se avergonzaba de escribir versos, y un rubor invencible —tanto más difícil de evitar cuanto más combatido— le subía al rostro si alguien encomiaba sus vacilantes composiciones. Aún ahora, cuando cuarenta años de tenaz ejercicio literario — traducciones, monografías, prólogos y conferencias— le deparaban una seguridad antes desconocida, rehuía todo género de alabanza, y los elogios de sus admiradores

eran para él más bien una constante amenaza, algo que en secreto imploraba, pero que rechazaba siempre con un gesto huraño, o superior.

Con el tiempo los poemas de Feijoo empezaron a ser perceptiblemente mejores. Claro, ni Fombona ni su grupo se lo decían, pero en ausencia de Feijoo comentaban la posibilidad de que terminara por convertirse en un gran poeta. Sus progresos fueron finalmente tan notorios que el mismo Fombona se entusiasmó, y una tarde, como sin darse cuenta, le dijo que a pesar de todo sus versos encerraban no poca belleza. El rubor de Feijoo ante lo insólito de ese inesperado incienso fue más visible y penoso que nunca. Evidentemente sufría por la exigencia futura que esas palabras implicaban: mientras Fombona guardó silencio no tenía nada que perder; ahora su obligación era superarse a cada nuevo intento para conservar el derecho a aquella generosa frase de aliento.

Desde entonces le fue cada vez más difícil mostrar sus trabajos. Por otra parte, a partir de ese momento el entusiasmo de Fombona se transformó en una discreta indiferencia que Feijoo no tuvo la capacidad de comprender. Un sentimiento de impotencia lo asaltó ya no sólo ante los demás, sino hasta a solas consigo mismo. Aquella alabanza de Fombona equivalía un poco a la gloria, y el riesgo de una censura fue algo que Feijoo no se sintió ya con fuerzas para afrontar. Pertenecía a esa clase de personas a quienes los elogios hacen daño.

En Daysie's el café no es muy bueno y últimamente lo contamina la televisión. Saltemos sobre la ingrata descripción de ese ambiente banal y no nos detengamos, pues no viene al caso, ni siquiera a ver los rostros llenos de vida de las adolescentes que pueblan las mesas, ni mucho menos a oír las conversaciones de los graves empleados de banco que en las tardes, a la hora del crepúsculo, gustan dialogar, llenos de la suave melancolía propia de su profesión, acerca de sus números y de las mujeres sutilmente perfumadas con que sueñan.

Iturbe, Ríos y Montúfar charlaban sobre sus respectivas especialidades: Montúfar, Quintiliano; Ríos, Lope de Vega; Iturbe, Rodó. Al calor de un café que la charla había dejado enfriar, Fombona, como un director de orquesta, señalaba a cada uno la nota apropiada, y extraía una y otra vez de su insondable saco gris (cruelmente injuriado por superpuestas manchas de origen poco misterioso) tarjetas con nuevos datos, por las cuales la posteridad estaría en aptitud de saber que hubo una coma que Rodó no puso, un verso que Lope encontró prácticamente en la calle, un giro que indignaba a Quintiliano. Brillaba en todos los ojos la alegría que estos aportes eruditos despiertan siempre en las personas de corazón sensible. Cartas de primordiales especialistas, envíos de amigos lejanos y hasta contribuciones de procedencia anónima, iban a acrecentar semana a semana el conocimiento exhaustivo de esos grandes hombres distantes en el tiempo y en la geografía. Esta variante, aquella simple errata descubierta en los textos, acrecentaban en el grupo la fe en la importancia de su trabajo, en la cultura, en el destino de la humanidad.

Feijoo, según su costumbre, llegó en silencio y se colocó de inmediato al margen de la conversación. Aparte de conocer bien a Lope de Vega (aunque conocer «bien» a Lope de Vega era algo que Fombona no creía posible), es improbable que supiera distinguir con claridad la diferencia precisa entre Quintiliano y Rodó. Resultaba fácil ver que se sentía molesto y como disminuido.

Fombona consideró propicio el momento. Como solía en esos casos, produjo un cargado silencio que se prolongó por varios minutos. Después, sonriendo un poco, dijo:

—Dígame, Feijoo, ¿recuerda aquella cita de Shakespeare que trae Unamuno en el capítulo tres de *Del sentimiento trágico de la vida*?

No; Feijoo no la recordaba.

—Búsquela; es interesante; puede servirle.

Tal como lo esperaba, al día siguiente Feijoo habló de aquella cita y de su torpe memoria.

Unamuno dejó de ser tema de conversación por algunos días. Y Quintiliano, Lope y Rodó tuvieron tiempo para crecer considerablemente.

Cuando ya Unamuno estaba olvidado por completo:

—Feijoo —dijo otra vez sonriendo Fombona—, usted que conoce tan bien a Unamuno, ¿recuerda cuál fue su primer libro traducido al francés?

Feijoo no lo recordaba muy bien.

El sábado y el domingo siguiente no se vieron. Pero el lunes Feijoo proporcionó ese dato, y la fecha, y el pie de imprenta.

Desde ese día inolvidable las conversaciones adquirieron un nuevo huésped efectivo: Feijoo. Ahora charlaban mejor, y cierto atardecer desapacible, en que la lluvia imprimía una vaga tristeza en los rostros de todos, Feijoo pronunció por primera vez, clara y distintamente, el nombre sagrado de Quintiliano. Feijoo, antigua pieza suelta en aquel armonioso sistema; había encontrado por fin su lugar preciso en el engranaje. Desde entonces los unió algo que antes no compartían: el afán de saber, de saber con precisión.

Fombona volvió a gozar el deleite de sentirse maestro, y un día y otro imprimió un nuevo signo en aquella dócil materia. ¡La indecisión de Feijoo encajaba tan fácilmente en la indecisión de Unamuno! El tema no fue escogido al azar. El campo era infinito. Unamuno filósofo, Unamuno novelista, Unamuno poeta, Kierkegaard y Unamuno, Unamuno y Heidegger y Sartre. Un autor digno de que alguien le consagrara la vida entera, y él, Fombona, encauzando esa vida, haciéndola una prolongación de la suya. Imaginaba a Feijoo en un mar de papeles y notas y pruebas de imprenta, libre de sus temores, de su horror a la creación. ¡Qué seguridad adquiriría! Cómo en adelante aquel querido muchacho temeroso podría enfrentarse a quien fuera, y hablar de todo a través de Unamuno. Y se vio a sí mismo, cuarenta años atrás, sufriendo avergonzado y solo por el verso que se negaba a salir, y que si salía era únicamente para producirle aquel rubor como fuego que nunca pudo explicarse.

Pero de nuevo volvió la vieja duda a atormentarlo. Se preguntó otra vez si sus traducciones, monografías, prólogos y conferencias —que constituirían, en caso dado, una preciosa memoria de cuanto de valor se había escrito en el mundo— bastarían para compensarlo de la primavera que sólo vio a través de otros y del verso que no se atrevió nunca a decir. La responsabilidad de un nuevo destino oprimía sus hombros. Y un como remordimiento, el viejo remordimiento de siempre, vino a intranquilizar sus noches: Feijoo, Feijoo, muchacho querido, escápate, escápate de mí, de Unamuno; quiero ayudarte a escapar.

Cuando Marcel Bataillon nos visitó hace unos meses, Fombona les propuso organizar una reunión para agasajarlo y hablar de sus libros.

En la pequeña fiesta Bataillon se interesó vivamente por los nuevos poetas, por la investigación literaria, por la pintura, por todo. Como a las diez y media Fombona tomó a Feijoo por el brazo (creyó percibir una ligera resistencia que fue vencida más por la autoridad de su mirada sonriente que por la fuerza), se acercó al distinguido visitante y pronunció despacio, con calma:

—Maestro, quiero presentarle a Feijoo. Es especialista en Unamuno; prepara la edición crítica de sus *Obras completas*.

Feijoo le estrechó la mano y dijo dos o tres palabras que casi no se oyeron, pero que significaban que sí, que mucho gusto, mientras Fombona saludaba de lejos a alguien, o buscaba un cerillo, o algo.

Veo un río ancho, muy ancho, su corriente tranquila. Veo al fondo, a lo lejos, un cerro gris y polvoriento coronado de follaje verde; en la ladera de ese cerro unos hombres vestidos de blanco se mueven a paso lento sembrando algo, que supongo maíz, con su buey y su arado.

De este lado del río, mi casa, y en ella mi madre y una sirvienta que me miran fijamente mientras yo permanezco en cama; la figura de mi padre, muy borrosa; mi hermano; mi hermana menor. Recuerdo mi paludismo, la fiebre, la quinina que he de tomar en pequeñas pastillas de color amarillo y sabor amargo; el frío intenso anterior a la fiebre; la fiebre, el sudor, el delirio; mi esfuerzo desesperado por desasirme de unos brazos que me sujetan con fuerza contra la cama; voces lejanas y cercanas, como susurros.

Una vez más tengo fiebre a la orilla de este río en mi ciudad natal. Veo de nuevo su mansa corriente —tan ajena así a sus terribles crecidas de la época de lluvias— y en la orilla a tres niños buscadores de oro. Uno de ellos soy yo, el menor; los otros me guían, me enseñan a buscar el oro escarbando con las manos entre las piedras verdosas cubiertas de musgo, o removiendo suavemente la arena entre restos de hierro viejo y pequeños trozos de árbol carcomidos. De pronto, el más grande encuentra una delgada y brillante laminita como de diente de oro, que el río ha arrastrado quién puede decir desde dónde y desde cuándo. No me conformo con verla y quiero tocarla, envidiando la gran suerte de mi amigo mayor, quien es el que siempre encuentra las cosas buenas de cada día: los anillos, los pedazos de collar o de arete, las hebillas plateadas con la inicial del nombre de uno, los pares de ojos de muñeca.

Se ha hecho tarde. Mañana, el río ofrecerá de nuevo sus riquezas; pero la fiebre, que habrá vuelto, me impedirá esta vez ir a buscarlas. Una vez más el frío, las mantas, la quinina. El frío me hará estremecer, y con la fiebre mi mente se llenará de nuevas y horribles visiones que tardarán horas en desaparecer. Entonces mi madre pondrá su mano bienhechora en mi frente, me dará a beber unos sorbos de agua fresca, dirá algo para tranquilizarme, y yo me dormiré preguntándome desde dónde vendrán los anillos de oro, los dientes de oro, los ojos de vidrio de las muñecas.

El Conejo y el León

Un célebre Psicoanalista se encontró cierto día en medio de la Selva, semiperdido.

Con la fuerza que dan el instinto y el afán de investigación logró fácilmente subirse a un altísimo árbol, desde el cual pudo observar a su antojo no sólo la lenta puesta del sol sino además la vida y costumbres de algunos animales, que comparó una y otra vez con las de los humanos.

Al caer la tarde vio aparecer, por un lado, al Conejo; por otro, al León.

En un principio no sucedió nada digno de mencionarse, pero poco después ambos animales sintieron sus respectivas presencias y, cuando toparon el uno con el otro, cada cual reaccionó como lo había venido haciendo desde que el hombre era hombre.

El León estremeció la Selva con sus rugidos, sacudió la melena majestuosamente como era su costumbre y hendió el aire con sus garras enormes; por su parte, el Conejo respiró con mayor celeridad, vio un instante a los ojos del León, dio media vuelta y se alejó corriendo.

De regreso a la ciudad el célebre Psicoanalista publicó *cum laude* su famoso tratado en que demuestra que el León es el animal más infantil y cobarde de la Selva, y el Conejo el más valiente y maduro: el León ruge y hace gestos y amenaza al Universo movido por el miedo; el Conejo advierte esto, conoce su propia fuerza, y se retira antes de perder la paciencia y acabar con aquel ser extravagante y fuera de sí, al que comprende y que después de todo no le ha hecho nada.

El Mono que quiso ser escritor satírico

En la Selva vivía una vez un Mono que quiso ser escritor satírico.

Estudió mucho, pero pronto se dio cuenta de que para ser escritor satírico le faltaba conocer a la gente y se aplicó a visitar a todos y a ir a los cócteles y a observarlos por el rabo del ojo mientras estaban distraídos con la copa en la mano.

Como era de veras gracioso y sus ágiles piruetas entretenían a los otros animales, en cualquier parte era bien recibido y él perfeccionó el arte de ser mejor recibido aún.

No había quien no se encantara con su conversación y cuando llegaba era agasajado con júbilo tanto por las Monas como por los esposos de las Monas y por los demás habitantes de la Selva, ante los cuales, por contrarios que fueran a él en política internacional, nacional o doméstica, se mostraba invariablemente comprensivo; siempre, claro, con el ánimo de investigar a fondo la naturaleza humana y poder retratarla en sus sátiras.

Así llegó el momento en que entre los animales era el más experto conocedor de la naturaleza humana, sin que se le escapara nada.

Entonces, un día dijo voy a escribir en contra de los ladrones, y se fijó en la Urraca, y principió a hacerlo con entusiasmo y gozaba y se reía y se encaramaba de placer a los árboles por las cosas que se le ocurrían acerca de la Urraca; pero de repente reflexionó que entre los animales de sociedad que lo agasajaban había muchas Urracas y especialmente una, y que se iban a ver retratadas en su sátira, por suave que la escribiera, y desistió de hacerlo.

Después quiso escribir sobre los oportunistas, y puso el ojo en la Serpiente, quien por diferentes medios —auxiliares en realidad de su arte adulatorio— lograba siempre conservar, o sustituir, mejorándolos, sus cargos; pero varias Serpientes amigas suyas, y especialmente una, se sentirían aludidas, y desistió de hacerlo.

Después deseó satirizar a los laboriosos compulsivos y se detuvo en la Abeja, que trabajaba estúpidamente sin saber para qué ni para quién; pero por miedo de que sus amigos de este género, y especialmente uno, se ofendieran, terminó comparándola favorablemente con la Cigarra, que egoísta no hacía más que cantar y cantar dándose las de poeta, y desistió de hacerlo.

Después se le ocurrió escribir contra la promiscuidad sexual y enfiló su sátira contra las Gallinas adúlteras que andaban todo el día inquietas en busca de Gallitos; pero tantas de éstas lo habían recibido que temió lastimarlas, y desistió de hacerlo.

Finalmente elaboró una lista completa de las debilidades y los defectos humanos y no encontró contra quién dirigir sus baterías, pues todos estaban en los amigos que compartían su mesa y en él mismo.

En ese momento renunció a ser escritor satírico y le empezó a dar por la Mística y el Amor y esas cosas; pero a raíz de eso, ya se sabe cómo es la gente, todos dijeron que se había vuelto loco y ya no lo recibieron tan bien ni con tanto gusto.

La Mosca que soñaba que era un Águila

Había una vez una Mosca que todas las noches soñaba que era un Águila y que se encontraba volando por los Alpes y por los Andes.

En los primeros momentos esto la volvía loca de felicidad; pero pasado un tiempo le causaba una sensación de angustia, pues hallaba las alas demasiado grandes, el cuerpo demasiado pesado, el pico demasiado duro y las garras demasiado fuertes; bueno, que todo ese gran aparato le impedía posarse a gusto sobre los ricos pasteles o sobre las inmundicias humanas, así como sufrir a conciencia dándose topes contra los vidrios de su cuarto.

En realidad no quería andar en las grandes alturas, o en los espacios libres, ni mucho menos.

Pero cuando volvía en sí lamentaba con toda el alma no ser un Águila para remontar montañas, y se sentía tristísima de ser una Mosca, y por eso volaba tanto, y estaba tan inquieta, y daba tantas vueltas, hasta que lentamente, por la noche, volvía a poner las sienes en la almohada.

La Fe y las montañas

Al principio la Fe movía montañas sólo cuando era absolutamente necesario, con lo que el paisaje permanecía igual a sí mismo durante milenios.

Pero cuando la Fe comenzó a propagarse y a la gente le pareció divertida la idea de mover montañas, éstas no hacían sino cambiar de sitio, y cada vez era más difícil encontrarlas en el lugar en que uno las había dejado la noche anterior; cosa que por supuesto creaba más dificultades que las que resolvía.

La buena gente prefirió entonces abandonar la Fe y ahora las montañas permanecen por lo general en su sitio.

Cuando en la carretera se produce un derrumbe bajo el cual mueren varios viajeros, es que alguien, muy lejano o inmediato, tuvo un ligerísimo atisbo de Fe.

La tela de Penélope, o quién engaña a quién

Hace muchos años vivía en Grecia un hombre llamado Ulises (quien a pesar de ser bastante sabio era muy astuto), casado con Penélope, mujer bella y singularmente dotada cuyo único defecto era su desmedida afición a tejer, costumbre gracias a la cual pudo pasar sola largas temporadas.

Dice la leyenda que en cada ocasión en que Ulises con su astucia observaba que a pesar de sus prohibiciones ella se disponía una vez más a iniciar uno de sus interminables tejidos, se le podía ver por las noches preparando a hurtadillas sus botas y una buena barca, hasta que sin decirle nada se iba a recorrer el mundo y a buscarse a sí mismo.

De esta manera ella conseguía mantenerlo alejado mientras coqueteaba con sus pretendientes, haciéndoles creer que tejía mientras Ulises viajaba y no que Ulises viajaba mientras ella tejía, como pudo haber imaginado Homero, que, como se sabe, a veces dormía y no se daba cuenta de nada.

La Oveja negra

En un lejano país existió hace muchos años una Oveja negra.

Fue fusilada.

Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.

La Tortuga y Aquiles

Por fin, según el cable, la semana pasada la Tortuga llegó a la meta.

En rueda de prensa declaró modestamente que siempre temió perder, pues su contrincante le pisó todo el tiempo los talones.

En efecto, una diezmiltrillonésima de segundo después, como una flecha y maldiciendo a Zenón de Elea, llegó Aquiles.

El Camaleón que finalmente no sabía

de qué color ponerse

En un país muy remoto, en plena Selva, se presentó hace muchos años un tiempo malo en que el Camaleón, a quien le había dado por la política, entró en un estado de total desconcierto, pues los otros animales, asesorados por la Zorra, se habían enterado de sus artimañas y empezaron a contrarrestarlas llevando día y noche en los bolsillos juegos de diversos vidrios de colores para combatir su ambigüedad e hipocresía, de manera que cuando él estaba morado y por cualquier circunstancia del momento necesitaba volverse, digamos, azul, sacaban rápidamente un cristal rojo a través del cual lo veían, y para ellos continuaba siendo el mismo Camaleón morado, aunque se condujera como Camaleón azul; y cuando estaba rojo y por motivaciones especiales se volvía anaranjado, usaban el cristal correspondiente y lo seguían viendo tal cual.

Esto sólo en cuanto a los colores primarios, pues el método se generalizó tanto que con el tiempo no había ya quien no llevara consigo un equipo completo de cristales para aquellos casos en que el mañoso se tornaba simplemente grisáceo, o verdiazul, o de cualquier color más o menos indefinido, para dar el cual eran necesarias tres, cuatro o cinco superposiciones de cristales.

Pero lo bueno fue que el Camaleón, considerando que todos eran de su condición, adoptó también el sistema.

Entonces era cosa de verlos a todos en las calles sacando y alternando cristales a medida que cambiaban de colores, según el clima político o las opiniones políticas prevalecientes ese día de la semana o a esa hora del día o de la noche.

Como es fácil comprender, esto se convirtió en una especie de peligrosa confusión de las lenguas; pero pronto los más listos se dieron cuenta de que aquello sería la ruina general si no se reglamentaba de alguna manera, a menos que todos estuvieran dispuestos a ser cegados y perdidos definitivamente por los dioses, y restablecieron el orden.

Además de lo estatuido por el Reglamento que se redactó con ese fin, el derecho consuetudinario fijó por su parte reglas de refinada urbanidad, según las cuales, si alguno carecía de un vidrio de determinado color urgente para disfrazarse o para descubrir el verdadero color de alguien, podía recurrir inclusive a sus propios

enemigos para que se lo prestaran, de acuerdo con su necesidad del momento, como sucedía entre las naciones más civilizadas.

Sólo el León que por entonces era el Presidente de la Selva se reía de unos y otros, aunque a veces socarronamente jugaba también un poco lo suyo, por divertirse.

De esa época viene el dicho de que

todo Camaleón es según el color
del cristal con que se mira.

El apóstata arrepentido

Se dice que había una vez un católico, según unos, o un protestante, según otros, que en tiempos muy lejanos y asaltado por las dudas comenzó a pensar seriamente en volverse cristiano; pero el temor de que sus vecinos imaginaran que lo hacía para pasar por gracioso, o por llamar la atención, lo hizo renunciar a su extravagante debilidad y propósito.

El Rayo que cayó dos veces en el mismo sitio

Hubo una vez un Rayo que cayó dos veces en el mismo sitio; pero encontró que ya la primera había hecho suficiente daño, que ya no era necesario, y se deprimió mucho.

La Jirafa que de pronto comprendió

que todo es relativo

Hace mucho tiempo, en un país lejano, vivía una Jirafa de estatura regular pero tan descuidada que una vez se salió de la Selva y se perdió.

Desorientada como siempre, se puso a caminar a tontas y a locas de aquí para allá, y por más que se agachaba para encontrar el camino no lo encontraba.

Así, deambulando, llegó a un desfiladero donde en ese momento tenía lugar una gran batalla.

A pesar de que las bajas eran cuantiosas por ambos bandos, ninguno estaba dispuesto a ceder un milímetro de terreno.

Los generales arengaban a sus tropas con las espadas en alto, al mismo tiempo que la nieve se teñía de púrpura con la sangre de los heridos.

Entre el humo y el estrépito de los cañones se veía desplomarse a los muertos de uno y otro ejército, con tiempo apenas para encomendar su alma al diablo; pero los sobrevivientes continuaban disparando con entusiasmo hasta que a ellos también les tocaba y caían con un gesto estúpido pero que en su caída consideraban que la Historia iba a recoger como heroico, pues morían por defender su bandera; y efectivamente la Historia recogía esos gestos como heroicos, tanto la Historia que recogía los gestos del uno, como la que recogía los gestos del otro, ya que cada lado escribía su propia historia; así, Wellington era un héroe para los ingleses y Napoleón era un héroe para los franceses.

A todo esto, la Jirafa siguió caminando, hasta que llegó a una parte del desfiladero en que estaba montado un enorme Cañón, que en ese preciso instante hizo un disparo exactamente unos veinte centímetros arriba de su cabeza, más o menos.

Al ver pasar la bala tan cerca, y mientras seguía con la vista su trayectoria, la Jirafa pensó:

«Qué bueno que no soy tan alta, pues si mi cuello midiera treinta centímetros más esa bala me habría volado la cabeza; o bien, qué bueno que esta parte del desfiladero en que está el Cañón no es tan baja, pues si midiera treinta centímetros menos la bala también me habría volado la cabeza. Ahora comprendo que todo es relativo».

El Mono piensa en ese tema

¿Por qué será tan atractivo —pensaba el Mono en otra ocasión, cuando le dio por la literatura— y al mismo tiempo como tan sin gracia ese tema del escritor que no escribe, o el del que se pasa la vida preparándose para producir una obra maestra y poco a poco va convirtiéndose en mero lector mecánico de libros cada vez más importantes pero que en realidad no le interesan, o el socorrido (el más universal) del que cuando ha perfeccionado un estilo se encuentra con que no tiene nada que decir, o el del que entre más inteligente es, menos escribe, en tanto que a su alrededor otros quizá no tan inteligentes como él y a quienes él conoce y desprecia un poco publican obras que todo el mundo comenta y que en efecto a veces son hasta buenas, o el del que en alguna forma ha logrado fama de inteligente y se tortura pensando que sus amigos esperan de él que escriba algo, y lo hace, con el único resultado de que sus amigos empiezan a sospechar de su inteligencia y de vez en cuando se suicida, o el del tonto que se cree inteligente y escribe cosas tan inteligentes que los inteligentes se admiran, o el del que ni es inteligente ni tonto ni escribe ni nadie conoce ni existe ni nada?

El Burro y la Flauta

Tirada en el campo estaba desde hacía tiempo una Flauta que ya nadie tocaba, hasta que un día un Burro que paseaba por ahí resopló fuerte sobre ella haciéndola producir el sonido más dulce de su vida, es decir, de la vida del Burro y de la Flauta.

Incapaces de comprender lo que había pasado, pues la racionalidad no era su fuerte y ambos creían en la racionalidad, se separaron presurosos, avergonzados de lo mejor que el uno y el otro habían hecho durante su triste existencia.

El Paraíso imperfecto

—Es cierto —dijo melancólicamente el hombre, sin quitar la vista de las llamas que ardían en la chimenea aquella noche de invierno—; en el Paraíso hay amigos, música, algunos libros; lo único malo de irse al Cielo es que allí el cielo no se ve.

Gallus aureorum ouorum

En uno de los inmensos gallineros que rodeaban a la antigua Roma vivía una vez un Gallo en extremo fuerte y noblemente dotado para el ejercicio amoroso, al que las Gallinas que lo iban conociendo se aficionaban tanto que después no hacían otra cosa que mantenerlo ocupado de día y de noche.

El propio Tácito, quizá con doble intención, lo compara al Ave Fénix por su capacidad para reponerse, y añade que este Gallo llegó a ser sumamente famoso y objeto de curiosidad entre sus conciudadanos, es decir los otros Gallos, quienes procedentes de todos los rumbos de la República acudían a verlo en acción, ya fuera por el interés del espectáculo mismo como por el afán de apropiarse de algunas de sus técnicas.

Pero como todo tiene un límite, se sabe que a fin de cuentas el nunca interrumpido ejercicio de su habilidad lo llevó a la tumba, cosa que le debe de haber causado no escasa amargura, pues el poeta Estacio, por su parte, refiere que poco antes de morir reunió alrededor de su lecho a no menos de dos mil Gallinas de las más exigentes, a las que dirigió sus últimas palabras, que fueron tales: «Contemplad vuestra obra. Habéis matado al Gallo de los Huevos de Oro», dando así pie a una serie de tergiversaciones y calumnias, principalmente la que atribuye esta facultad al rey Midas, según unos, o, según otros, a una Gallina inventada más bien por la leyenda.

Origen de los ancianos

Un niño de cinco años explicaba la otra tarde a uno de cuatro que entre muchos de ellos se mantiene la más rigurosa pureza sexual y ni siquiera se tocan entre sí porque saben —o creen saber— que si por casualidad se descuidan y se dejan llevar por la pasión propia de la edad y se copulan, el fruto inevitable de esa unión contra natura es indefectiblemente un viejito o una viejita; que en esa forma se dice que han nacido y nacen todos los días los ancianos que vemos en las calles y en los parques; y que quizás esta creencia obedecía a que los niños nunca ven jóvenes a sus abuelos y a que nadie les explica cómo nacen éstos o de dónde vienen; pero que en realidad su origen no era necesariamente ése.

El Zorro es más sabio

Un día que el Zorro estaba muy aburrido y hasta cierto punto melancólico y sin dinero, decidió convertirse en escritor, cosa a la cual se dedicó inmediatamente, pues odiaba ese tipo de personas que dicen voy a hacer esto o lo otro y nunca lo hacen.

Su primer libro resultó muy bueno, un éxito; todo el mundo lo aplaudió, y pronto fue traducido (a veces no muy bien) a los más diversos idiomas.

El segundo fue todavía mejor que el primero, y varios profesores norteamericanos de lo más granado del mundo académico de aquellos remotos días lo comentaron con entusiasmo y aun escribieron libros sobre los libros que hablaban de los libros del Zorro.

Desde ese momento el Zorro se dio con razón por satisfecho, y pasaron los años y no publicaba otra cosa.

Pero los demás empezaron a murmurar y a repetir «¿Qué pasa con el Zorro?», y cuando lo encontraban en los cócteles puntualmente se le acercaban a decirle tiene usted que publicar más.

—Pero si ya he publicado dos libros —respondía él con cansancio.

—Y muy buenos —le contestaban—; por eso mismo tiene usted que publicar otro.

El Zorro no lo decía, pero pensaba: «En realidad lo que éstos quieren es que yo publique un libro malo; pero como soy el Zorro, no lo voy a hacer».

Y no lo hizo.

En mi alto insomnio veo a veces a un niño de nueve o diez años, sentado en una silla reclinada contra la pared de un corredor y sostenida en el piso sobre sus dos patas traseras. A lo lejos, más allá del río, aparece una vez más, insistente, la ladera polvorienta en la que el niño ve un día tras otro las diminutas figuras de dos campesinos moviéndose lentamente con su buey y su arado, y que a fuerza de repetirse se han vuelto familiares. En ocasiones, con un par de anteojos de larga vista, puede ver casi al alcance de la mano sus rostros curtidos por el sol, su ropa, consistente en camisa y pantalón de manta blanca, y sus toscas sandalias de cuero, llamadas «caites», con que apisonan el surco después de depositar en él las semillas de maíz.

El niño tiene en las manos un grueso libro abierto que ha apoyado por un momento en sus piernas.

En una lámina de ese libro se ve por tierra, traspasado el pecho de parte a parte por una espada, el cuerpo de un hombre muy joven, un adolescente, quizás; a su lado, en el suelo y casi perpendicular a la herida de entrada, se insinúa un pequeño poso de sangre; atrás, una mujer notoriamente abatida por el hecho cubre su rostro con ambas manos: quiere y no quiere ver al caído; otro personaje flexiona la pierna derecha y tiende sus brazos en dirección al herido, en actitud de quien va a socorrerlo. Más al fondo, pero no lejos de esta escena, se ve un grupo de seis personas, entre las cuales puede observarse una sin mayor relieve, excepto por el hecho, aquí como natural, de que viste peto y hombreras de armadura antigua, sostiene un escudo redondo en su brazo izquierdo, y con la mano de ese mismo brazo empuña una lanza nada amenazadora que apoya con firmeza en el suelo.

Entre la escena viva campestre (todavía no conoce la palabra «bucólica») de sus campesinos reales, y la imaginaria del libro *Don Quijote de la Mancha* compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra más de trescientos años atrás, en la que el ingenioso Basilio el Pobre se vale del ardid de fingirse suicida para minutos antes de la boda birlarle la novia a Camacho el Rico, se está decidiendo el camino, en realidad largo y tortuoso pero no necesariamente dramático, por el que el niño arribará, arribó ya sin que él mismo lo sospeche, a dos cosas que serán fundamentales en su vida: la literatura y la toma del partido del débil frente al poderoso.

En otro instante y en otro lugar de aquella casa, el mismo niño, por la tarde, espera inquieto la entrega del diario *El Cronista* con la tira de tres dibujos sucesivos en que momentos más tarde observará, como detenido en el tiempo, un mínimo pero para él importantísimo episodio del viaje del navegante portugués Vasco de Gama en busca de nuevos mundos. Ya está ahí la carabela que navega en mar abierto a vela desplegada, y en cuya cubierta, con algo que puede ser un mapa en la mano de uno de ellos, tres hombres de barba vestidos con ropas y cascos semejantes a los de los conquistadores españoles del siglo XVI discuten, agitan los brazos con calor, y

deciden valientemente continuar su derrotero hacia lo desconocido. Esta noche, Vasco de Gama y sus compañeros de peligros llenarán la imaginación del niño y apartarán su mente del paisaje campesino inmediato, así como de su propia época, para hacerlo compartir con ellos aquella aventura real (puesta ahí ahora en el reino de la fantasía) que los llevó a explorar el planeta por caminos más largos y tortuosos que los que guiarán a su absorto admirador hacia la literatura, en la cual se encuentra ya sumergido ese atardecer impaciente.

Los caminos que conducen a la literatura pueden ser cortos y directos o largos y tortuosos. El deseo de seguir en ellos sin que necesariamente lo lleven a ningún sitio seguro es lo que convertirá al niño en escritor. Una vez más, entre la escena real y la imaginaria, escoger esta última es una decisión inconsciente que tendrá que pagar en lo que le espera de vida con una alta cuota de trabajo, disciplina y sufrimiento, si quiere en verdad no llegar nunca, explorar mundos desconocidos y, sin detenerse, seguir de nuevo como al principio.

Te conozco, mascarita

El humor y la timidez generalmente se dan juntos. Tú no eres una excepción. El humor es una máscara y la timidez otra. No dejes que te quiten las dos al mismo tiempo.

Movimiento perpetuo

Pape: Satan, pape: Satan Aleppo.

DANTE, *Infierno*, VII

—¿Te acordaste?

Luis se enredó en un complicado pero en todo caso débil esfuerzo mental para recordar qué era lo que necesitaba haber recordado.

—No.

El gesto de disgusto de Juan le indicó que esta vez debía de ser algo realmente importante y que su olvido le acarrearía las consecuencias negativas de costumbre. Así siempre. La noche entera pensando no debo olvidarlo para a última hora olvidarlo. Como hecho adrede. Si supieran el trabajo que le costaba tratar de recordar, para no hablar ya de recordar. Igual que durante toda la primaria: ¿Nueve por siete?

—¿Qué te pasó?

—¿Que qué me pasó?

—Sí; cómo no te acordaste.

No supo qué contestar. Un intento de contraataque:

—Nada. Se me olvidó.

—¡Se me olvidó! ¿Y ahora?

¿Y ahora?

Resignado y conciliador, Juan le ordenó o, según después Luis, quizá simplemente le dijo que no discutieran más y que si quería un trago.

Sí. Fue a servirse él mismo. El whisky con agua, en el que colocó tres cubitos de hielo que con el calor empezaron a disminuir rápidamente aunque no tanto que lo hiciera decidirse a poner otro, tenía un sedante color ámbar. ¿Por qué sedante? No desde luego por el color, sino porque era whisky, whisky con agua, que le haría olvidar que tenía que recordar algo.

—Salud.

—Salud.

—Qué vida —dijo irónico Luis moviéndose en la silla de madera y mirando con placidez a la playa, al mar, a los barcos, al horizonte; al horizonte que era todavía mejor que los barcos y que el mar y que la playa, porque más allá uno ya no tenía que pensar ni imaginar ni recordar nada.

Sobre la olvidadiza arena varios bañistas corrían enfrentando a la última luz del crepúsculo sus dulces pelos y sus cuerpos ya más que tostados por varios días de audaz exposición a los rigores del astro rey. Juan los miraba hacer, meditativo. Meditaba pálidamente que Acapulco ya no era el mismo, que acaso tampoco él fuera ya el mismo, que sólo su mujer continuaba siendo la misma y que lo más seguro era que en ese instante estuviera acariciándose con otro hombre detrás de cualquier

peñasco, o en cualquier bar o a bordo de cualquier lancha. Pero aunque en realidad no le importaba, eso no quería decir que no pensara en ello a todas horas. Una cosa era una cosa y otra otra. Julia seguiría siendo Julia hasta la consumación de los siglos, tal como la viera por primera vez seis años antes, cuando, sin provocación y más bien con sorpresa de su parte, en una fiesta en la que no conocía casi a nadie, se le quedó viendo y se le aproximó y lo invitó a bailar y él aceptó y ella lo rodeó con sus brazos y comenzó a incitarlo arrimándosele y buscándolo con las piernas y acercándosele suave pero calculadoramente como para que él pudiera sentir el roce de sus pechos y dejara de estar nervioso y se animara.

—¿Te sirvo otro? —dijo Luis.

—Gracias.

Y en cuanto pudo lo besó y lo cercó y lo llevó a donde quiso y le presentó a sus amigos y lo emborrachó y esa misma noche, cuando aún no sabían ni sus apellidos y cuando como a las tres y media de la mañana ni siquiera podía decirse que hubieran acabado de entrar en su departamento —el de ella—, sin darle tiempo a defenderse aunque fuera para despistar, lo arrastró hasta su cama y lo poseyó en tal forma que cuando él se dio cuenta de que ella era virgen apenas se extrañó, no obstante que ella lo dirigió todo, como ese y el segundo, el tercero y el cuarto año de casados, sin que por otra parte pudiera afirmarse que ella tuviera nada, ni belleza, ni talento, ni dinero; nada, únicamente aquello.

—El hielo no dura nada —dijo Luis.

—Nada.

Únicamente nada.

Julia entró de pantalones, con el cabello todavía mojado por la ducha.

—¿No invitan?

—Sí; sírvete.

—Qué amable.

—Yo te sirvo —dijo Luis.

—Gracias. ¿Te acordaste?

—Se le volvió a olvidar; qué te parece.

—Bueno, ya. Se me olvidó y qué.

—¿No van a la playa? —dijo ella.

Bebió su whisky con placer: no hay que dejar entrar la cruda.

Los tres quedaron en silencio. No hablar ni pensar en nada. ¿Cuántos días más? Cinco. Contando desde mañana, cuatro. Nada. Si uno pudiera quedarse para siempre, sin ver a nadie. Bueno, quizá no. Bueno, quién sabía. La cosa estaba en acostumbrarse. Bien tostados. Negros, negros.

Cuando la negra noche tendió su manto pidieron otra botella y más agua y más hielo y después más agua y más hielo. Empezaron a sentirse bien. De lo más bien. Los astros tiritaban azules a lo lejos en el momento en que Julia propuso ir al

Guadalcanal a cenar y bailar.

—Hay dos orquestas.

—¿Y por qué no cuatro?

—¿Verdad?

—Vamos a vestirnos.

Una vez allí confirmaron que tal como Juan lo había presentado para el Guadalcanal era horriblemente temprano. Escasos gringos por aquí y por allá, bebiendo tristes y bailando graves, animados, aburridos. Y unos cuantos de nosotros alegrísimos, cuándo no, mucho antes de tiempo. Pero como a la una principió a llegar la gente y al rato hasta podía decirse, perdonando la metáfora, que no cabía un alfiler. En cumplimiento de la tradición, Julia había invitado a Juan y a Luis a bailar; pero después de dos piezas Juan ya no quiso y Luis no era muy bueno (se le olvidaban afirmaba los pasos y si era mambo o rock). Entonces, como desde hacía uno, dos, tres, cuatro años, Julia se las ingenió para encontrar con quién divertirse. Era fácil. Lo único que había que hacer consistía en mirar de cierto modo a los que se quedaban solos en las otras mesas. No fallaba nunca. Pronto vendría algún joven (nacional, de los nuestros) y al verla rubia le preguntaría en inglés que si le permitía, a lo que ella respondería dirigiéndose no a él sino a su marido en demanda de un consentimiento que de antemano sabía que él no le iba a negar y levantándose y tendiendo los brazos a su invitante, quien más o menos riéndose iniciaría rápidas disculpas por haberla confundido con una norteamericana y se reiría ahora desconcertado de veras cuando ella le dijera que sí, que en efecto era norteamericana, y pasaría aún otro rato cohibido, toda vez que a estas alturas resultaba obvio que ella vivía desde muchos años antes en el país, lo cual convertía en francamente ridículo cualquier intento de reiniciar la plática sobre la manoseada base de si llevaba mucho tiempo en México y de si le gustaba. México. Pero entonces ella volvería a darle ánimo mediante la infalible táctica de presionarlo con las piernas para que él comprendiera que de lo que se trataba era de bailar y no de hacer preguntas ni de atormentarse esforzándose en buscar temas de conversación, pues, si bien era bonito sentir placer físico, lo que a ella más le agradaba era dejarse llevar por el pensamiento de que su marido se hallaría sufriendo como de costumbre por saberla en brazos de otro, o imaginando que aplicaría con éste ni más ni menos que las mismas tácticas que había usado con él, y que en ese instante estaría lleno de resentimiento y de rabia sirviéndose otra copa, y que después de otras dos se voltearía de espaldas a la pista de baile para no ver la archisabida maniobra de ellos consistente en acercarse a intervalos prudenciales a la mesa separados más de la cuenta como dos inocentes palomas y hablando casi a gritos y riéndose con él para en seguida alejarse con maña y perderse detrás de las parejas más distantes y abrazarse a su sabor y besarse sin cambiar palabra pero con la certeza de que dentro de unos minutos, una vez que su marido se encontrara completamente borracho, estarían más seguros y el joven nacional podría

llevarlos a todos en su coche con ella en el asiento delantero como muy apartaditos pero en realidad más unidos que nunca por la mano derecha de él buscando algo entre sus muslos, mientras hablaría en voz alta de cosas indiferentes como el calor o el frío, según el caso, en tanto que su marido simularía estar más ebrio de lo que estaba con el exclusivo objeto de que ellos pudieran actuar a su antojo y ver hasta dónde llegaban, y emitiría de vez en cuando uno que otro gruñido para que Luis lo creyera en el quinto sueño y no pensara que se daba cuenta de nada. Después llegarían a su hotel y su marido y ella bajarían del coche y el joven nacional se despediría y ofrecería llevar a Luis al suyo y éste aceptaría y ellos les dirían alegremente adiós desde la puerta hasta que el coche no arrancara, y ya solos entrarían y se servirían otro whisky y él la recriminaría y le diría que era una puta y que si creía que no la había visto restregándose contra el mequetrefe ese, y ella negaría indignada y le contestaría que estaba loco y que era un pobre celoso acomplejado, y entonces él la golpearía en la cara con la mano abierta y ella trataría de arañarlo y lo insultaría enfurecida y empezaría a desnudarse arrojando la ropa por aquí y por allá y él lo mismo hasta que ya en la cama, empleando toda su fuerza, la acostaría boca abajo y la azotaría con un cinturón destinado especialmente a eso, hasta que ella se cansara del juego y según lo acostumbrado se diera vuelta y lo recibiera sollozando no de dolor ni de rabia sino de placer, del placer de estar una vez más con el único hombre que la había poseído y a quien jamás había engañado ni pensaba engañar jamás.

—¿Me permite? —dijo en inglés el joven nacional.

Homenaje a Masoch

Lo que acostumbraba cuando se acababa de divorciar por primera vez y se encontraba por fin solo y se sentía tan contento de ser libre de nuevo era, después de estar unas cuantas horas haciendo chistes y carcajeándose con sus amigos en el café, o en el cóctel de la exposición tal, donde todos se morían de risa de las cosas que decía, volver por la noche a su departamento nuevamente de soltero y tranquilamente y con delectación morosa ponerse a acarrear sus instrumentos, primero un sillón, que colocaba en medio del tocadiscos y una mesita, después una botella de ron y un vaso mediano, azul, de vidrio de Carretones, después una grabación de la *Tercera Sinfonía* de Brahms dirigida por Félix Weingartner, después su gordo ejemplar empastado Editorial Nueva España, S. A., México, 1944, de *Los hermanos Karamazov*; y en seguida conectar el tocadiscos, destapar la botella, servirse un vaso, sentarse y abrir el libro por el Capítulo III del Epílogo para leer reiteradamente aquella parte en que se ve muerto al niño Ilucha en un féretro azul, con las manos plegadas sobre el pecho y los ojos cerrados, y en la que el niño Kolya, al saber por Aliocha que Mitya su hermano es inocente de la muerte de su padre y sin embargo va a morir, exclama emocionado que le gustaría morir por toda la humanidad, sacrificarse por la verdad aunque fuese con afrenta; para seguir con las discusiones acerca del lugar en que debía ser enterrado Ilucha, y con las palabras del padre, quien les cuenta que Ilucha le pidió que cuando lo hubiera cubierto la tierra desmigajara un pedazo de pan para que bajaran los gorriones y que él los oiría y se alegraría sintiéndose acompañado, y más tarde él mismo, ya enterrado Ilucha, parte y esparce en pedacitos un pan murmurando: «Venid, volad aquí, pajaritos, volad, gorriones», y pierde a cada rato el juicio y se desmaya y se queda como ido y luego vuelve en sí y comienza de nuevo a llorar, y se arrepiente de no haber dado a la madre de Ilucha una flor de su féretro y quiere ir corriendo a ofrecérsela, hasta que por último Aliocha, en un raptó de inspiración, al lado de la gran piedra en donde Ilucha quería ser enterrado, se dirige a los condiscípulos de éste y pronuncia el discurso en que les dice aquellas esperanzadas cosas relativas a que pronto se separarán, pero que de todos modos, cualesquiera que sean las circunstancias que tengan que enfrentar en la vida, no deben olvidar ese momento en que se sienten buenos, y que si alguna vez cuando sean mayores se ríen de ellos mismos por haber sido buenos y generosos, una voz dirá en su corazón: «No, no hago bien en reírme, pues no es esto cosa de risa», y que se lo dice por si llegan a ser malos, pero no hay motivo para que seamos malos, verdad muchachos, y que aun dentro de treinta años recordará esos rostros vueltos hacia él, y que a todos los quiere, y que de ahí en adelante todos tendrán un puesto en su corazón, con la final explosión de entusiasmo en que los niños conmovidos gritan a coro ¡viva Karamazov!; lectura que desarrollaba a un ritmo tal y tan bien calculado que los vivas a Karamazov terminaban exactamente con los últimos acordes de la

sinfonía, para volver nuevamente a empezar según el efecto del ron lo permitiera, sobre todo que permitiera por último apagar el tocadiscos, tomar una copa final e irse a la cama, para ya en ella hundir minuciosamente la cabeza en la almohada y sollozar y llorar amargamente una vez más por Mitya, por Ilucha, por Aliocha, por Kolya, por Mitya, por Ilucha, por Aliocha, por Kolya, por Mitya.

Beneficios y maleficios de Jorge Luis Borges

Cuando descubrí a Borges, en 1945, no lo entendía y más bien me chocó. Buscando a Kafka, encontré su prólogo a *La metamorfosis* y por primera vez me enfrenté a su mundo de laberintos metafísicos, de infinitos, de eternidades, de trivialidades trágicas, de relaciones domésticas equiparables al mejor imaginado infierno. Un nuevo universo, deslumbrante y ferozmente atractivo. Pasar de aquel prólogo a todo lo que viniera de Borges ha constituido para mí (y para tantos otros) algo tan necesario como respirar, al mismo tiempo que tan peligroso como acercarse más de lo prudente a un abismo. Seguirlo fue descubrir y descender a nuevos círculos: Chesterton, Melville, Bloy, Swedenborg, Joyce, Faulkner, Woolf; reanudar viejas relaciones: Cervantes, Quevedo, Hernández; y finalmente volver a ese ilusorio Paraíso de lo cotidiano: el barrio, el cine, la novela policial.

Por otra parte, el lenguaje. Hoy lo recibimos con cierta naturalidad, pero entonces aquel español tan ceñido, tan conciso, tan elocuente, me produjo la misma impresión que experimentaría el que, acostumbrado a pensar que alguien está muerto y enterrado, lo ve de pronto en la calle, más vivo que nunca. Por algún arte misterioso, este idioma nuestro, tan muerto y enterrado para mi generación, adquiriría de súbito una fuerza y una capacidad para las cuales lo considerábamos ya del todo negado. Ahora resultaba que era otra vez capaz de expresar cualquier cosa con claridad y precisión y belleza; que alguien nuestro podía contar nuevamente e interesarnos nuevamente en una aporía de Zenón, y que también alguien nuestro podía elevar (no sé si también nuevamente) un relato policial a categoría artística. Súbditos de resignadas colonias, escépticos ante la utilidad de nuestra exprimida lengua, debemos a Borges el habernos devuelto, a través de sus viajes por el inglés y el alemán, la fe en las posibilidades del ineludible español.

Acostumbrados como estamos a cierto tipo de literatura, a determinadas maneras de conducir un relato, de resolver un poema, no es extraño que los modos de Borges nos sorprendan y que desde el primer momento lo aceptemos o no. Su principal recurso literario es precisamente eso: la sorpresa. A partir de la primera palabra de cualquiera de sus cuentos, todo puede suceder. Sin embargo, la lectura de conjunto nos demuestra que lo único que podía suceder era lo que Borges, dueño de un rigor lógico implacable, se propuso desde el principio. Así en el relato policial en que el detective es atrapado sin piedad (víctima de su propia inteligencia; de su propia trama sutil), y muerto, por el desdeñoso criminal; así en la melancólica revisión de la supuesta obra del gnóstico Nils Runeberg, en la que se concluye, con tranquila certidumbre, que Dios, para ser verdaderamente hombre, no encarnó en un ser superior entre los hombres, como Cristo, o como Alejandro o Pitágoras, sino en la más abyecta y por lo tanto más humana envoltura de Judas.

Cuando un libro se inicia, como *La metamorfosis* de Kafka, proponiendo: «Al

despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, encontróse en su cama convertido en un monstruoso insecto», al lector, a cualquier lector, no le queda otro remedio que decidirse, lo más rápidamente posible, por una de estas dos inteligentes actitudes: tirar el libro, o leerlo hasta el fin sin detenerse. Conocedor de que son innumerables los aburridos lectores que se deciden por la confortable primera solución, Borges no nos aturde adelantándonos el primer golpe. Es más elegante o más cauto. Como Swift en *Los Viajes de Gulliver* principia contándonos con inocencia que éste es apenas tercer hijo de un inofensivo pequeño hacendado, para introducirnos a las maravillas de *Tlön* Borges prefiere instalarse en una quinta de Ramos Mejía, acompañado de un amigo, tan real, que ante la vista de un inquietante espejo se le ocurre «recordar» algo como esto: «Los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres». Sabemos que este amigo, Adolfo Bioy Casares, existe; que es un ser de carne y hueso, que escribe asimismo fantasías; pero si así no fuera, la sola atribución de esta frase justificaría su existencia. En las horrorosas alegorías realistas de Kafka se parte de un hecho absurdo o imposible para relatar en seguida todos los efectos y consecuencias de este hecho con lógica sosegada; con un realismo difícil de aceptar sin la buena fe o sin la credulidad previa del lector; pero siempre tiene uno la convicción de que se trata de un puro símbolo, de algo necesariamente imaginado. Cuando se lee, en cambio, «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», de Borges, lo más natural es pensar que se está ante un simple y hasta fatigoso ensayo científico tendiente a demostrar, sin mayor énfasis, la existencia de un planeta desconocido. Muchos lo seguirán creyendo durante toda su vida. Algunos tendrán sus sospechas y repetirán con ingenuidad lo que aquel obispo de que nos habla Rex Warner, el cual, refiriéndose a los hechos que se relatan en *Los Viajes de Gulliver*, declaró valerosamente que por su parte estaba convencido de que todo aquello no era más que una sarta de mentiras. Un amigo mío llegó a desorientarse en tal forma con *El jardín de senderos que se bifurcan*, que me confesó que lo que más lo seducía de «La biblioteca de Babel», incluido allí, era el rasgo de ingenio que significaba el epígrafe, tomado de la *Anatomía de la melancolía*, libro según él a todas luces apócrifo. Cuando le mostré el volumen de Burton y creí probarle que lo inventado era lo demás, optó desde ese momento por creerlo todo, o nada en absoluto, no recuerdo. A lograr este efecto de autenticidad contribuye en Borges la inclusión en el relato de personajes reales como Alfonso Reyes, de presumible realidad como George Berkeley, de lugares sabidos y familiares, de obras menos al alcance de la mano pero cuya existencia no es del todo improbable, como la *Enciclopedia Británica*, a la que se puede atribuir cualquier cosa; el estilo reposado y periodístico a la manera de De Foe; la constante firmeza en la adjetivación, ya que son incontables las personas a quienes nada convence más que un buen adjetivo en el lugar preciso.

Y por último, el gran problema: la tentación de imitarlo era casi irresistible; imitarlo, inútil. Cualquiera puede permitirse imitar impunemente a Conrad, a Greene,

a Durrell; no a Joyce, no a Borges. Resulta demasiado fácil y demasiado evidente.

El encuentro con Borges no sucede nunca sin consecuencias. He aquí algunas de las cosas que pueden ocurrir, entre benéficas y maléficas:

1. Pasar a su lado sin darse cuenta (maléfica).
2. Pasar a su lado, regresarse y seguirlo durante un buen trecho para ver qué hace (benéfica).
3. Pasar a su lado, regresarse y seguirlo para siempre (maléfica).
4. Descubrir que uno es tonto y que hasta ese momento no se le había ocurrido una idea que más o menos valiera la pena (benéfica).
5. Descubrir que uno es inteligente, puesto que le gusta Borges (benéfica).
6. Deslumbrarse con la fábula de Aquiles y la Tortuga y creer que por ahí va la cosa (maléfica).
7. Descubrir el infinito y la eternidad (benéfica).
8. Preocuparse por el infinito y la eternidad (benéfica).
9. Creer en el infinito y la eternidad (maléfica).
10. Dejar de escribir (benéfica).

Fecundidad

Hoy me siento bien, un Balzac; estoy terminando esta línea.

Homo scriptor

El conocimiento directo de los escritores es nocivo. «Un poeta —dijo Keats— es la cosa menos poética del mundo.» En cuanto uno conoce personalmente a un escritor al que admiró de lejos, deja de leer sus obras. Esto es automático. Por lo que se refiere a las obras mismas, una idea sensata, y que ahora comienza a ponerse en práctica, es publicar al mismo tiempo en diversos países de América las mejores, o por lo menos las más resonantes, que también pueden ser buenas. Las muy malas deben ser editadas por el Estado a todo lujo, empastadas en piel y con ilustraciones, para hacerlas prohibitivas a los pobres y, a la vez, tener contentos a la mayoría de los poetas y novelistas.

Onís es asesino

Nuestro idioma parece ser particularmente propicio para los juegos de palabras. Todos nos hemos divertido con los de Villamediana (diamantes que fueron antes / de amantes de su mujer); con los más recatados, si bien más insulsos (di, Ana, ¿eres Diana?), de Gracián, quien, hay que reconocerlo, escribió un tratado bastante divertido, la *Agudeza y arte de ingenio*, para justificar esa su irresistible manía; con los de Calderón de la Barca (apenas llega cuando llega a penas); etcétera. Es curioso que sea difícil recordar alguno de Cervantes. Muchos años después Arniches (imagínate, mencionarlo al lado de éstos) llega a la cumbre. Como es natural, nosotros heredamos de los españoles este vicio que, entre los escritores y poetas o meros intelectuales, se convierte en una verdadera plaga. Hay los que suponen que entre más juegos de palabras intercalen en una conversación (principalmente si ésta es seria) los tendrán por más ingeniosos, y no desperdician oportunidad de mostrar sus dotes en este terreno. Es difícilísimo sacar a un maniático de éstos de su error. Personaje digno de La Bruyère, no hay quien no lo conozca. A dondequiera que vaya es recibido con auténtico horror por el miedo que se tiene a sus agudezas, que sólo él celebra o que los demás le festejan de vez en cuando para ver si se calma. ¿Lo visualizas y te ríes? Pues tú también tendrías que releer un poco tu Horacio.

Son más raros los que llevan sus hallazgos a lo que escriben, aunque, por supuesto, mucho más soportables. Shakespeare aterra con sus juegos de palabras a los traductores (su merecido, por traidores), quienes no tienen más remedio que recurrir a las notas de pie de página para explicar que tal cosa significa también tal otra y que ahí estaba el chiste. Proust, tú sabes, los dosifica majestuosamente. En las traducciones de Proust las notas casi desaparecen: cuando habla de las preciosas radicales no se necesita ser muy listo para darse cuenta de que está aludiendo a las preciosas ridículas de Molière. Joyce lleva las cosas a extremos demoniacos, por lo cual no se traduce *Finnegan's Wake*. Entre nosotros, recuerdo, han sido buenos para esto Rubén Darío:

Kants y Nietzches y Schopenhauers
ebrios de cerveza y azur
iban, gracias al *calembour*
a tomarse su *chop* en Auer's

y más cerca aún, Xavier Villaurrutia:

Y mi voz que madura
y mi bosque madura
y mi voz quemadura

y mi voz quema dura.

Pero lo anterior no tiene casi nada que ver con que Onís sea asesino, o con que amen a Panamá, o con que seamos seres sosos, Ada.

Ahora te lo explico. La otra noche me encontré al señor Onís, hijo del señor Onís, en una reunión de intelectuales. En cuanto me lo presentaron le dije viéndolo fijamente a los ojos: ¡Onís es asesino! Cuando noté que, aterrado, estaba a punto de decirme que sí, de confesarme algo horrible, me apresuré a explicarle que se trataba de un simple palindroma. Qué gusto sentí al notar que el alma le volvía al cuerpo. Recuerda que palindromas son esas palabras o frases que pueden leerse igual de izquierda a derecha que de derecha a izquierda, según declara valientemente la Academia de la Lengua, aunque llamándolas palíndromos, como si no fuera mejor del otro modo. Los vimos en la escuela: ANILINA. DÁBALE ARROZ A LA ZORRA EL ABAD. ANITA LAVA LA TINA, etcétera.

Y es aquí donde los asesinos de salón que hacen juegos de palabras para acabar con las conversaciones se encontrarían con una verdadera dificultad. Pruébenlo. Hace ya varios años nos entregábamos a este inocente juego (lo más que requiere es un poco de silencio y mirar de cuando en cuando al techo con un papel y un lápiz en la mano) un grupo de ociosos del tipo de Juan José Arreola, Carlos Illescas, Ernesto Mejía Sánchez, Enrique Alatorre, Rubén Bonifaz Nuño, algún otro y yo. Durante tardes enteras o noches a la mitad tomábamos nuestros papelitos, trabajábamos silenciosos y allá cada vez nos comunicábamos con júbilo nuestros hallazgos.

Estas cuatro o cinco cuartillas quieren ser un homenaje y un reconocimiento al talento (entre otros) para el palindroma de Carlos Illescas, positivo monstruo de este deporte, quien de pronto levantaba la mano, pedía silencio y decía, como hablando de otra cosa: Aman a Panamá, o Amo la paloma, o sea AMAN A PANAMÁ o AMO LA PALOMA por cualquier lado que los mires o quieras amarlos; mientras nosotros, yo por lo menos, nos debatíamos repitiendo ROMA AMOR ROMA AMOR, para que él nos saliera al rato con algo tan humillante como esto: ADELA, DIONISO: NO TAL PLATÓN, O SI NO, ID A LEDA, lo que acababa de sumirnos en la desesperación y la impotencia.

Posteriormente leímos los famosos que el gran mago Julio Cortázar trae en «Lejana», de *Bestiario*:

Salta Lenin el atlas
Amigo, no gima
Átale, demoniaco Caín, o me delata
Anás usó tu auto, Susana.

Y recordábamos uno muy pobre o muy tímido de Joyce o que Joyce usó:

Madam, I'm Adam

y alguno que otro del idioma inglés (no muy bueno para esto, según entiendo):

A man, a plan, a canal: Panama.

Más tarde Bonifaz Nuño aportó la declaración antisinestésica:

Odio la luz azul al oído

y Enrique Alatorre el existencialista:

¡Río, sé saeta! Sal, Sartre, el leer tras las ateas es oír;

y Arreola:

Etna da luz azul a Dante;

en tanto que Illescas, como diligente araña, sacaba sus hilos de tejer y destejer:

Somos laicos, Adán; nada social somos;

o el admonitorio

Damas, oíd a Dios amad;

o el acusatorio

Onís es asesino;

o el preventivo y definitivo y ahora en plan de suave melodía de égloga virgiliana:

Si no da amor alas, sal a Roma, Adonis.

Después venían otros suyos sumamente extraños, ya dentro de la embriaguez en que se pierden los sentidos (que es la buena) y África y Grecia se abrazan en misterioso contubernio, como

Acata, sale, salta, acude, saeta afromorfa;
ateas educa, Atlas, el as ataca.

o lo que él llamaba palindroma de palindromas:

Somos seres sosos, Ada; sosos seres somos,

en el que cada palabra es también palindroma; o el palindroma *ad infinitum*:

O sale el as o... el as sale... o sale el as ...o;

o, por fin, el palindroma político, en el que alguien pregunta: «¿Qué es la OIT (Organización Internacional del Trabajo)?», y se le responde:

Tío Sam más OIT,

para rematar con algo que ya no le creíamos porque somos naturalmente desmemoriados y eso de Evemón se nos hacía sospechoso:

¿No me ve, o es ido Odiseo, Evemón?

y nos tenía que explicar que Evemón no era otro que Tésalo (ah, así sí), padre de Eurípilo (claro), como fácilmente se podía ver en *Iliada* II, 736; V, 79; VII, 167; VIII, 265; y XI, 575.

Ahora yo tengo que confesar que jamás pude ni he podido posteriormente hacer o encontrar un solo palindroma que vaya más allá de los ya dados por la madre naturaleza: oro, ara, ama, eme, etcétera, excepto uno que me costó horas de esfuerzo pero tan escatológico, para vergüenza mía, que me apresuro a ponerlo aquí: ¡Acá, caca! Sospecho que Mejía Sánchez tampoco, pues finalmente, cuando empezamos, por incapacidad manifiesta, a buscar un nuevo género, o sea los falsos palindromas (ejemplo: Don Odón, que suena pero no es), salió con uno falsísimo pero que a todos en un momento dado nos pareció auténtico, pues en esos días se hablaba del Premio Nobel para Alfonso Reyes:

Alfonso no ve el Nobel famoso,

que no se lee de atrás para adelante ni de broma; en tanto que Illescas, algo cansado de su facilidad, aceptaba con entusiasmo mi modesta proposición de estructurar una larga frase en español que, leída de derecha a izquierda, dijera lo mismo, pero en inglés, o en el idioma que en ese momento le pareciera mejor, o más difícil.

Bajo otros escombros

Vemos a ese hombre que se pasea agitado ante la puerta del hotel de paso en la calle París de Santiago de Chile, y que vigila. Sospecha. Durante los últimos días no ha hecho otra cosa que sospechar. La ha visto a los ojos y ha sospechado. Ha notado que su mujer le sonrío en forma demasiado natural, que todo le parece correcto o no, y que ya no le discute tanto como antes, o que le discute más que antes, y ha sospechado. Cualquiera lo haría. Estas situaciones son así. De pronto sientes en la atmósfera algo raro, y sospechas. Los pañuelos que regalaste empiezan a ser importantes, y siempre falta uno y nadie sabe en dónde está; sencillamente nadie sabe en dónde está. Entonces este caballero, armándose de valor, ha ido al hotel. Al fin se ha decidido a acabar con sus dudas, a ser lo bastante hombrecito para aguardar a verlos salir y atraparlos, furtivos y seguramente practicando ese gesto de despreocupación que adopta el temor a ser sorprendido. Y ahora, mientras espera, ha cruzado quién sabe cuántas veces el amplio portón abierto, para aquí, para allá, le molesta saber que a ratos ya casi sin rencor, mecánicamente. Bueno, quizás ustedes hayan pasado algún día por esto y yo esté cometiendo una indiscreción al recordárselo, o al traerles a la memoria una cosa ya suficientemente enterrada bajo otros escombros, bajo otras ilusiones, otras películas, otros hechos, mejores o peores, que han ido borrando aquello que en un momento dado les pareció como el fin del mundo y que hoy, lo saben bien, recuerdan hasta con una sonrisa. O se ha apoyado en la pared azul opuesta. Este individuo era un hombre alto, medio canoso, bien parecido, de unos cuarenta años, no importa. Estábamos en verano, iba vestido de lino y transpiraba. Nosotros lo observábamos desde la ventana de un segundo piso de la casa de enfrente. Resultaba divertido fisgar desde allí la llegada de las parejas. Señores viejos con jovencitas. Jovencitos con señoras viejas. Jovencitos con jovencitas. Nunca señores viejos con señoras viejas, por qué será. Hombres maduros con mujeres maduras, tranquilos. Hombres experimentados con especies de criaditas francamente asustadas. Hombres liberados con mujeres liberadas que entraban riéndose abiertamente, felices, qué envidia. A veces nos pasábamos toda una tarde de domingo Enrique, Roberto, Antonio y yo, viéndolos acercarse desde las calles laterales y entrar. O no entrar. Apostábamos. Éstos entran. Éstos no entran. Uno perdía, o ganaba, pues los que parecía que iban a entrar, y a los cuales uno les apostaba, pasaban de largo, para regresar y entrar después de diez pasos en que se suponía que la virtud iba a obtener una de sus más sensacionales victorias, y era felizmente derrotada. Pero volviendo a este hombre, cómo nos apenó. Este hombre sufría. Atisbaba nervioso la salida falsamente confiada de cada pareja, temeroso de que fuera la que él esperaba y de que en un descuido se le escaparan, confundidos con las primeras sombras, como se decía antes, del crepúsculo. Véanlo ahora cómo estira el cuello, cómo se empina, cómo se inquieta cuando alguien sale y cómo se agita

cuando alguien se atraviesa en el momento en que alguien sale. Va a esta esquina, a la otra, para volver rápidamente, excitado. Quizá crea que en ese segundo ellos han logrado escapar. Es una cosa tremenda. El hombre nos comienza a dar lástima. Si esto no hubiera sido nuestro acostumbrado juego no habríamos tenido la paciencia de seguirlo desde esa cómoda ventana durante más de dos horas (porque ya son las siete) sin ningún interés real en lo que sucedía adentro. Pero a él sí le interesa lo que sucede adentro e imagina y sufre y se tortura y se propone sangrientos actos de venganza ante la idea de los cuales se detiene y tiembla sin que él mismo pueda decir si de coraje o de miedo, aunque en el fondo sepa que es de coraje. Y tú con tus amigos desde tu comfortable mirador acechas y sufres y no estás seguro de lo que en este instante esté pasando con tu propia mujer y quizá por esto te inquiete tanto ese hombre que podría ser tú y podría ser ustedes, mientras el crepúsculo que apareció más arriba se vuelve decididamente noche y los empleados que anhelan regresar, nadie sabe por qué, a sus casas, aumentan y corren laboriosos tras los autobuses y los tranvías que pasan allí cerca repletos hasta que, por fin, de pronto, descubren en él una agitación mucho más intensa, un nerviosismo, una angustia y comprenden que el esperado momento supremo ha llegado y vuelven rápidamente la mirada a la puerta del hotel y ven que los amantes salen y que se han dado cuenta de lo que ocurre, es decir, de que él está allí, y que simulando calma aprietan el paso mirando para atrás con la imaginación, y apresurándose y agarrados del brazo dan vuelta en la esquina de San Francisco y ustedes bajan rápido de su mirador para no perderse lo que suceda y todavía encuentran al hombre en la avenida O'Higgins y lo hallan demudado, mirando para un lado y para otro, apartando bruscamente a la gente, dándose vuelta, girando sobre su eje, buscando, viendo para acá, para allá, ansioso, desconcertado; pero ahora sí seguro de que mañana, o el próximo sábado, o el lunes, o cuando sea, tendrá oportunidad de vigilar de manera menos distraída, menos torpe que esta tarde en que a lo mejor no eran ellos.

Cómo me deshice de quinientos libros

Poeta: no regales tu libro; destrúyelo tú mismo.

EDUARDO TORRES

Hace varios años leí un ensayo de no recuerdo qué autor inglés en el que éste contaba las dificultades que se le presentaron para deshacerse de un paquete de libros que por ningún motivo quería conservar en su biblioteca. Ahora bien, en el curso de mi existencia he podido observar que entre los intelectuales es corriente oír la queja de que los libros terminan por sacarlos de sus casas. Algunos hasta justifican el tamaño de sus mansiones señoriales con la excusa de que los libros ya no los dejaban dar un paso en sus antiguos departamentos. Yo no he estado, y probablemente no lo estaré jamás, en este último extremo; pero nunca hubiera podido imaginar que algún día me encontraría en el del ensayista inglés, y que tendría que luchar por desprenderme de 500 volúmenes.

Trataré de contar mi experiencia. De pasada diré que es probable que esta historia irrite a muchos. No importa. La verdad es que en determinado momento de su vida o uno conoce demasiada gente (escritores), o a uno lo conoce demasiada gente (escritores), o uno se da cuenta de que le ha tocado vivir en una época en que se editan demasiados libros. Llega el momento en que tus amigos escritores te regalan tantos libros (aparte de los que generosamente te pasan para leer aún inéditos) que necesitarías dedicar todos los días del año para enterarte de sus interpretaciones del mundo y de la vida. Como si esto fuera poco, el hecho es que desde hace veinte años mi afición por la lectura se vino contaminando con el hábito de comprar libros, hábito que en muchos casos termina por confundirse tristemente con la primera. Por ese tiempo di en la torpeza de visitar las librerías de viejo. En la primera página de *Moby Dick* Ismael observa que cuando Catón se hastió de vivir se suicidó arrojándose sobre su espada, y que cuando a él le sucedía hastiarse, sencillamente tomaba un barco. Yo, en cambio, durante años tomé el camino de las librerías de viejo. En cuanto uno empieza a sentir la atracción de estos establecimientos llenos de polvo y penuria espiritual, el placer que proporcionan los libros ha empezado a degenerar en la manía de comprarlos, y ésta a su vez en la vanidad de adquirir algunos raros para asombrar a los amigos o a simples conocidos.

¿Cómo tiene lugar este proceso? Un día está uno tranquilo leyendo en su casa cuando llega un amigo y le dice: ¡Cuántos libros tienes! Eso le suena a uno como si el amigo le dijera: ¡Qué inteligente eres!, y el mal está hecho. Lo demás ya se sabe. Se pone uno a contar los libros por cientos, luego por miles, y a sentirse cada vez más inteligente. Como a medida que pasan los años (a menos que se sea un verdadero infeliz idealista) uno cuenta con más posibilidades económicas, uno ha recorrido más librerías y, naturalmente, uno se ha convertido en escritor, uno posee tal cantidad de

libros que ya no sólo eres inteligente: en el fondo eres un genio. Así es la vanidad esta de poseer muchos libros.

En tal situación, el otro día me armé de valor y decidí quedarme únicamente con aquellos libros que de veras me interesaran, hubiera leído, o fuera realmente a leer. Mientras consume su cuota de vida, ¿cuántas verdades elude el ser humano? Entre éstas, ¿no es la de su cobardía una de las más constantes? ¿A cuántos sofismas acudes diariamente para ocultarte que eres un cobarde? Yo soy un cobarde. De los varios miles de libros que poseo por inercia, apenas me atreví a eliminar unos quinientos, y eso con dolor, no por lo que representarían espiritualmente para mí, sino por el coeficiente de menor prestigio que los diez metros menos de estanterías llenas irían a significar. Día y noche mis ojos recorrieron una y otra vez (como decían los clásicos) las vastas hileras, discriminando hasta el cansancio (como decimos los modernos). ¡Qué increíble cantidad de poesía, qué cantidad de novelas, cuántas soluciones sociológicas para los males del mundo! Se supone que la poesía se escribe para enriquecer el espíritu; que las novelas han sido concebidas, cuando menos, para la distracción; y aun, con optimismo, que las soluciones sociológicas se encaminan a solucionar algo. Viéndolo con calma, me di cuenta de que en su mayor parte la primera, o sea la poesía, era capaz de empobrecer al espíritu más rico, las segundas de aburrir al más alegre y las terceras de embrollar al más lúcido. Y no obstante, qué de consideraciones hice para descartar cualquier volumen, por insignificante que pareciera. Si un cura y un barbero me hubieran ayudado sin yo saberlo, ¿habrían dejado en mis estantes más de cien? Cuando en 1955 visité a Pablo Neruda en su casa de Santiago me sorprendió ver que escasamente poseía treinta o cuarenta libros, entre novelas policiales y traducciones de sus propias obras a diversos idiomas. Acababa de donar a la Universidad una cantidad enorme de verdaderos tesoros bibliográficos. El poeta se dio ese gusto en vida; único estado, viéndolo bien, en que uno se lo puede dar.

No haré aquí el censo de los libros de que estaba dispuesto a desprenderme; pero entre ellos había de todo, más o menos así: política (en el mal sentido de la palabra, toda vez que no tiene otro), unos 50; sociología y economía, alrededor de 49; geografía general e historia general, 2; geografía e historia patrias, 48; literatura mundial, 14; literatura hispanoamericana, 86; estudios norteamericanos sobre literatura latinoamericana, 37; astronomía, 1; teorías del ritmo (para que la señora no se embarace), 6; métodos para descubrir manantiales, 1; biografías de cantantes de ópera, 1; géneros indefinidos (tipo *Yo escogí la libertad*), 14; erotismo, , (conservé las ilustraciones del único que tenía); métodos para adelgazar, 1; métodos para dejar de beber, 19; psicología y psicoanálisis, 27; gramáticas, 5; métodos para hablar inglés en diez días, 1; métodos para hablar francés en diez días, 1; métodos para hablar italiano en diez días, 1; estudios sobre cine, 8; etc.

Pero esto constituía nada más el principio. Pronto descubrí que eran pocas las personas que querían aceptar la mayor parte de los libros que yo había comprado

cuidadosamente a través de los años perdiendo tiempo y dinero. Si bien esto me reconcilió algo con el género humano al descubrir que el mero afán de acumular no era una aberración tan generalizada, me causó las molestias consiguientes, por cuanto una vez decidido a ello, deshacerme de esos libros se convirtió en una necesidad espiritual apremiante. Un incendio como el de la Biblioteca de Alejandría, al que están dedicados estos recuerdos, es el camino más llano, pero resulta ridículo y hasta mal visto quemar 500 libros en el patio de la casa (suponiendo que la casa lo tuviera). Y se acepta que la Inquisición quemara gente, pero la mayoría se indigna de que quemara libros. Ciertas personas aficionadas a estas cosas me sugirieron donar todos esos volúmenes a tales o cuales bibliotecas públicas; pero una solución tan fácil le restaba espíritu aventurero al asunto y la idea me aburría un poco, además de que estaba convencido de que en las bibliotecas públicas serían tan inútiles como en mi casa o en cualquier otro sitio. Tirarlos uno por uno a la basura no era digno de mí, de los libros, ni del basurero. La única solución eran mis amigos. Pero mis amigos políticos o sociólogos poseían ya los libros correspondientes a sus especialidades, o eran enemigos de ellos en gran cantidad de casos; los poetas no querían contaminarse con nada de contemporáneos suyos a quienes conocieran personalmente; y el libro sobre erotismo era una carga para cualquiera, aun despojado de sus ilustraciones francesas.

Sin embargo, no quiero hacer de estos recuerdos una historia de falsas aventuras supuestamente divertidas. Lo cierto es que de alguna manera he ido encontrando espíritus afines al mío que han aceptado llevarse a sus casas esos fetiches, a ocupar un lugar que restará espacio y oxígeno a los niños, pero que darán a los padres la sensación de ser más sabios e incluso la más falaz e inútil de ser los depositarios de un saber que en todo caso no es sino el repetido testimonio de la ignorancia o la ingenuidad humanas.

Mi optimismo me llevó a suponer que al terminar estas líneas, comenzadas hace quince días, en alguna forma justificaría cabalmente su título; si el número de quinientos que aparece en él es sustituido por el de veinte (que empieza a acortarse debido a una que otra devolución por correo), ese título estará más apegado a la verdad.

Las criadas

Amo a las sirvientas por irreales, porque se van, porque no les gusta obedecer, porque encarnan los últimos vestigios del trabajo libre y la contratación voluntaria y no tienen seguro ni prestaciones ni, porque como fantasmas de una raza extinguida llegan, se meten a las casas, husmean, escarban, se asoman a los abismos de nuestros mezquinos secretos leyendo en los restos de las tazas de café o de las copas de vino, en las colillas, o sencillamente introduciendo sus miradas furtivas y sus ávidas manos en los armarios, debajo de las almohadas, o recogiendo los pedacitos de los papeles rotos y el eco de nuestros pleitos, en tanto sacuden y barren nuestras porfiadas miserias y las sobras de nuestros odios cuando se quedan solas toda la mañana cantando triunfalmente; porque son recibidas como anunciaciones en el momento en que aparecen con su caja de Nescafé o de Kellogg's llena de ropa y de peines y de mínimos espejos cubiertos todavía con el polvo de la última irrealdad en que se movieron; porque entonces a todo dicen que sí y parece que ya nunca nos faltará su mano protectora; porque finalmente deciden marcharse como vinieron pero con un conocimiento más profundo de los seres humanos, de la comprensión y la solidaridad; porque son los últimos representantes del Mal y porque nuestras señoras no saben qué hacer sin el Mal y se aferran a él y le ruegan que por favor no abandone esta tierra; porque son los únicos seres que nos vengán de los agravios de estas mismas señoras yéndose simplemente, recogiendo otra vez sus ropas de colores, sus cosas, sus frascos de crema de tercera clase ocupados ahora con crema de primera ahora un poquito sucia, fruto de sus inhábiles hurtos. Me voy, les dicen vigorosamente llenando una vez más sus cajas de cartón. Pero por qué. Porque sí. (Oh libertad inefable.) Y allá van, ángeles malignos, en busca de nuevas aventuras, de una nueva casa, de un nuevo catre, de un nuevo lavadero, de una nueva señora que no pueda vivir sin ellas y las ame; planeando una nueva vida, negándose al agradecimiento por lo bien que las trataron cuando se enfermaron y les dieron amorosamente su aspirina por temor de que al otro día no pudieran lavar los platos, que es lo que en verdad cansa, hacer la comida no cansa. Amo verlas llegar, llamar, sonreír, entrar, decir que sí; pero no, siempre resistiéndose a encontrar a su Mary Poppins-Señora que les resuelva todos los problemas, los de sus papás, los de sus hermanos menores y mayores, entre los cuales uno las violó en su oportunidad; que por las noches les enseñe en la cama a cantar do-re-mi, do-re-mi hasta que se queden dormidas con el pensamiento puesto dulcemente en los platos de mañana sumergidos en una nueva ola de espuma de detergente fa-sol-la-si, y les acaricie con ternura el cabello y se aleje sin hacer ruido, de puntillas, y apague la luz en el último momento antes de abandonar la recámara de contornos vagamente irreales.

Humorismo

El humorismo es el realismo llevado a sus últimas consecuencias. Excepto mucha literatura humorística, todo lo que hace el hombre es risible o humorístico. En las guerras deja de serlo porque durante éstas el hombre deja de serlo. Dijo Eduardo Torres: «El hombre no se conforma con ser el animal más estúpido de la Creación; encima se permite el lujo de ser el único ridículo».

El paraíso

En los últimos tiempos llegaba a su oficina un poco tarde, más bien bastante tarde, pero dentro de los límites según él tolerados por el sistema, que lo había puesto allí precisamente para que no trabajara, para que no estorbara, para que se presentara tarde; porque, como él reflexionaba, lo importante era no faltar, llegar, estar. Entonces el mozo le ofrecía una taza de café, que él aceptaba agradecido, ya que era bueno sentir que uno hacía algo, que uno tenía algo que esperar durante los próximos tres minutos, aunque sólo fuera un café mal hecho y oloroso a rata vieja, viejísima. Cuando las secretarias le informaban que nadie lo había buscado («nadie» era lo contrario de nadie; «nadie» quería decir por supuesto algún jefe, alguien superior en la jerarquía de la oficina) se sentía tranquilo y seguro. La mañana podía pues transcurrir sin mayores angustias y ahora todo era cuestión de aguardar con paciencia el mediodía y posteriormente la una y las dos y media. Mas esto siempre era una ilusión. Las horas son duras de roer y es mejor, como hace la boa con sus víctimas, salivar sosegadamente cada una, largamente, para poder tragarla minuto a minuto, a pesar de que en las oficinas, observabas agudo en cierta ocasión, después de cada hora viene otra, y luego otra y otra, y todavía te quedan treinta minutos a manera de postre, que por fin despachas en la forma que sea y a la carrera. Naturalmente que de cualquier modo cuentas con el recurso del periódico; pero uno no se va a pasar la mañana entera leyendo el periódico. Sin embargo, conoces tus reservas y estás seguro de que alguno, el gran Alguno, estará allí sin falta para conversar contigo. Alguno escucha siempre con interés, o por lo menos lo finge, que no es poco, tus problemas, y te dice que sí cuando necesitas que te digan que sí, y que no, que eso no está bien, cuando hace falta que alguien desapruebe la conducta de tu mujer hacia el dinero, o hacia tus hijos, o hacia los papeles y libros que a cada paso dejas por ahí y por allá — con ese famoso desorden tuyo tan característico que te permite en cualquier momento saber en dónde está cada cosa con tal que no te arreglen el maldito escritorio; o quizá de cine, no; de deportes, menos; de literatura tal vez, pero no muy a fondo, pues si bien estás enterado de la mayoría de las novelas que se han escrito últimamente, sobre todo en Hispanoamérica, que es la moda, en realidad no las has leído, aunque sabes que es, bueno, aunque crees que es tu deber en tu calidad de escritor; pero en fin, puedes hablar de ellas como si lo hubieras hecho, ya que te basta tu instinto o una ojeada para darte cuenta de por dónde van Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez o Lezama Lima, sin necesidad de tomarte tanto trabajo, máxime ahora que no pasa un día sin que aparezca algo nuevo y ya no queda tiempo para leerlo todo, menos esos largos novelones a veces enredados deliberadamente por los autores sólo para demostrar que conocen la técnica. ¿Te fijas? ¿Tú ya leíste *Paradiso*? Yo no he podido. No has terminado una cuando aparece la otra. ¿Tú ya la leíste? No, dices chistoso, yo todavía voy por el *Quijote*, a sabiendas de que jamás has leído ni leerás

nunca el *Quijote*, que te revienta, como por fortuna decía de Dante el gran Lope de Vega en su lecho de muerte. Pero sin bromas, no, lo que pasa es que no has tenido tiempo. Entonces piensas resuelto que dentro de media hora, al salir, te vas a ir a poner rápidamente al día en novela hispanoamericana, y ves un mundo perfecto, una especie de Jardín de las Delicias, en el cual llegas a tu casa y todo está listo y tu mujer con su lindo delantal rosado y su sonrisa, esa sonrisa que nunca desaparece de su rostro toda vez que ella no tiene problemas, te sirve de comer sin tardanza y tus hijos están bien sentados alrededor de la mesa, tranquilos y con dieces en conducta, y en un santiamén terminas tu postre y te vas a tu cuarto y agarras *Paradiso* y, como esos nadadores con grandes aletas tipo batracio en los pies y tubos de oxígeno en los hombros que a quién sabe cuántos metros bajo el agua contemplan en cámara lenta y en colores lo que antes nadie ha visto jamás, te sumerges en una lectura profunda, maravillosa, interrumpido tan sólo por tus propios impulsos, como son, por ejemplo, ir a orinar, o rascarte la espalda, o bajar por un vaso de agua, o poner un disco, o cortarte las uñas, o encender un cigarro, o buscar una camisa para el cóctel de esta tarde, o llamar por teléfono, o pedir un café, o asomarte a la ventana, o peinarte, o mirarte los zapatos, en fin, todo ese tipo de cosas que hacen agradable una buena lectura, la vida.

La vida en común

Alguien que a toda hora se queja con amargura de tener que soportar su cruz (esposo, esposa, padre, madre, abuelo, abuela, tío, tía, hermano, hermana, hijo, hija, padrastro, madrastra, hijastro, hijastra, suegro, suegra, yerno, nuera) es a la vez la cruz del otro, que amargamente se queja de tener que sobrellevar a toda hora la cruz (nuera, yerno, suegra, suegro, hijastra, hijastro, madrastra, padrastro, hija, hijo, hermana, hermano, tía, tío, abuela, abuelo, madre, padre, esposa, esposo) que le ha tocado cargar en esta vida, y así, de cada quien según su capacidad y a cada quien según sus necesidades.

Navidad. Año nuevo. Lo que sea

Las tarjetas y regalos que año tras año envías y recibes o enviamos y recibimos con ese sentido más o menos tonto que te o nos domina, pero que paulatinamente a base de una interrelación de recuerdos y olvidos vas o vamos dejando de enviar o recibir, como, comparando, esos trenes que se cruzan a lo largo de la vía sin esperanza de verse nunca más; o mejor, ahora autocriticando, pues la comparación con los trenes no resulta buena ni mucho menos, toda vez que se necesita ser un tren muy estúpido para no esperar volverse a ver con los que se encuentra; entonces más bien como esos automovilistas de clase media que, por el simple hecho de serlo, cuando se desplazan en su automóvil se sienten como liberados de algo que si uno les pregunta no saben qué cosa sea, y que una vez, una sola vez en la vida, coinciden contigo frente a un semáforo en rojo, y con los cuales durante un instante cambias tontas miradas de inteligencia al mismo tiempo que disimulada pero significativamente te arreglas el cabello, o te acomodas el nudo de la corbata, o revisas tus aretes, o te quitas o te pones los anteojos, según creas que te ves mejor, bajo la melancólica sospecha o la optimista certidumbre de que nunca más los vas a volver a ver, pero no obstante viviendo ese brevísimo momento como si de él dependiera algo importante, o no importante, o sea esos encuentros fortuitos, esas conjunciones, cómo calificarlas, en que nada sucede, en que nada requiere explicación ni se comprende o debe comprenderse, en que nada necesita ser aceptado o rechazado, ¡oh!

Rosa tierno

Tiene la ventaja de que puede aplicarse al funcionario más cercano, a ti, al mismo gerente de ventas. «Una cultura lacustre, es decir, una cultura llena de lagunas.» Otra vez, como desde hace años, saco la libreta y anoto una frase supuestamente ingeniosa con la esperanza de utilizarla algún día pero con la certeza de que ese día no llegará jamás, si bien ustedes deben tranquilizarse: ésta no será la porfiada historia del escritor que no escribe.

De nuevo en el café, café de estudiantes y familias. Han llegado las consabidas señoras vestidas con esas blusas verdes, amarillas, azules, en compañía de sus niños, que ahora tragan helados ávidamente. Aquella linda señora pide también helados rosados para sus hijitos Alfonsito, Marito y Luisito, quienes cuando llegan se los untan metódicamente en la lengua, en los labios y un poco en el pelo y en las mejillas, aunque mamá se moleste y tenga que decirle al mayorcito que debe aprender a comer porque cómo todo un doctor como va a ser Alfonsito no va a saber comer y quién va a dar el ejemplo a sus hermanitos si no él.

Afuera llueve un poco. Menos. Adentro, el panorama de las mesas desocupadas me tranquiliza y me hace pensar que durante un tiempo no tendré que sentirme molesto como cuando están llenas y los mozos me miran o me parece que me miran furiosos como invitándome a pagar e irme. Otra hermosa madre, alta, se ha levantado y camina ahora decidida hasta la caja moviendo poderosamente las caderas y haciéndome imaginar su vida y su lindo cerebro vacío pero por supuesto feliz. Me resisto a la tentación de trasladarme *in mente* a su casa y de verla al lado de su marido, a quien tal vez ame o a quien tal vez engañe o a quien tal vez las dos cosas o a quien tal vez ninguna. El mecanismo musical hila interminables arreglos de melodías populares que jamás se interrumpen y que parecen siempre las mismas, en tanto que una vez más el doctor ha llegado y se ha sentado en cualquier mesa, al azar, sin ver a nadie, distraído o haciéndose el distraído. Tapándose la boca con la mano izquierda y la ventana izquierda de la nariz con el dedo gordo de la mano izquierda, como meditabundo, dice que sí cuando entre serio y sonriente el mozo de chaqueta blanca se acerca a él e igual que todas las tardes le pregunta que si café. Él ha discutido otra vez con su esposa y le ha dicho comprende.

—¿Por qué tengo que comprender? —dice ella—. O no puedes o no quieres, para el caso es lo mismo pero el caso es que él sí desea comprender y lucha por comprender por qué cuando puede no quiere y cuando quiere no puede, como dice sangrientamente el chiste popular referente a los jovencitos y los viejitos, sólo que él ni es ya obviamente jovencito ni todavía obviamente viejito sino que hay algo que sencillamente no comprende, ni por qué a veces lo que parece que va a ser deseo se le convierte en repugnancia o en miedo, ni por qué el psiquiatra sabio y doctoral con su corbata de moño tiene que relacionarlo todo con su madre, como si insinuara que él

estuviera enamorado de ella (una viejita, ella sí) o dependiera de ella o ella lo dominara o qué, siendo que ella hace tiempo que no vive con él sino muy lejos casada con un hombre que no es su padre y probablemente ni se acuerde de él sino sólo de vez en cuando cuando por las noches está triste u odiando a su actual marido que no le hace ningún caso y diciéndole lo diferente que pudo haber sido todo si tú fueras de otra manera, mientras enjugándose el sudor él limpia largamente hora tras hora su colección de relojes de oro que no sirven para nada porque en ese lugar no importa que el tiempo pase o sencillamente a él no le importa que pase y apenas le responde en voz baja o con un gruñido que significa que ya lo tiene cansado siempre con lo mismo y lo mismo; de manera que todo lo contrario, ella se encuentra tremendamente lejos, a lo mejor muriendo en este momento, o muerta en este momento y tal vez en este momento venga en camino el telegrama o en casa la criada esté contestando nerviosa el teléfono y diciendo que me lo dirá en cuanto llegue porque en este momento no estoy en casa ni la señora. De manera que mi madre es mi madre, no digo que no.

—¿Pero yo qué voy a hacer?

—Tenemos que hablar. Es nuestro verdadero problema y tenemos que hablar.

—Yo soy mujer.

—Tenemos que ver nuestro problema.

—Hablar no resuelve nada —dice ella levantándose, alcanzando un cigarro, encendiéndolo, sentándose de nuevo, aspirando el humo, exhalándolo azul, viendo interminablemente el techo mientras él siente que no tiene nada más que decir que lo que ya ha dicho tantas veces y una vez más decide irse a la calle, la gran acogedora liberadora. Sale. Hace frío, pero igual no necesita abrigo, camina varias cuadras hasta llegar a la avenida, ocho diez cuadras, son las once de la noche y hace frío si bien no necesita abrigo, camina varias cuadras y se siente cansado y toma un autobús que lleva al centro, en donde se baja y camina una vez más por entre advertencias de bocinas y luces de neón y de vidrieras de tiendas de zapatos, camisas, sombreros, ropa interior, zapatos, ropa interior, ropa interior, camisas, medias, ropa interior que en el cuarto del hotel una mujer se quita con indiferencia, mostrando las piernas, el vientre, los dulces senos que lo atraen dulcemente hacia sí y establecen contacto con él mientras él suavemente se reclina y establece contacto con ellos haciendo lo que tiene que hacer, con placer, empeñado en su hermoso helado rosado, mientras allá lejos alguien una vez más piensa con tristeza en él o tal vez ha muerto en ese momento o está muriendo en ese momento; o mientras fuma alguien desea estar con él mientras él llora de placer sin podérselo explicar mientras él llora con placer sin poderse explicar nada ni querer explicarse nada.

La brevedad

Con frecuencia escucho elogiar la brevedad y, provisionalmente, yo mismo me siento feliz cuando oigo repetir que lo bueno, si breve, dos veces bueno.

Sin embargo, en la sátira 1, I, Horacio se pregunta, o hace como que le pregunta a Mecenas, por qué nadie está contento con su condición, y el mercader envidia al soldado y el soldado al mercader. Recuerdan, ¿verdad?

Lo cierto es que el escritor de brevedades nada anhela más en el mundo que escribir interminablemente largos textos, largos textos en que la imaginación no tenga que trabajar, en que hechos, cosas, animales y hombres se crucen, se busquen o se huyan, vivan, convivan, se amen o derramen libremente su sangre sin sujeción al punto y coma, al punto.

A ese punto que en este instante me ha sido impuesto por algo más fuerte que yo, que respeto y que odio.

Tú dile a Sarabia que digo yo que la nombre y

que la comisione aquí o en donde quiera,

que después le explico

A la memoria de los hermanos Wright

Era un poco tarde ya cuando el funcionario decidió seguir de nuevo el vuelo de la mosca. La mosca, por su parte, como sabiéndose objeto de aquella observación, se esmeró en el programado desarrollo de sus acrobacias zumbando para sus adentros, toda vez que sabía que era una mosca doméstica común y corriente y que entre muchas posibles la del zumbido no era su mejor manera de brillar, al contrario de lo que sucedía con sus evoluciones cada vez más amplias y elegantes en torno del funcionario, quien viéndolas recordaba pálida pero insistentemente y como negándosele a sí mismo lo que él había tenido que evolucionar alrededor de otros funcionarios para llegar a su actual altura, sin hacer mucho ruido tampoco y quizá con menos gozo y más sobresaltos pero con un poquito de mayor brillo, si brillo podía llamarse sin reticencias lo que lograra alcanzar antes de y durante su ascenso a la cumbre de las oficinas públicas.

Después, venciendo el bochorno de la hora, se acercó a la ventana, la abrió con firmeza, y mediante dos o tres bruscos movimientos del brazo el antebrazo y la mano derechos hizo salir a la mosca. Fuera, el aire tibio mecía con suavidad las copas de los árboles, en tanto que a lo lejos las últimas nubes doradas se hundían definitivamente en el fondo de la tarde.

De vuelta en su escritorio, agotado por el esfuerzo, oprimió uno de cinco o seis botones y cómodamente reclinado sobre el codo izquierdo merced al hábil mecanismo de la silla giratoria ondulatoria esperó a oír

—¿Mande licenciado?
para ordenar casi al mismo tiempo

—Que venga Carranza,
a quien pronto vio entre serio y sonriente
empujando
la puerta hacia dentro
entrando

y volviendo después la espalda delicadamente inclinado sobre el picaporte para cerrarla otra vez con el cuidado necesario a fin de que ésta no hiciera ningún ruido, salvo el mínimo e inevitable clic propio de las cerraduras cuando se cierran y girando en seguida como de costumbre para escuchar

—¿Tienes a mano la nómina C? y responder

—No tanto como a mano, pero te la puedo traer en cinco minutos; te veo cansadón, ¿qué te pasa? y regresar en menos de tres con una hoja más ancha que azul, sobre la que el funcionario pasó la mirada de arriba abajo sin entusiasmo para elevarla después hasta el cielo raso, como si quisiera remontarse más allá, más arriba y más lejos, e irse empequeñeciendo hasta perder su corbata y su forma cotidiana y convertirse en una manchita del tamaño de un avión lejanísimo, que es como el de una mosca, y más tarde en un punto más pequeño aún, y volverla finalmente al llamado Carranza, su amigo y colaborador, cuando éste le preguntara intrigado si había algún problema y oírse contestar

—No, dile a la señorita Esperanza que mañana va a venir la señorita Lindbergh por el asunto de la vacante, que le diga que vaya a Personal y que vea a Sarabia. Tú dile a Sarabia que digo yo que la nombre y que la comisione aquí o en donde quiera, que después le explico.

¿Somos, como dice Pitágoras, extranjeros de este mundo? ¿O, con Marco Aurelio, como hombres pertenecemos al mundo entero? No ser de aquí ni de allá. Con los años, no-sí hondureño, no-sí guatemalteco, no-sí mexicano. ¿Tiene importancia? Finalmente, no soy ciudadano del mundo sino ciudadano de ninguna parte. Nunca voté. Jamás he contribuido a elegir un presidente, un simple concejal: en Honduras, por no tener la edad; en Guatemala, porque en tiempos del dictador Jorge Ubico no había elecciones sino plebiscitos fraudulentos en los que yo no participaba; en México, porque como exiliado no tengo esa facultad. Vivo con la incertidumbre de mi derecho a pisar ni siquiera los treinta y cinco centímetros cuadrados de planeta en que me paro cada mañana.

Salgo del consulado guatemalteco en la ciudad de México con un pasaporte nuevo en la mano. En la primera esquina me detengo. Lo veo y lo acaricio una y otra vez. Los más lejanos y extraños lugares del mundo se me abrirán ante la simple presentación de ese pequeño objeto de papel y cartón en que mi lugar y fecha de nacimiento, mi firma, una fotografía de tres cuartos de perfil en la que se debía ver mi oreja derecha, y la marca estriada de mi pulgar derecho, me confieren una identidad y la hipotética posibilidad de cruzar cualquier frontera en los próximos cinco años. Cinco años más de «yo», y, supersticiosamente, casi una garantía de cinco años más de vida.

—¿Con qué pasaporte viajas? —me había preguntado días antes un amigo—. ¿Guatemalteco? Absurdo. Has vivido más tiempo aquí, más de dos terceras partes de tu vida, que en lo que llamas tu patria. Tú ya eres mexicano.

Pero humildemente y todo yo le contesté que seguía siendo guatemalteco, como mi pasaporte. ¿Importaba? Juan Rulfo me decía siempre lo mismo cuando viajábamos juntos y en los aeropuertos me veía sacar mi documento guatemalteco. «¿Por qué viajas con eso?», añadía acentuando el eso, «yo te puedo conseguir uno mexicano». ¿No daba igual? En septiembre de 1964 un grupo de amigos mexicanos me nombró en broma «mexicano honorario», «teniendo en consideración los antecedentes y la buena conducta observada por el señor Augusto Monterroso durante sus veinte años de permanencia en esta República», y me entregaron un diploma en lo alto del cual se ve bailando una calavera de Posada, y en lo bajo las firmas de dos docenas de poetas y pintores amigos, todo ello a los acordes del Festival Académico de Brahms y de fanfarrias de Jean-Joseph Mouret. A causa de esa inocente broma, que trascendió también en broma a la prensa, en mi país me acusaron de traición y de haber vendido mi nacionalidad, decían con originalidad, «por un plato de lentejas». ¿Era para tanto?

Otros, más precisos, dicen que uno es de donde está enterrado su ombligo. Mi importante ombligo, claro. Para ellos, entonces, ¿seré hondureño? ¿Y mi pasaporte, en que tan bien luce mi oreja? «¿Piensa mucho en sus raíces?», me pregunta mi

amiga, la periodista argentina, suponiendo que yo las he dejado en alguna parte. Cuando le digo que no soy un poste de telégrafo, se ríe, como quien entiende la broma. Los antiguos decían algo que a nosotros nos suena a pecado: *Ubi bene, ibi patria*: Ahí en donde estés bien, ahí es tu patria. ¿Equivaldría a esto el plato de lentejas? Pero no se trata de comidas, raíces o costumbres. Uno llega a otro país, al que sea; conoce a sus nuevos prójimos y les atribuye virtudes y defectos que le serán también atribuidos. En cuanto a mí, adondequiera que llegue, les atribuyo siempre un alto grado de superioridad, aparte de su derecho absoluto, del que yo carezco, al pedazo de planeta sobre el que están parados en ese momento, por la simple circunstancia de que llegaron —o de que sus padres llegaron— antes que yo, un día o noventa años antes que yo. Y no obstante, pensándolo un poco, miro a mi alrededor, recuerdo, y todo es lo mismo. Si, por algo no casual, mi prójimo de aquí es escritor, es muy parecido al de allá. Cuando ve su ciudad no piensa en la piedra, el acero o el adobe de que están hechas las casas: piensa en nubes, en conflictos del alma, en los sonidos de las vocales, en palabras que combinar para producir un efecto mejor cuando quiera transmitir sus sentimientos o sus ideas.

Las ilusiones perdidas

—De la historia que les voy a contar es bueno dejar sentadas dos o tres cosas — dijo el cuarto hombre, mientras limpiaba su pipa despaciosamente. Aunque hablaba sin prisa, daba la impresión de que no hacía más que cumplir con su parte, como si las dos y media de la mañana incitaran más a irse a dormir que a seguir charlando—: en primer lugar, en lo fundamental es endiabladamente verdadera; en segundo, podría ser de Marcel Schwob y por desgracia para ustedes no lo es; y en tercero, el astrónomo y matemático Erro la recordó hace ya varios años a su modo y con otras intenciones en un periódico local. Yo seguiré su relato a veces hasta con sus mismas palabras. Sabido es que en ocasiones los astrónomos se tropiezan por ir viendo a las estrellas; cuando el mío bajaba los ojos a la tierra solía tropezar con cosas como ésta.

A una oscura taberna, oscura por clandestina, de Nueva York, acudía durante la Ley Seca noche tras noche el ex corredor de bolsa (no eran buenos tiempos para ellos) Michael Malloy. Desde hacía varios años, a partir de la crisis de 1929, Malloy, desempleado, se había visto perseguido por la sed, por los sentimientos de frustración y fracaso, y por un temblor de manos que sólo desaparecía cada veinticuatro horas con la quinta o sexta copa de aguardiente, de vino, o de la bebida que fuera, siempre que contuviera alcohol. Malos momentos eran las interminables mañanas para Malloy; pero a eso de las seis de la tarde su espíritu resplandecía de nuevo mientras braveaba ante quien quisiera oírlo acerca de cómo pronto regresaría a su antiguo empleo, cómo todo volvería a ser igual que antes, y cómo en ese momento le daría en la madre —tal era su expresión, aunque en inglés— a más de alguno.

Pero aparte de estos alardes, Malloy era más bien el más pacífico y sentimental de los hombres, lo enternecía la música y, como consecuencia, siempre lloraba cuando en el piano de la cantina algún parroquiano tocaba *Smoke Gets in Your Eyes*. Es cierto que Malloy no fumaba, pero esta canción le hacía recordar a su esposa, quien lo había abandonado cuando la vida se les puso triste justamente al principio de la Gran Depresión.

A ese mismo bebedero clandestino, situado por más señas en la Tercera Avenida n.º 3804, iba también un grupo de conocidos de Malloy y medio compadres del dueño, cuyo nombre, Tony Marino, despertaba en Malloy vagas reminiscencias de planes de viajes matrimoniales pospuestos año con año y nunca realizados. Entre estos compañeros de bebida y proyectos se encontraban: Dan Kreisberg, originario de Karlsruhe, Alemania, admirador fanático de Max Schmeling y a esas alturas un hombre ya viejo, pues tenía veintinueve años y veintinueve años son muchos años para un boxeador profesional que ha perdido once peleas, seis de ellas por *knock out*, y ganado tres, y hace sus *rounds* de sombra en la cantina en vez del gimnasio; Joe Murphy, ex farmacéutico versado en alcoholes y por entonces asistente de Marino cuando había que mezclar calmantes en la bebida de los que se propasaban y les daba

por gritar o buscar camorra; Frank Pasqua, propietario de una agencia funeraria (sin juego de palabras) de mala muerte; y, por último, *last but not least*, Harry Green, conductor de un taxi amarillo que desde hacía un año quería pintar para dejarlo como nuevo, y conocedor de los sitios más a trasmano de la ciudad. Todos ellos hombres no sólo imaginativos y dispuestos a aventuras difíciles y arriesgadas sino llenos de fe en el sistema de libre empresa, que aunque ya les había dado su primera oportunidad de triunfar y de ser alguien en la vida no tenía por qué negarles otra.

En efecto, y para decirlo pronto, su camaradería y trato asiduo con Malloy terminó por inspirarles una idea que consideraron práctica: asegurar la vida de Malloy y matarlo. Por medio de un agente amigo igualmente urgido de dinero (quien, como después quedó establecido, no sospechó nunca nada) compraron un seguro de vida por 800 dólares en la Metropolitan Life Insurance Company, y dos, de 494 dólares cada uno, en la Prudential, siempre más accesible a personas sin mayores recursos. En total 1.788 dólares, todo con doble indemnización en caso de accidente. Y así fue como el buen bebedor Malloy, cesante y todo, se convirtió a los ojos de sus compañeros en la posibilidad de salir de pobres aunque sólo fuera por unos días.

Marino, profesionalmente perito en materia de alcoholismo y, en la mejor tradición del cantinero neoyorquino, hombre tranquilo siempre dispuesto a escuchar las lamentaciones y confidencias de sus clientes, hizo el diagnóstico sobre el que se estableció la política a seguir: dar a Malloy de beber cuanto quisiera y a la hora que quisiera, vía por lo cual el final vendría pronto. Y en efecto, Malloy bebió y bebió cuanto quiso; pero en contra de lo que esperaban sus insospechados herederos, en lugar de agotarse rápidamente Malloy engordó, le volvió el color, se puso francamente alegre, rejuveneció y tuvo cada vez más sed.

Fracasadas las predicciones de Marino, dos de los expertos de grupo: el dueño de la funeraria y el chofer del taxi, se hicieron cargo del asunto. Una noche esperaron a que Malloy se emborrachara hasta perder el sentido, y cuando eso sucedió lo transportaron en el taxi hasta un lugar cercano al zoológico. Ahí, a la luz de la luna, le quitaron el saco, la camisa y la camiseta, le vaciaron en el pecho un balde de agua fría, lo dejaron sobre la nieve y se fueron a sus respectivos domicilios a esperar los resultados. El único que obtuvieron fue un tanto contrario: Frank Pasqua se resfrió^[2]. Al día siguiente Malloy llegó a la cantina diciendo a todos que la noche anterior había llegado a su casa no sabía cómo, y que le caería bien un trago.

El plan siguió; pero ahora con la entrada en acción de otro de los especialistas, Joe Murphy, el ex dependiente de farmacia y químico del grupo. Una y otra vez Murphy dio a beber a Malloy diarias dosis de alcohol de madera con cuanto menjurje alcohólico estuviera dispuesto a beber en forma de cócteles, que eran todos. Y Malloy se mostraba cada día más regocijado, más entusiasta y más agradecido.

Entonces Murphy recordó algo que había oído decir acerca del peligro que encerraban los alimentos enlatados. Después de pensarlo unos cinco minutos abrió una lata de sardinas, esperó a que éstas estuvieran descompuestas aun a la vista del

más ignorante, y al cabo de varios días hizo con ellas un buen montón de sandwichitos del tamaño de una moneda de dólar. Para mayor seguridad, fijense bien, cortó además la lata en trocitos y aderezó los bocadillos con la picadura, bocadillos que Malloy comió con gusto junto con sus repetidos vasos de cerveza y de whisky.

Al otro día Malloy estaba de vuelta en la cantina, tan contento como todos esos últimos tiempos.

A todo esto habían transcurrido tres largos meses. Entre el costo de las pólizas y el consumo de Malloy el proyecto dejó de ser una buena expectativa económica. Sin embargo, para los presuntos herederos ya no se trataba de negocios sino de una cuestión de honor, y cuando pasaban uno cerca del otro casi no podían verse a los ojos, como avergonzados.

Pero el chofer de taxi y el dueño de la funeraria tomaron nuevamente el trabajo en sus manos y así, la noche del 29 al 30 de enero de 1933 llevaron a Malloy, perfectamente ebrio y dormido, a la esquina de Baychester Avenue y Gun Hill Road, tradicionalmente solitaria y oscura. Una vez tendido ahí, Green le echó el taxi encima y ambos amigos abandonaron a su compañero a su suerte. ¿Pueden suponer con qué resultado? La policía, siempre vigilante, dio con Malloy y lo dejó en el hospital Saint Sulpice, en la calle 186 Oeste. A los veinte días Malloy se presentó de nuevo en la cantina, más sano y más jovial, pero más sediento que nunca y bastante contrariado, pues, según dijo, en el hospital las monjas habían estado a punto de matarlo no dándole a beber sino agua, leche y chocolate preparado por ellas mismas.

Y así fue como los herederos tomaron la resolución definitiva. Esperaron un tiempo que llamaron prudente, y la noche del 22 de febrero, natalicio de Jorge Washington, condujeron a Malloy al edificio en que vivía en la avenida Fulton. Como muchos otros patriotas neoyorquinos, en el camino cantaron el himno y recordaron que Washington había sido el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos. Esto los reanimó y los puso alegres. Ya en la habitación de soltero de Malloy lo acostaron en su cama de respaldo de bronce, le taponaron la boca y le metieron en la nariz un tubo de goma conectado al gas del alumbrado. Malloy estaba lo suficientemente borracho como para no poderse defender, y aunque seguía las maniobras de sus amigos con su mirada de perro manso suponiendo que todo era una broma que terminaría pronto, esta vez murió.

La policía atrapó a los asesinos. Kreisberg, Marino y Pasqua fueron ejecutados el 7 de junio de 1934, uno tras otro, entre las cuatro y las siete de la mañana; Murphy, el lunes 5 de julio del mismo año, a las seis a.m. Nadie recuerda, o los vecinos pretenden haberlo olvidado, qué ocurrió con Green, el dueño o arrendatario del taxi amarillo. El médico que certificó la defunción de Malloy por congestión alcohólica fue acusado de encubridor y condenado a tres años de prisión, que le fueron reducidos a dos por buen comportamiento.

Debo añadir que muchos de los detalles de este crimen se conocen porque durante

el juicio los inculpados dieron el feo espectáculo de echarse la culpa unos a otros.

—En *El asesinato considerado como una de las bellas artes* el inglés Thomas de Quincey exalta la belleza de los crímenes bien realizados; éste no lo fue y más bien parecería cometido entre nosotros —dije yo.

Y, todos de acuerdo, dimos por cerrado el caso.

Las muertes de Horacio Quiroga

Horacio Quiroga nació en El Salto, Uruguay, el último día de 1878 y murió en Buenos Aires el 19 de febrero de 1937, de manera que compartió uno de los períodos más ricos de la literatura hispanoamericana: son contemporáneos suyos, entre otros, Leopoldo Lugones, José Enrique Rodó, Rubén Darío, Julio Herrera y Reissig, Vicente Huidobro, Ramón López Velarde.

Recordaré ahora que empezó a escribir alrededor de los quince años y que prácticamente no dejó de hacerlo durante toda su vida, a pesar de largos trechos en que no publicaba libros; que pronto cayó en la tentación obsesiva de los artistas de su tiempo: viajar a París, y que de su corta estadía allí, aparte de conocer personalmente a Rubén Darío, no sacó mayor cosa de provecho, a no ser, quizás, algo de desencanto: París no era para él; que muy joven capitaneó en Montevideo un alegre grupo literario que se llamó, con humor bohemio y modernista, Consistorio del Gay Saber, rival amistoso (hasta donde eso puede ser entre escritores) de otro no menos entusiasta, la Torre de los Panoramas, comandado por Julio Herrera y Reissig; que comenzó escribiendo con los seudónimos de Guillermo Wynhardt (nombre del protagonista de *El mal del siglo*, de Max Nordau) y Aquino Delagoa, según el *Parnaso Oriental*, que nunca miente; que publicó revistas literarias, incurrió en el periodismo y acometió negocios descabellados que terminaban, sin remedio, en el fracaso o en simples incendios; que como la mayoría de los escritores, con talento o con las palancas adecuadas, de Hispanoamérica, sirvió en el cuerpo consular y diplomático y que, como todos ellos, no hizo ahí nada de utilidad para su país excepto convertirse en él mismo; que, según dicen, quiso a la selva más que a nada en el mundo; que su poesía adolece de los peores defectos del Modernismo y no cuenta con ninguna de las sólidas virtudes de éste; que practicó con amor el ciclismo y con odio la enseñanza de la literatura; y que intentó novelas y aun dramas con muy mediano éxito, puesto que, finalmente, para lo que estaba llamado era para el cuento, género que manejó como muy pocos en nuestro idioma y en cualquier idioma.

Este hombre enjuto, desgarrado y pertinaz, conoció rechiflas y aplausos, riqueza y pobreza, serpientes, ríos pequeños y ríos inmensos, hormigas incontenibles y mieles venenosas, y a muchos hombres, atrapados en la ciudad o en la selva. Pero por sobre todo conoció de cerca la tragedia. Su vida es un largo sueño trágico. Si un día alguien hubiera imaginado un hombre con un destino como el de Quiroga y hubiera escrito un cuento con ese tema, ese cuento sería malo y de una monotonía mortal, en el sentido exacto de la palabra monotonía y de la palabra mortal.

Es difícil dejar de estremecerse cuando se piensa en la amargura que persiguió a Rubén Darío; en los descabros, en los naufragios, en la muerte voluntaria del pobre José Asunción Silva y en su larga sombra larga; en la debilidad del triste Julián del Casal, en el asesino Chocano y en el asesinato Chocano. Pero si uno se pone a

pensar, todo eso es previsible y puede ocurrirle a cualquiera.

Quiroga descarta toda posibilidad de previsión.

La Rochefoucauld se regodeaba al afirmar que en la adversidad de nuestros mejores amigos hay siempre algo que no nos desagrada. Pues bien, nadie, cuando habla de Quiroga, se resiste a enumerar casi con gusto la interminable nota necrológica que fue su vida.

Fíjense: su padre, sin quererlo, se da muerte con una escopeta de caza; su hermano mayor muere en un accidente; su padrastro cae víctima de la parálisis y un día, desesperado, tras una laboriosa tarea de intensos minutos, logra por fin colocarse en la boca el cañón de una escopeta y disparar la muerte con el dedo pulgar de su pie derecho; su gran amigo literario, Federico Ferrando, previendo que tendría que batirse en duelo, compra una pistola y va a ver a Quiroga para que éste lo instruya en su manejo: Quiroga, buen conocedor, ignora que el arma está cargada, sale un tiro, y este tiro, cuyas probabilidades de ir a cualquier otra parte se cuentan por millones, va a dar muerte a Ferrando y sume a Quiroga en la desesperación. Cierta día Quiroga emprende en la selva una de sus fantásticas empresas económicas, labra la tierra y levanta su casa con sus propias manos; cuando la casa está suficientemente habitable y bella, lleva a vivir con él a su mujer, con el resultado de que, desquiciada por una vida para la que no estaba hecha, su mujer se suicida ingiriendo veneno. Años más tarde, aquel 19 de febrero de 1937, el propio Quiroga, perseguido por los males físicos, se mata en forma semejante. El epílogo lo pone su hija, quien también se suicida algún tiempo después. No, nadie podría escribir un buen cuento con ese tema: demasiados tiros, demasiado cianuro, demasiado azar.

Pero Quiroga sí; esas muertes desatinadas estarán presentes en casi toda su obra, en la que predomina el horror, en la que seres extraños, alcohólicos, locos, o, lo que es peor, enteramente cuerdos, pueden aparecer vivos en cualquier instante detrás de cada página. Excepto en pocos momentos, sus cuentos están unidos por un hilo común: la mayoría participan de la fatalidad o de lo ingrato. Hay en todos, también, un sentido humano profundo, una grandeza, un amor viril a las cosas, a los animales, a los hombres, un amor a la vida cuyas raíces tal vez debamos buscar en aquella confusión de disparos y cianuro, en aquellas muertes con las que Quiroga se saludaba todos los días.

Pero habría que tener presente que Horacio Quiroga quiso dar, y los dio, muy buenos consejos o reglas sobre la mejor manera de escribir cuentos, no de vivir la vida.

Novelas sobre dictadores (1)

Entre las muchas cosas que Hispanoamérica no ha inventado se encuentran los dictadores; ni siquiera los pintorescos y mucho menos los sanguinarios. Los dictadores son tan antiguos como la historia, pero nosotros, de pronto, asumimos alegremente esa responsabilidad y en Europa, que con dificultades ha vivido sin uno desde que los romanos les dieron nombre, hace algunos años comenzaron a pensar qué divertido, cómo Hispanoamérica puede dar estos tipos tan extraños, olvidando que ellos acababan de tener a Salazar, a Hitler y a Mussolini, y que todavía contaban con Francisco Franco.

Y fue así como en un momento dado la literatura hispanoamericana se dio a producir novelas sobre tiranos, y hoy tenemos varias que se leen, se discuten y se traducen; y unas son buenas y otras no tanto.

Miguel Ángel Asturias había escrito ya la suya, que firmó literalmente así: Guatemala, diciembre de 1922, París, noviembre de 1925, y 8 de diciembre de 1932, lo que abarca, es de suponer, no una década de trabajo sino diez años de interrupciones. Por otra parte, las fechas y los lugares que algunos autores ponen al final de sus obras son dudosos. Durante la invasión fascista de Etiopía en los años treinta, un poeta que jamás puso un pie fuera de Guatemala firmaba siempre sus poemas en Addis Abeba.

El dictador de que trata Asturias en *El señor Presidente* era un licenciado tristísimo, Manuel Estrada Cabrera, quien después de gobernar siniestramente el país durante veintidós años fue arrojado del poder en 1920, y del que por supuesto se cuentan aún tantas cosas extravagantes que darían como para diez novelas más.

En 1931 subió a la presidencia de Guatemala otro de estos sujetos, esta vez un militar de cabalgadura blanca y mechón napoleónico, el general Jorge Ubico, tan implacable como el anterior pero algo tonto y con menos suerte literaria, pues en catorce años de tiranizar al país no fue capaz de crearse una leyenda. Lo mejor que he oído de él es que en un pequeño espacio de su oficina presidencial había instalado una silla de dentista en la que torturaba las muelas de sus ministros cuando éstos lo hacían enojar; y que lloró y renunció a la presidencia en el momento en que su médico de cabecera le dijo que el pueblo ya no lo quería; lo que apenas daría para un cuento más bien ambiguo.

Aunque Asturias terminó su novela desde 1932 en el entonces lejano París, no fue sino hasta 1946 cuando la publicó en México, en la esforzada editorial Costa-Amic, que pronto la guardó sin remedio en sus bodegas. Meses antes, en otra editorial mexicana, ésta sí muy conocida, y cometiendo el error que parece ser constante en las buenas editoriales, el licenciado Daniel Cosío Villegas la había rechazado categóricamente, con recomendación de Alfonso Reyes y todo. Pero entonces sucedió algo bueno. Mientras el novelista bajaba las escaleras de la editorial con el libro

repudiado bajo el brazo, recordó las palabras de aquel funcionario: «No puedo publicar su señor presidente», y vio que su título anterior era muy malo y que ahora tenía el adecuado: *El señor Presidente*.

En 1947 el gobierno revolucionario de Guatemala (pues a todo esto la revolución encabezada por Jacobo Arbenz había ocurrido y por primera vez en su historia el país tenía un régimen democrático libremente elegido) envió a Asturias a Buenos Aires con un cargo diplomático bastante modesto. Allí ocurrieron tres cosas decisivas para él y su destino literario: encontró a la argentina Blanca Mora de Araujo, más conocida por Blanquita, y se casó con ella; dejó de beber y llevó *El señor Presidente* a la editorial Losada. Estar publicado en aquellos días por esa editorial era algo que Asturias con dificultad hubiera soñado. Pero el milagro se produjo y el libro, ahora sí, empezó a ser leído por un público numeroso y por críticos que, ajenos a las mezquindades lugareñas que habían venido persiguiendo a Asturias a los ojos de muchos —un alcoholismo sin freno acompañado de una fama un tanto negra como periodista radiofónico—, lo apreciaron y vieron en él valores que la cercanía y la amistad no habían dejado ver a sus conocidos en Guatemala y en México.

Y de esta manera, Asturias, que siempre había querido ser poeta y cuya tarjeta de visita era una carta-prólogo de Paul Valéry a sus *Leyendas de Guatemala* traducidas al francés por el entonces famoso y hoy olvidado cómo se llama, se vio convertido en novelista célebre, lo que le gustó y lo indujo a escribir otras novelas esta vez no tan buenas, y cuentos, y a publicar un libro de relatos sin duda extraordinario, *Hombres de maíz*, que consolidó su posterior enorme fama y difusión.

Todo esto fue el origen de algo que se traduciría en la producción por otros autores de novelas con el mismo tema y con menor o mayor calidad, pero ya sin el tremendo efecto de la de Asturias, que por primera vez había dado a los lectores y críticos de otros países de América y de Europa la visión de un mundo indígena con resonancias universales. Un mundo no necesariamente pintoresco o anecdótico que esos lectores difícilmente hubieran podido imaginar de otra manera que a través de la literatura, con frecuencia atrabiliaria, de este hombre que suponían maya y no lo era, pero cuyos personajes sí lo eran y muchas veces hablaban como desde los remotos tiempos del *Popol Vuh*, el libro sagrado de los antiguos guatemaltecos.

Al mismo tiempo:

—¡Qué raro! —decían en Europa cuando leían *El señor Presidente*—. ¿Cómo puede haber en alguna parte esos hombres tan malos que espían y matan a la gente?

Y mientras leían incrédulos las maldades que Estrada Cabrera cometía en Guatemala a principios de siglo, se paseaban entre las ruinas y reconstruían pacientemente sus ciudades buscando bajo los escombros documentos de la Gestapo.

Por su parte, nuestros críticos, por buscar también algo, buscaban antecedentes y se ponían felices cuando encontraban el *Tirano Banderas* de don Ramón del Valle-Inclán, y los especialistas norteamericanos exclamaban con júbilo en los congresos de escritores:

—¡Don Ramón del Valle-Inclán es el padre de Asturias y de todos los tiranos de la literatura latinoamericana!

Y así era. Y Asturias lo convirtió en el abuelo. Y por haberse portado como niño bueno, en 1967 le dieron en Suecia su premio, su premio Nobel.

Novelas sobre dictadores (2)

Después de sus libros, lo que los escritores más le regalan a uno son temas. Casi no pasa día sin que alguien le diga a uno: «Esto es como para un cuento tuyo»; o: «¿Por qué no escribes una fábula en que las moscas se salven del pastel y tengan muchos hijos y vivan felices por muchos años?». Y así por el estilo. Y uno tiene que reírse y decir sí, sería bueno, y aceptar el tema con entusiasmo para olvidarlo convenientemente en ese mismo instante. Pero los colegas y los simples mortales son generosos y una vez puestos a regalar lo hacen a manos llenas. Y cada vez que algo les parece interesante te lo regalan y uno se va convirtiendo como en el depositario de todos los temas del mundo.

Otra cosa que se dice ahora con frecuencia es que uno no escoge los temas sino que los temas lo escogen a uno; y es probable que el primero que dijo esto (yo lo leí por primera vez en Elizabeth Bowen en 1954) haya dado un salto de alegría ante tan lindo hallazgo. Pero esa frase, como tantos otros productos del ingenio humano, pasó a ser un lugar común que en la actualidad, penosamente, muchos escritores repiten como si ellos la acabaran de acuñar, y se quedan contentos y el reportero la anota resignado y les dice ¡qué bien! Y luego la frase pasó a los políticos y ahora éstos también dicen compungidos que la política los escogió a ellos y, naturalmente, que a eso se debe su sacrificio por el pueblo.

Y aún queda Pirandello.

Cuando en 1921 Luigi Pirandello soltó al mundo desde Italia sus seis personajes en busca de autor probablemente estaba lejos de imaginar que de ahí en adelante cada personaje de novela, cuento o drama haría lo que quisiera con el inocente escritor que se pusiera a tratarlo; y ahora todos vivimos aterrados y cada vez que intentamos algo tememos estar fabricando frankensteines incontrolables.

Con todo esto en el aire, en una ocasión estuve a punto de escribir sobre Anastasio Somoza padre; pero me salvé.

En los primeros meses de 1968 Mario Vargas Llosa me escribió desde Londres una carta. Eran los días en que una canción de los Beatles tenía más importancia que cualquier discurso en cualquier parlamento; en que los jóvenes de gran parte del mundo en que hubiera discos, radios de transistores y, por qué no, de cuando en cuando un poco de marihuana, se hartaron de las autoridades, de toda persona mayor de treinta años (debo confesar que yo estaba harto de toda persona mayor de diez); de los policías; de los banqueros; de los psicoanalistas; y sobre todo de sus padres, casi tanto como sus padres estaban hastiados de ellos. Pocos días después estos jóvenes indignados dirían de mala manera ¡basta! en París, y en México les dirían ¡basta! de peor manera aún, como algunos recuerdan; y eran los días en que Cuba consolidaba su Revolución y en que Lyndon Johnson y sus jóvenes se empantanaban más y más en Vietnam.

En su carta, en la que se reflejaba el entusiasmo contagioso de esos lejanos tiempos, el reciente autor de *La ciudad y los perros* me proponía participar en un proyecto literario ciertamente interesante: un libro de cuentos sobre dictadores hispanoamericanos. Y ese libro estaría formado con cuentos escritos especialmente para él por los siguientes autores: Alejo Carpentier (quien se encargaría del cubano Gerardo Machado), Carlos Fuentes (del mexicano Antonio López de Santa Anna), José Donoso (del boliviano Mariano Melgarejo), Julio Cortázar (del argentino Juan Domingo Perón), Carlos Martínez Moreno (del argentino Juan Manuel de Rosas), Augusto Roa Bastos (del paraguayo José Gaspar Rodríguez de Francia), Mario Vargas Llosa (del peruano Luis Miguel Sánchez Cerro), y, finalmente, Augusto Monterroso, o sea yo, del nicaragüense Anastasio Somoza padre, al cual lo mejor que le sucedió en la vida fue que el presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, lo honrara diciendo de él que era un hijo de puta, pero de cualquier manera suyo, de los norteamericanos.

El proyecto me pareció entonces espléndido, y me lo sigue pareciendo hoy. Aunque yo piense que la literatura no sirve gran cosa para cambiar la situación política de ningún país, los dictadores han sido y seguirán siendo siempre buenos temas literarios. *Los idus de marzo*, de Thornton Wilder, y *El joven César y César imperial* de Rex Warner, para poner sólo dos ejemplos de lo que puede hacerse con Julio César, constituyen una permanente tentación de elevar al rango de personajes literarios a estos seres nuestros, si se quiere de segunda o tercera clase para una tragedia griega y aun romana, pero quizás hasta de primera desde que James Joyce asignó a Leopoldo Bloom el lugar de Ulises como héroe de nuestro tiempo.

Han pasado cerca de quince años desde que recibí la carta de Vargas Llosa y el libro no ha aparecido, lo que me autoriza a imaginar que todo se quedó en proyecto y que ya se puede hablar de él como parte de la invencible *Historia literaria de lo que no se escribió*.

Y sin embargo, y por eso cuento esto, no es aventurado suponer que ese proyecto que probablemente quedó en nada haya sido el origen de tres grandes novelas hispanoamericanas de nuestro tiempo: *El recurso del método* de Carpentier, *Terra nostra* de Fuentes, y *Yo, el supremo* de Roa Bastos.

Quiero creer que a Carpentier Machado le pareció demasiado cercano; que a Fuentes le quedó pequeño Santa Anna, y que Roa Bastos vio que un cuento ofrecía muy poco espacio para todo lo que tenía que contar en una novela. De los otros autores invitados, cada quien su vida.

En cuanto a Somoza, a mí no me gustó como tema y no lo pensé mucho para renunciar a él y al libro y a toda la gloria que el proyecto traía consigo. Pero la verdad es que el tema me dio miedo, miedo de meterme en el personaje, como inevitablemente hubiera sucedido, y de empezar con la tontería de buscar en su infancia, en sus posibles insomnios y en sus miedos y terminar «comprenderlo» y teniéndole lástima; y así, recordando a Pirandello, renuncié a trabajar en un Somoza

al que como juez me habría gustado mandar fusilar pero que como escritor hubiera llegado a presentar en toda su indefensión y miseria, y cobardemente renuncié al proyecto, y pocos días después de recibida su carta le contesté a Mario Vargas Llosa que no, que muchas gracias.

De lo circunstancial o lo efímero

Desde el primer momento, cuando lo vio entrar, supo de qué se trataba; pero de todos modos tenía que permitir que fuera él quien se lo dijera. Entonces, con un papel en la mano, él le informó:

—Me lo gané.

—¿Qué cosa? —respondió ella perseverando en dejar entender que no imaginaba nada. Vocacionalmente buena, sabía que con su actitud expectante le proporcionaba una alegría extra.

Por supuesto él sabía que su mujer sabía; pero estaba seguro asimismo de que si en el matrimonio no se sigue este juego las cosas, de puro sabidas, terminan por perder interés, ya que en ese estado al cabo de cierto tiempo el uno y el otro se conocen tan esencialmente que en el momento en que uno piensa cualquier cosa el otro por lo general está pensando esa misma cosa, y a veces hasta la dicen los dos simultáneamente ante el asombro de ambos, que siempre declaran: qué curioso, en eso mismo pensaba yo: sin que ninguno sepa de qué manera, pero en forma tal que los dos terminan por creer y en ocasiones hasta por estar seguros de que eso significa quererse, y uno y otro lo comentan y conversan del tema entusiasmados y todavía unos minutos después, cada quien por su lado, queda como reflexionando que sí, que efectivamente eso significa quererse.

—El premio del concurso. El coche.

—¡No! —dijo ella pensando esto hay que celebrarlo, voy a sacar hielo para el ron. Y creyéndolo más que nunca añadió:

—No lo puedo creer.

Contra su timidez, y más que nada contra el peligro de que su mujer sospechara que de veras se sentía escritor, él se atrevió a comentar:

—Para mí lo importante es haber escrito el cuento y haberlo enviado al concurso aunque perdiera. El coche no me interesa.

«¿Cómo?, ¿con la falta que nos hace?», pensó ella. Y se imaginó a sí misma con el cuello envuelto en una bufanda de lana manejando por la avenida Reforma y diciendo adiós a sus conocidos con un despreocupado movimiento de la mano izquierda mientras con el rabo del ojo derecho vigilaba que todo fuera bien con la marcha. Pero nada más por seguir el mecanismo de la conversación propuso sin énfasis:

—Pues si no lo quieres lo vendemos.

—Bien sabes que no se trata de eso —dijo él—. Claro que lo quiero. Pero ¿no te alegras? Fíjate, escribo el cuento casi sin ganas, únicamente por ver qué salía, como jugando, y me gano el premio. ¿A mí qué me importa el coche? Ahora me gustaría más poder escribir, bueno, leer, escribir.

—Entonces déjame a mí —dijo ella. Y consideró en serio esa posibilidad,

aunque en el mismo momento empezó a recordar que cuando se hallaba en la ventana de un edificio alto y miraba a la calle le daba miedo pensar lo que sentiría allá abajo el día que tuviera que manejar entre tantos coches que desde arriba se veían como moviéndose solos, como juguetes o como quién sabía qué.

—Te repito —dijo él recibiendo cuidadosamente de manos de ella otra copa de ron con agua y hielo— que para mí el coche es lo de menos. Lo bueno es que ahora sí voy a escribir.

—Claro que sí —dijo ella.

—No quiero seguir toda la vida corrigiendo pruebas. Ni tú ni yo manejamos —agregó, como si de pronto descubriera este hecho y viendo fijamente sus zapatos nuevos.

—Muy bien, muy bien, ni tú ni yo manejamos, ¿vamos a contratar un chofer? —afirmó ella dos veces y preguntó una, a sabiendas de que era tan obvio lo primero como absurdo lo segundo, y de que quizá la respuesta de su marido sería: «¿No se te ha ocurrido que podemos aprender?», en tanto que él, mientras añadía un poco de ron a su copa porfiaba entusiasmado en que qué bueno que se había decidido y que ahora iba a escribir aunque no comieran y aunque a ella no le gustara.

Pero ella, añadiendo otro tanto a su copa, declaró:

—¿Cuándo me he opuesto yo? Tú a lo tuyo, que es lo único que te importa. Yo voy a aprender y ya. Bueno, quien sabe si tú puedas con tus nervios.

—¿Qué pasa con mis nervios?

—Basta con verte en este momento.

—En este momento es otra cosa. Bueno, bien, estoy nervioso; pero a mí me alegra el premio por lo que di, no por lo que me hayan dado. No creo que esto lo entiendas —persistió él preguntándole si deseaba más ron y sirviéndose más a sí mismo.

Para ordenar la discusión ella dijo que él bien sabía que a ella también le alegraba por eso; pero que lo que ella decía era que aprendía él o aprendía ella o aprendían los dos.

—Muy bien, aprende tú. De ahora en adelante tú te dedicas a lo tuyo y yo a lo mío. Si quieres, después cambiamos.

—¿Por qué tienes que ser sarcástico conmigo? —dijo ella súbitamente ofendida en serio y añadiendo que él no era más que un acomplejado como toda su familia, que le daba miedo progresar.

—No soy sarcástico contigo —respondió él; en serio—: si lo deseas cambiamos, de ahora en adelante tú escribes y yo cocino.

—¿Ves? Lo que quieres es que yo no use el coche. Bien sabes que nunca vas a escribir porque te mueres de temor o de vanidad, o de miedo al fracaso, o al éxito o a saber a qué diablos —fue destilando ella con lentitud y firmeza, animada a la crueldad por un resentimiento desconocido y por el alcohol y con la intención de herir de veras a fondo.

—¿Empezamos otra vez? —interrogó él, seguro de que así era, de que una vez más empezaban.

—Sí; y otras mil veces, porque eres un egoísta.

Desde que llegó, él no había hecho otra cosa que hablar y hablar de escribir sin importarle un comino si ella iba a manejar el coche o no. Y volviendo a la realidad, ¿no se le había ocurrido a él una cosa? ¿En dónde iban a meter el coche? Estaba contenta de haber encontrado esa nueva dificultad y de que a ella sí se le hubiera ocurrido; pero guardó esto como reserva.

—¿Cuándo lo entregan? —añadió más bien.

Empezaba a sentirse cansada, como si de pronto sospechara que tanto ella como él no eran más que personajes de algo escrito por alguien no sabía cuándo, ni movido por qué motivos, ni interesado en satisfacer qué necesidades internas, ni atraído por qué premios.

—Entre el quince y el veinte.

Mientras lo decía él también comenzó a sentir el probable cansancio que experimentarían los lectores de su cuento, como si careciera de existencia propia y como si lo que pensaba estuviera en realidad siendo pensado por otro. Sacudió la cabeza antes de añadir:

—Deberías recibir clases desde ahora. Bien, no discutamos más. Lo bueno fue que no hicieron trampa.

—¿Y si la hicieron? —dijo ella. Después de cinco años de matrimonio con un escritor o lo que fuera estaba bien entrenada en el género de conversación en que lo que uno piensa en serio lo dice como si fuera broma y viceversa—. Entre ustedes todos se conocen.

A pesar de que él estaba seguro de que se trataba de un chiste, las palabras de su mujer no dejaron de inquietarlo. Recordó entonces las bromas de sus amigos cuando comentaban en la oficina la posibilidad de participar en el concurso: «¿No iré a haber trampa?», decía astutamente uno. «Si no lo hacen yo no entro», decía con una sonrisa de inteligencia otro; y todos se reían apoyando sus respectivos rasgos de ingenio en tanto que se recordaban mutuamente cómo se hacían esas cosas. Todo dependía: unas veces ganaba uno por amistad, otras perdía otro por enemistad, y al revés, y así hasta el infinito, todo ilustrado con nombres de anteriores premiados que no dejaban lugar a la menor duda y que constituían el mejor remate de sus argumentos. Y luego venían los comentarios sobre la dificultad de las bases del concurso, tan vagas, y aparte lo vagas, tan chistosas: «El tema deberá referirse a cualquier situación o desarrollo de hechos entre personas o instituciones y que puedan ocurrir cuando se sobrepase la satisfacción de necesidad, llegándose al exceso, al derroche, el despilfarro; cuando los recursos disponibles, más si son limitados o modestos, se destinen a lo superfluo; cuando, en suma, una persona o muchas o aun un país entero desvíen recursos a compras excesivas, bajo los estímulos de la imprevisión, de la imitación, de la vanidad, de la apariencia, de lo circunstancial o lo efímero, en lugar de ponerlos al

servicio de la producción de bienes». Ése era el «tema» del concurso. Bonito tema, ¿no era cierto?

Pero dejándose de cosas y de coches, ahora lo importante era que había ganado; sobre todo, que había escrito algo y que lo había enviado sin temor al fracaso y que había ganado. ¿No era eso en el fondo lo que pretendía el concurso? Viéndolo bien, ¿qué era lo que se trataba de desarrollar con él? ¿La industria del país en general, la automotriz en particular o la simple literatura? Sabía que muchos tratarían de seguir aquellos lineamientos en su forma más burda y de halagar a la fábrica de automóviles o a la industria nacional como un todo con tal de ganar, olvidando la finalidad de su arte. Pero con este último argumento, ¿no estaba él mismo, como podía pensarse que hacía el protagonista del cuento que envió y que nunca creyó que ganara, tratando de influir en el ánimo de los jurados, sus amigos quizá, poniéndolos en el dilema de decidir de qué lado estaba cada uno, si del de la industria o del de la literatura? Y una y otra vez se repetía a sí mismo que para él lo importante no era el premio, sino el hecho de que había participado y ganado, con una broma trillada, con la vieja tontería de escribir el cuento del que escribe el cuento, mediante la cual se concretaba a consignar una vez más que la vida era un cuento idiota contado por un idiota.

—Bueno, a lo mejor sí; pero no porque yo lo buscara —dijo, como despertando otra vez—. ¿Por qué no? Puede ser que se hayan dado cuenta de que era mío y que yo les caiga bien.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Cómo que qué?

—Ah, el coche. Quédate con él. Te digo en serio que no me importa.

—¿Lo ves? Aunque no lo quieras reconocer lo único que te importa es el coche, porque eres un egoísta. Bueno, llévatelo y regálaselo a cualquier puta —dijo ella pensando darle a entender una vez más que a él lo que le gustaba eran las mujeres que le sacaban el dinero, que lo engañaban, que no eran tan buenas como ella, y alzando más la voz, no con la idea de que él la oyera mejor sino con la de distraer su atención del hecho de que empezaba a servirse otra copa.

—Haz con él lo que te dé la gana —respondió en la misma forma, sirviéndose también y viendo otra vez distraído los zapatos que acababa de comprar y que se había ido quitando porque hacía mucho que no estrenaba zapatos y los pies le ardían—. ¡Tíralo, regálalo o véndelo!

En tanto bebía su ron, ella pensaba está exaltado, siempre se pone así, necesita demostrarme que es el más fuerte, que las cosas materiales no le interesan; que lo que desea es escribir y que yo lo admire por eso y lo quiera no por lo que tiene, sino por lo que puede hacer desinteresadamente; que yo crea, como lo creo, que estaría dispuesto a dejarse matar por las tonterías de la literatura, o por un cuadro, o por ese tipo de cosas que todos admiran con razón, pero quién iría a pensar en hacer lo mismo por una guerra, o precisamente por las estupideces de que se ocupan otros,

tipo negocios o qué. Pero por supuesto lo que contestó fue:

—Claro que sí; es lo que voy a hacer; a comprar lo que no puedo tener si mi hermana no me regala lo que le sobra para humillarme, o si tus amigos no te hacen el favor de obsequiarte un premio.

Ni lo iba a hacer ni se sentía humillada por nada; pero en las discusiones así era como se contestaba, aunque lo que estuviera inspirando el otro fuera deseo, o amor, o tal vez ternura, si bien nunca se sabía por qué razón todo esto mezclado casi siempre con odio.

—Bueno, no discutamos más —dijo él—, estás casada con un buen escritor o con un tonto.

Al contrario de lo que ocurría con él, que se creía lo último, ella estaba segura de que en realidad era lo primero: pero tanto porque comenzaron a tener apetito como por no dar más importancia a lo que cada uno sentía en ese momento, se dirigieron a la cocina a buscar algo de cenar. Una vez ahí se produjo un silencio en medio del cual, mientras masticaban lentamente y tragaban con dificultad un poco de pan con jamón, pues no era cosa de ponerse a preparar una cena en forma, pensaron en coches azules o rojos o del color que fueran, y en zapatos nuevos, y en largas avenidas llenas de coches y en horribles galeras de imprenta, y en pensiones para autos en que uno los dejaba seguros por la noche, y en revistas literarias en que el nombre de uno aparecía inmortalizado por un premio, y en discusiones animadas por el alcohol y en cómo había que llevarlas sin darse nunca por vencido, y en el amor y en sexos y en frases de reconciliación y en quién diría la primera; hasta que terminado el jamón y dos copas más, él dijo gracias, y ella contestó que de nada, ambos con el tono indiferente de quien jamás se hubiera visto antes, después de lo cual él con aire de dignidad o de decisión declaró voy a escribir, y se levantó y se dirigió a su cuarto y se sentó ante su pequeña mesa escritorio, y mientras ella se desvestía frente a él y se metía en su cama sacó una hoja de papel y con un lápiz en la mano se quedó viendo la hoja largamente, como hipnotizado por el color blanco, hasta que ella, a su vez, después de un largo rato de reflexionarlo fuerte o, como puede imaginarse, de serios exámenes de conciencia, le preguntó desde la cama, entre imperiosa y suplicante, sintiéndose abandonada y triste como la mayoría de las noches en que él se dedicaba a aquello:

—¿No vienes?

Por lo general, a las once y media de la noche uno se encuentra más que cansado del trabajo, de las pruebas de imprenta, de caminar con zapatos nuevos, de la oficina, de los amigos, de sí mismo, de discutir, de comer jamón con pan, de ganar premios, del propio entusiasmo; aparte de que a esa hora el alcohol lo hace a uno ver no sólo menos difícil el día siguiente sino muchísimo más fácil el glorioso futuro; de manera que pensando en las frescas sábanas blancas y en lo que le esperaba en ellas respondió conciliador y esperanzado mientras tomaba rápidamente una última copa:

—Sí.

Sobre la traducción de algunos títulos

Cuando yo era chico, ignorar el francés era ser casi analfabeto. Con el decurso de los años pasamos del francés al inglés y del inglés a la ignorancia, sin excluir la del propio castellano.

J. L. BORGES, *Prólogos*

En ninguna forma el tema de estas líneas serán las divertidas equivocaciones en que con frecuencia incurren los traductores. Se ha escrito ya tanto sobre esto que ese mismo hecho demuestra la inutilidad de hacerlo de nuevo. La experiencia humana no es acumulativa. Cada dos generaciones se plantearán y discutirán los mismos problemas y teorías, y siempre habrá tontos que traduzcan bien y sabios que de vez en cuando metan la pata.

Desde que por primera vez traté de traducir algo me convencí de que si con alguien hay que ser paciente y comprensivo es con los traductores, seres por lo general más bien melancólicos y dubitativos. Cuando digamos en media página me encontré consultando el diccionario en no menos de cinco ocasiones, sentí tanta compasión por quienes viven de ese trabajo que juré no ser nunca uno de ellos, a pesar de que finalmente he terminado traduciendo más de un libro.

Estamos en un mundo de traducciones del que hoy ya no podemos escapar. Lo que para Boscán era un pasatiempo cortesano, para Unamuno resultaba un imperativo ineludible. En el siglo XVI Boscán se afanaba en dar a conocer a los españoles las leyes que dictan los buenos modales, puestas en orden por Baltasar Castiglione; Unamuno, en el XX, las que rigen el comportamiento humano, según Arturo Schopenhauer. O sea la diferencia que va de moverse en un salón de baile a hacerlo en el Universo.

Hay errores de traducción que enriquecen momentáneamente una obra mala. Es casi imposible encontrar los que puedan empobrecer una de genio: ni el más torpe traductor logrará estropear del todo una página de Cervantes, de Dante o de Montaigne. Por otra parte, si determinado texto es incapaz de resistir erratas o errores de traducción, ese texto no vale gran cosa. Los ripios con que el argentino Bartolomé Mitre se ayudó no enriquecen la *Divina Comedia*, pero tampoco la echan a perder. No se puede.

En todo caso, es mejor leer a un autor importante mal traducido que no leerlo en absoluto. ¿Qué le va a suceder a Shakespeare si su traductor se salta una palabra difícil? Pero existen los que no lo leen porque alguien les dijo que estaba mal traducido. Y los que esperan aprender bien el francés para leer a Rabelais. Ridículo. Da igual leerlo en español. No se vale despreciar las traducciones de Chaucer cuando uno apenas puede con el Arcipreste de Hita. Por principio, toda traducción es buena.

En cualquier caso, pasa con ellas lo que con las mujeres: de alguna manera son necesarias, aunque no todas sean perfectas.

La traducción de títulos es cosa aparte. Los cambios que algunos experimentan al pasar de una lengua a otra generalmente no son errores del traductor. En ningún país de lengua española habrá quien ponga por título *Odisea* al *Ulysses* de Joyce. Alguien de la editorial no se lo permitiría. Digan lo que digan sus críticos, excepto cuando se descuidan es difícil que los editores se equivoquen. Si un título contemporáneo cambia totalmente, lo normal es que haya habido un acuerdo entre autor y editor. El gusto de verse traducido hace que al primero le importe muy poco cómo se llame su libro en otro idioma.

Podría dar ahora una larga lista de títulos curiosamente traducidos; pero como sé que están en la mente de todos no lo voy a hacer y me concretaré a los siguientes:

1) *La importancia de llamarse Ernesto*. En este momento no recuerdo quién lo tradujo así, pero quienquiera que haya sido merece un premio a la traición. Traducir *The Importance of Being Earnest* por *La importancia de ser honrado* hubiera sido realmente honesto; pero, por la misma razón, un tanto insípido, cosa que no va con la idea que uno tiene de Oscar Wilde. Claro que todo está implícito, pero se necesitaba cierto talento y malicia para cambiar *being* (ser) *earnest* (honrado) por «llamarse Ernesto». Es posible que la popularidad de Wilde en español comenzara por la extravagancia de ese título.

2) El otro día me acordaba de *La piel de nuestros dientes*, de Thornton Wilder. Cuando vi ese título por primera vez admiré como de costumbre a los norteamericanos por esa facultad tan suya de estar siempre inventando algo. ¿Cuándo tendríamos nosotros la audacia de titular así ya no digamos una obra de teatro, pero ni siquiera una clínica dental? Título original: *The Skin of Our Teeth*. Palabra por palabra: *La piel de nuestros dientes*, nombre que en México llevó al teatro a miles de personas. Imposible no acudir al diccionario. En inglés, encontré con alegría, «*to escape with the skin of our teeth*» significa, sencillamente, escapar por poquito, salvarse por un pelo. Pero es evidente que si el traductor hubiera escogido algo como *Por un pelito* ni él mismo hubiera ido a ver la puesta en escena.

3) Uno siente también cierta atracción irresistible hacia cualquier novela que se llame *Otra vuelta de tuerca*, como José Bianco tituló su excelente traducción de *The Turn of the Screw* de Henry James. En lugar de *La vuelta del tornillo*, que no quiere decir nada en español, Bianco cambió sabiamente «la» por «otra» y «tornillo» (*screw*) por «tuerca», con lo que *Otra vuelta de tuerca* quiere decir aún mucho menos, pero suena tan bien que nuestros intelectuales usan ya esa extraña expresión como si todo el mundo (y ellos mismos) supieran su significado. Si Bianco hubiera querido dar el equivalente exacto habría puesto algo tan vulgar como *La coacción*, lo que convertiría el título de una novela de fantasmas en algo vagamente gangsteril o

forense. No cabe duda: el mejor amigo del traductor es el Diccionario, siempre que éste no se halle en manos del lector. Según mi *Oxford Advanced Learner's Dictionary of Current English*, «to give somebody another turn of the screw» significa «to force somebody to do something»: «forzar a alguien a hacer algo», coaccionarlo, conminarlo, pues. ¿Pero quién iba a ser tan poco sutil o poético como para poner en español *La conminación* a una novela de Henry James? Aunque no diga nada en nuestro idioma, *Otra vuelta de tuerca* y se acabó. Y uno se lo agradece a Bianco. Y otros cometen el disparate de soltar ese dicho en contextos que no tienen nada que ver.

4) Por un morboso deseo de molestar a mis amigos (estímulo sin el cual prácticamente nadie escribiría) he dejado para el final la traducción del título de los títulos, el que con más entusiasmo han recibido, aceptado, adoptado y usado nuestros buenos poetas, novelistas, ensayistas, simples aficionados y, ay, genios a la altura de Jorge Luis Borges (lo que absuelve a todos los anteriores): el título más sonoro y el que denota más enojo cuando hay que enojarse: *El sonido y la furia* de William Faulkner, que suena tan bien y sugiere tanto desde que alguien sin mucho amor al Diccionario tradujo literalmente el pasaje de Macbeth en que éste propone que la vida es un cuento contado por un idiota, pero a quien jamás se le ocurrió que las palabras siguientes en que se apoya: «*full of sound and fury*», iban a ser traducidas por otro quizá no tan idiota pero quien ni de broma intentó preguntarse qué cosa fuera eso de un idiota «lleno de sonido y furia».

De las frases hechas puestas en circulación por escritores, pocas he visto tan usadas como esa de «el sonido y la furia» que sean más la piel de sus dientes cuando se ven apurados o su otra vuelta de tuerca cuando quieren ser enfáticos; pocas tan repetidas como ese sonido y esa furia que nunca estuvieron en la mente de Macbeth, o de Shakespeare (quien incluso añade *signifying nothing*) cuando las introdujo en contexto tan dramático; y que al mismo tiempo recuerden más la importancia de ser curioso cuando de traducir títulos se trata.

Como en los casos de Wilde, James y Wilder, Faulkner fue afortunado al usar una frase hecha, casi un refrán para titular uno de sus libros. No así quienes usan pomposamente la traducción literal del título del mismo. ¿Pero cómo no ser indulgentes con los amigos o meros mortales cuando el propio Borges, quien ha gastado cuarenta años estudiando el inglés y aun el celta, repite la misma distracción en el prólogo a su libro *Prólogos* («los concretos cielos de Swedenborg, *el sonido y la furia* de Macbeth, la sonriente música de Macedonio Fernández», p. 8, Torres Agüero Editor, Buenos Aires, 1975) y Antonio Machado (Dios me perdone) en el mismo tono («un cuento lleno de estruendo y furia», p. 250, *Juan de Mairena*, Clásicos Castalia, Madrid, 1971) y a Astrana Marín le da miedo ser literal y en vez del «sonido y la furia» pone «con gran aparato» (p. 1625, W. Shakespeare, *Obras completas*, 10.^a ed., Aguilar, Madrid, 1951) y últimamente alguien convierte *sound* en «rumor» y *fury* en «cólera», en algo ya no tan tremendo sino apenas en eso: ese suave

«rumor» y esa «cólera» un tanto mansa?

Por ahora yo sólo me atrevo a proponer a ustedes que vean en su *Concise Oxford Dictionary* lo que «*sound and fury*» quiere decir en el texto de Shakespeare: únicamente «bla, bla, bla». ¿Lo sabía Faulkner? Por supuesto, pues quien habla en su libro es efectivamente un idiota. En todo caso, es de suponer que el Diccionario lo sabe bien. Ábranlo y encontrarán (algunos con cierto sonrojo, espero) en la p. 1203, 2.^a columna, línea 4, bajo la entrada *sound: mere words (sound & fury)*. Esto es, «meras palabras», que nosotros decimos «bla, bla, bla», o sea lo que en definitiva dice un idiota.

Y, probable y tristemente, la literatura en general.

Sobre un nuevo género literario

El *Times* de Londres publica todos los días una columna en que se registran los decesos de personas más o menos importantes. La mayor o menor relevancia del difunto determina el número de líneas, e incluso de palabras que se le dedican. Claro que si se trata del rey o del primer ministro las cosas cambian un poco; pero lo normal es que todo lector habitual del *Times* repase cada mañana esa lista y, si tiene cierta edad y cree haber realizado algo que valga la pena en esta vida, espere ocupar algún día en esa columna su propio número de líneas, de ser posible con una más que su rival más cercano.

Aquí en México, Luis Cardoza y Aragón declaró el otro día que nada lo asustaba más que responder la llamada telefónica de un periodista, pues sabía que irremisiblemente estaba siendo inspirada por la muerte de algún colega sobre el cual el diario quería saber su opinión. No señaló que su opinión debía producirse en ese instante, ni que tales preguntas lo toman a uno tan desprevenido que muchos escritores tienen escrito ya para esas oportunidades lo que piensan sobre determinados colegas que, o ya deberían haber fallecido, o se supone que están próximos a hacerlo.

Por más inmortales que lleguen a ser, es evidente que los escritores, los artistas y, si hay que forzar las cosas, las personas en general, se mueren. Algunos, movidos por razones que comúnmente se llevan con ellos, se suicidan; otros van en un avión y el avión se cae; otros, como Chaicovski, eufóricos ante el éxito de su última sinfonía, se toman unas copas de más y, en la madrugada, tragan un vaso de agua del Neva sin hervir y mueren del cólera una semana después.

Comoquiera que sea, ¿por qué entre nosotros el hecho de que cierta gente fallezca debe desencadenar tal número de esquelas mortuorias en los diarios, que aparte de poner en duda la capacidad de los lectores para captar una noticia, muchas veces no hacen sino dejar al muerto en ridículo al revelar que aquel que estuvo siempre dispuesto a dar la vida por las causas más revolucionarias era consejero de una fábrica de garrotes de policía o de algo por el estilo? Cuando se trata de algún escritor o artista el acontecimiento provoca tal cantidad de opiniones instantáneas sobre su vida y su obra que (tales opiniones) han terminado por convertirse en un nuevo género en el cual hay que ejercitarse prácticamente todos los días, y que llamaré género obituario.

Es de suponer que en una medida u otra todo escritor anhela ser original o cuando menos no repetirse mucho. El principal problema que el género obituario presenta es el de la improbabilidad de ser originales y no reiterar los mismos juicios respecto de los más diversos difuntos. Después de tres muertos ilustres sobre cuyo fin uno ha expresado ya su desconsuelo, ¿qué queda por decir del cuarto? El género existe: muy bien, ya lo inventamos; pero probablemente no haya habido nunca otro con menos

posibilidades y menor futuro.

En sus filamentos de extrema languidez, la novela se las ingenia para revitalizarse recurriendo al antihéroe, y en este campo, con un poco de audacia, el autor puede darse vuelo describiendo hasta las más íntimas funciones fisiológicas del personaje principal, como sucede con Leopoldo Bloom en *Ulises*. Cada vez que lo necesita, la poesía halla la forma de negarse a sí misma como tal y los poetas enfrentan pocas dificultades con su arte, pues calculan que entre mayor sea el número de prosaísmos que logren introducir en sus obras la crítica las tendrá por más poéticas. El cuento ya no reconoce reglas y uno puede alargarlo y acortarlo y soltar cuanta tontería se le ocurra sin pensar en exposiciones, desarrollos, nudos ni desenlaces. Pero dentro de este género, el obituario, ¿qué oportunidades se presentan de inventar algo? Ninguna. ¿Qué declarar (que no esté declarando al mismo tiempo otro escritor, por otro teléfono) del amigo querido cuya persona amábamos pero cuyos libros no nos parecían de ninguna manera tan buenos; o, al revés, cuya obra admirábamos y secretamente envidiábamos pero cuyas actitudes políticas nos repugnaban o nos daban risa? ¿Cómo se puede ser absolutamente franco cuando una voz, envuelta en los ruidos de máquinas de escribir, las toses de fumador y los gritos propios de la redacción de cualquier periódico nos dice: «Acaba de fallecer fulano de tal. ¿Qué opina de él y de su obra?»?

A determinada edad uno se sorprende de muy pocas cosas, pues aun sin quererlo uno se ha vuelto filósofo y eso de conservar la capacidad de asombro ha quedado únicamente como ideal. De manera que aunque lo declaremos así, en realidad la noticia no nos desconcierta. Por otra parte, todos tenemos la valentía de lanzar bromas o chistes y de insinuar lo que de veras pensamos de alguien que murió hace un siglo; pero hacer lo mismo para verlo publicado a la mañana siguiente con relación a alguien que expiró hace apenas media hora no sólo es de mal gusto sino que da miedo. Bueno, sin ir a los extremos, uno podría confesar que apreciaba mucho a la persona, pero que no conocía sus trabajos y que prefería no pronunciarse en ese momento; o que no sabía nada ni de la persona ni de su obra y que lo disculparan y dejaran abierta la oportunidad para cualquier próximo muerto del día. Pero la vanidad también tiene nombre de mujer y en la mayoría de los casos la tentación de aparecer en los diarios es más fuerte que cualquier sinceridad, timidez o ignorancia; sin contar con que por su parte, subido en tu hombro, el Diablo te susurra al oído que si te preguntan es porque eres alguien y que si eres alguien no puedes quedarte callado; y si opones resistencia, al Diablo le queda aún el argumento de que si te obstinas en no opinar va a parecer que no te toman en cuenta.

De ahí a improvisar un panegírico sobre el autor y su obra, aparte de la pérdida que su muerte significa para el país y el mundo, sólo hay un paso. Paso que naturalmente uno da, para enterarse al día siguiente, con nuevo estupor y nuevo arrepentimiento, de que Zutano y Mengano y Fulano poseen los mismos gustos de uno, los mismos juicios críticos, y la misma tremenda capacidad de afecto por los

amigos desaparecidos.

Los libros tienen su propia suerte

Los libros tienen sus propios hados. Los libros tienen su propio destino. Una vez escrito —y mejor si publicado, pero aun esto no es imprescindible— nadie sabe qué va a ocurrir con tu libro. Puedes alegrarte, puedes quejarte o puedes resignarte. Lo mismo da: el libro correrá su propia suerte y va a prosperar o a ser olvidado, o ambas cosas, cada una a su tiempo.

No importa lo que hagas por él o con él.

Puede quedarse escondido y escrito en cifra en un desván y ser descubierto ciento treinta y dos años más tarde; estar en todas las vitrinas y en manos y en boca de todos y pasar al olvido inmediatamente después de tu muerte, cuando para la gente seas apenas un nombre o un fantasma, o ni tan sólo un fantasma; cuando hayas desaparecido y ya ninguno te tema o espere favores de ti; o ya no seas simpático y tu famoso ingenio no haga reír más a nadie, porque nadie estará ahí para reírse, ni contigo y ni siquiera de ti.

O al contrario, donde los dulces novios pasaban de largo agarrados de la mano sin dignarse echar una mirada a tu querido libro, del que sólo tú sabes el trabajo que te costó, el amor que le pusiste y las dudas que te inspiró sumiéndote en la desesperanza, la sensación de impotencia y el rencor; donde la buena gente distraída te ignoraba, ahora lo toma en sus manos incrédula ante tanta maravilla que antes ni sospechaba, lo paga y se lo lleva a su casa, habla de él con sus amigos, lo presta o no lo presta, según, subraya párrafos, y en la noche, no importa la hora, despierta a su esposa o esposo y le dice oye esto.

(Pero tú andas muy lejos. No puedes verlo ni oírlo porque tal vez ya estés muerto sin que de la gloria del mundo te haya tocado en vida ni esa alegre migaja.)

Ahora tu libro va debajo de los más extraños brazos y se halla en todas las mentes.

Calma; no sufras: mañana lo va a estar también y pasado mañana, y todos los días y los siglos venideros.

Resulta que los aplausos que recibió eran en realidad merecidos, y los premios que le dieron también y, como hoy, las cosas seguirán igual y hasta mejor: los niños de las escuelas irán el día de tu aniversario a la calle que lleva tu nombre, y el ministro dirá su discurso, mil quinientos años lejos, y podrás ver desde el lugar en que estés a aquellos seres extraños diciendo palabras en un idioma que ya no comprendes, y en un momento dado el ministro levantará la vista y el brazo y agitará su papel en la mano como saludándote y como diciéndote no te preocupes por tu mensaje, estamos contigo y te queremos mucho; mientras, los niños mirarán asimismo hacia lo alto y se llevarán la mano a los ojos cubriéndolos no sabrás si del sol o de tu propio resplandor.

Llorar orillas del río Mapocho

En las entrevistas largas llega siempre el momento de responder a la pregunta de si uno vive de lo que escribe, y las respuestas varían entre la tajante en que el interpelado dice con toda claridad que no, hasta aquellas en que se embrolla tratando de declarar la verdad (esto es, también que no) pero dejando entrever que sí, que más o menos, que en cierta forma sus libros son un éxito.

Uno vive de muchas cosas, de lo que busca con intención y de lo que las circunstancias van disponiendo, y es evidente que no hay dos experiencias iguales: mientras Shakespeare escribía sus obras y las actuaba en Londres, Cervantes cobraba impuestos o recolectaba granos para la Armada Invencible (destinada entre otras cosas a acabar, sin proponérselo, con el teatro de Shakespeare). Shakespeare era próspero y Cervantes pobre, cada uno como reflejo de sus respectivos países.

Tal vez por esto la pregunta de si uno vive de sus libros sólo se haga en ciertos lugares. No recuerdo si también en España, pero raramente la he visto formulada en Estados Unidos, Francia o Alemania. En estos últimos o no les interesa de lo que viva el escritor, o sólo se entrevista a aquellos que obviamente han pasado la barrera de esa duda. O de las preguntas tontas.

En cuanto a nosotros, somos como Ginés de Pasamonte, gente de muchos oficios, y nuestra herencia es la picaresca y unas veces estamos presos y otras andamos con un mono adivino o una cabeza parlante, mientras al margen escribimos lo que buenamente podemos.

Para un latinoamericano que un día será escritor las tres cosas más importantes del mundo son: las nubes, escribir y, mientras puede, esconder lo que escribe. Entendemos que escribir es un acto pecaminoso, al principio contra los grandes modelos, en seguida contra nuestros padres, y pronto, indefectiblemente, contra las autoridades.

Sé que está en la mente de todos y que lo que voy a decir es bastante obvio y por eso he querido demorarlo un tanto; pero en fin, tengo que decirlo: el destino de quienquiera que nazca en Honduras, Guatemala, Uruguay o Paraguay y por cualquier circunstancia, familiar o ambiental, se le ocurra dedicar una parte de su tiempo a leer y de ahí a pensar y de ahí a escribir, está en cualquiera de las tres famosas posibilidades: destierro, encierro o entierro. Así que más tarde o más temprano, si logra evitar el último, llegará el día en que se encuentre con una maleta en la mano y en la maleta un suéter, una camisa de repuesto y un tomo de Montaigne, al otro lado de cualquier frontera y en una ciudad desconocida, oyendo otras voces y viendo otras caras, como quien despierta de un mal sueño para encontrarse con una pesadilla.

Entonces, como por supuesto es pobre, comenzará a ver pasar frente a él los múltiples oficios, y a imaginarse mesero, fotógrafo ambulante, vendedor de libros y, hasta con suerte, lector de una señora rica; todo, menos escritor; y a la tercera

semana, y a la cuarta, cuando nada de aquello ocurra, envidiará a los perros callejeros, que no tienen obligaciones, y a las parejas de ancianos que se pasean en los parques, y sobre todo, precisamente sobre todo, a las nubes, las maravillosas nubes.

En 1954 llegué exiliado a Santiago de Chile procedente de Bolivia, en donde había sido durante un tiempo secretario de la embajada y cónsul de mi país (oficio ocasional del que por fortuna lo relevan a uno las revoluciones o los cuartelazos), Guatemala. Al darse cuenta de mi pobreza extrema, cuanta persona encontraba me invitaba a cenar para hacerme ver las posibilidades de desempeñar algún oficio, cualquier oficio: el de escritor quedaba descartado no sólo por improductivo sino porque a mí me horrorizaba (y me sigue horrorizando) la idea de escribir para ganar dinero.

El mejor consejo me lo dio José Santos González Vera, con la aprobación de Manuel Rojas y el posterior apoyo sonriente de Pablo Neruda:

—Mire —me dijo un día, quizás el siguiente de mi llegada—; yo nunca doy consejos, pero por ser usted le voy a dar uno. Si para ganarse la vida tiene ahora que vender algo, no se vaya a dedicar a vender cosas pequeñas, como escobas o planchas. Eso da mucho trabajo, deja poco dinero, y por lo general la gente ya tiene una escoba y una plancha. Venda acorazados. Con uno que venda tiene resuelto el problema suyo y de su esposa para toda la vida.

Por fin alguien me dijo que por qué no traducía algo, y como todos creemos saber poco o mucho de inglés o francés (el latín quedaba descartado), el mismo autor de *Cuando era muchacho* me dio una tarjeta para el señor Sañartu, gerente o presidente o algo así de la entonces famosa editorial Zig-Zag, a quien fui a ver y quien desde su gran altura la leyó y casi sin oírme, tal vez porque yo casi no dije nada, llamó a una secretaria, quien me llevó ante el escritorio de una señorita (me pareció, y tal vez no lo fuera tanto, pero en ese momento yo no estaba para averiguarlo, no sólo por el tremendo estado nervioso por el que pasaba sino, sencillamente, pensé, porque no había ido a eso y ya habría, según fuera mi trato con la editorial y la frecuencia con que me presentara a recoger o entregar trabajo, ocasión de saberlo), quien amable me preguntó si prefería el inglés o el francés, a lo que yo le respondí que el inglés, porque ahora en la diplomacia se usaba más el inglés y habiendo sido yo hasta hacía poco diplomático, pues sí, prefería el inglés.

Entonces sacó de alguna parte una revista llamada *Ellery Queen*, de formato parecido al del *Reader's Digest* pero dedicada al crimen, y me propuso que como prueba tradujera un cuento, el que yo quisiera, y que nos veríamos en una semana, ¿en una semana estaría bien?

Traducir puede ser muy fácil, muy difícil o imposible, según lo que te propongas y el tiempo y el hambre que tengas; y uno nace o, si se deja, se va convirtiendo en

traductor y enamorándose de la idea de que eso le servirá para su propio oficio de escritor, y sin sentirlo uno puede llegar a no saber si cada frase que logra dejar perfecta es suya o de quién; pero lo que importa es que la frase esté bien y fluida y suene en español y por momentos, al poner el punto en cada párrafo y tomar el papel y verlo a cierta altura, uno puede hasta sentirse con gusto Bertrand Russell o Molière, ¿pero Ellery Queen?

En todo eso pensé cuando en la soledad de mi cuarto comencé a escoger una vez más el cuento que traduciría y el tiempo pasaba y yo no me decidía porque todos eran de gánsters y yo no entendía nada, no sabía nada, y el efecto del vino de la noche anterior me pedía salir a la calle en cuanto fueran las doce del día, hasta que me decidí por uno en que el crimen ocurría entre jugadores de béisbol. De béisbol, que como tantas otras cosas yo creía conocer.

Todas mis pertenencias consistían entonces en una máquina de escribir portátil, una caja vacía de madera sobre la que tenía la máquina, y una de cartón sobre la que puse la revista y un poco de papel.

Y mi diccionario manual inglés-español español-inglés.

Estaba ahí, pues, sentado, dispuesto a releer el cuento que leído un día antes me había parecido el más fácil y divertido, pero que ahora, al tener que pasarlo al español frase por frase, comencé a odiar y a convertir en un enemigo poco dispuesto a dejarse vencer y que se negaba a transformarse en prisionero de un idioma extraño en que las frases eran demasiado largas o explicativas, y en el cual lo que era gracioso y ágil a través de un diálogo increíblemente simple pero lleno de sentido se trocaba en algo tonto y forzado, y para nada encajaba en lo que yo, de ser el autor, hubiera dicho o pensado.

Pero el autor no era yo sino Ellery Queen, y Ellery quería que las cosas marcharan rápido, sin preocuparse para nada por otro estilo que no fuera directamente al espíritu de sus lectores, si es que alguna vez había supuesto que éstos lo tuvieran, o por lo menos a su emoción o interés para que al final, sintiéndose buenos, se identificaran con los buenos, y sintiéndose inteligentes pudieran pensar «¡Claro!», y pasar a otra cosa.

Y así transcurrieron cuatro o cinco días. Y el cuento comenzó a ser legible en español, gracias, más que a mi pequeño diccionario (ocupado en las exactas equivalencias de perro y *dog* y mesa y *table* pero de ninguna manera en los modismos de los campos de béisbol), a la ayuda de mi amigo Darwin (Bud) Flakoll, a quien el sábado y el domingo importuné con preguntas. Y el cuento se convirtió en un buen ejemplo de precisión y honestidad intelectual lograda después de seis días y sus noches de tormento, para que al final quedara claro que hay *pitchers* (lanzadores), que hay lanzadores (*pitchers*) que a la mitad del juego se derrumban porque tienen el brazo de cristal, como uno tiene techo de cristal y muchas mujeres la virtud; y se supiera que alguien había matado por envidia a otro jugador, o por celos a su esposa, lo que he olvidado, en la forma contraria en que nunca olvidaré mi entrevista con la

señorita de Zig-Zag, el lunes, cuando resuelto a morirme de hambre antes que seguir traduciendo aquello me presenté a devolverle para siempre su revista, y sin importarme más su virginidad salí a la calle bajo el sol deslumbrante y me encaminé al río Mapocho, que pasa por ahí, y me senté en la orilla y lloré de humillación hasta que, siendo benditamente otra vez las doce, me incorporé y fui a la venta de vino más cercana y una copa de vino tras otra me volvieron a la vida y a la idea de que todo estaba bien, de lo más bien.

Uno puede escoger sus antepasados más remotos. Y aun a veces se presentan en forma imprevista. Los más lejanos antecedentes de mi apellido paterno los he ido encontrando por casualidad. Hubo en España un licenciado Gabriel Monterroso, autor de una popular *Práctica civil y criminal e instrucción de escribanos* (Alcalá de Henares, Andrés de Angulo, 1571), en la cual, entre otras cosas, mi probable ancestro imparte instrucciones precisas y detalladas sobre la manera exacta de aplicar los más diversos tormentos a los delincuentes (*Quijote*, edición de Francisco Rodríguez Marín, Espasa Calpe, Madrid, vol. IV, p. 144 n.). Dicha obra «aparece en casi todas las listas de libros de la época, y su autor, por decreto real de 1569, gozaba de monopolio exclusivo para las Indias» (*Los libros del conquistador*, Irving A. Leonard, Fondo de Cultura Económica, 2.ª ed., México, 1979, p. 213).

Puedo ser también, por dicha, la reencarnación de un oscuro poeta italiano del Renacimiento.

Cierto día de febrero de 1986 recibí de España una carta escrita en catalán, que en parte traduzco:

«Un artículo suyo publicado en *El País* —comenzaba— en ocasión del centenario de Quevedo fue el detonante final de mi curiosidad erudita y el desencadenante del artículo que —jubilado de la Dirección del Museo de Historia de la ciudad de Barcelona, y ya simbólicamente “*sub tegmine fagi*”— he preparado en los meses finales de 1985».

A las 7.20 de la mañana del 19 de septiembre de 1985 un terremoto había arrasado parte de la ciudad de México, y el mundo entero se había estremecido ante la idea de que esta ciudad, la más poblada del orbe, se encontrara en ruinas.

«Por tal motivo —añadía la carta refiriéndose a la catástrofe mexicana— no le envió más que la primera parte del artículo; si llega a sus manos y le interesa, le enviaré la segunda y final.» (f) Frederic-Pau Verrié.

Como la mayoría de las veces prefiero hacer un largo viaje para hablar con quien me ha escrito en lugar de contestarle por carta, no fue hasta el viernes 23 de mayo de 1986 cuando busqué en persona a mi corresponsal catalán en Barcelona. Al escuchar inesperadamente mi voz por el interfono de su departamento del Passeig de Contes 1, 200, 3.º, 1.ª, Frederic-Pau Verrié no podía dar crédito a lo que oía. Instantes después lo encontré en el tercer piso, a la salida del elevador, esperándome con los brazos abiertos y con una amplia sonrisa sólo interrumpida por sus exaltadas palabras de bienvenida e incredulidad, que parecía decir:

—¿De manera que está usted vivo?

De su exagerado entusiasmo colegí que por mi falta de respuesta escrita durante todo aquel tiempo mi nuevo y desconocido amigo me había dado por sepultado bajo las ruinas de la ciudad de México.

Luego, con extremos de proverbial cortesía catalana, me rogó pasar a su estudio,

un recinto tan atestado de libros y documentos en (aparente) desorden, que a duras penas encontramos lugar en él para que yo pudiera sentarme en una pequeña silla previamente desembarazada de mapas y legajos. Mi mujer, que me acompañaba, logró hacerlo sobre una pila de infolios, diccionarios, y otros gruesos libros de referencia. Después de que mi sabio llamó por teléfono a dos o tres amigos y amigas para darles la alegre noticia de que yo estaba vivo, conversamos.

En efecto, el 10 de diciembre de 1980 yo había publicado en el diario *El País* de Madrid, con motivo del cuarto centenario del nacimiento de Francisco de Quevedo, un diminuto ensayo, la esencia del cual consistía en recordar que una tarde de 1778, en Londres, y según cuenta James Boswell en su *Vida de Samuel Johnson*, este hombre notable y pomposo había pronunciado, como al pasar y de mal humor, el nombre de un tal Janus Vitalis, seguido de los siguientes versos latinos:

... immota labescunt (sic)
et quae perpetuo sunt agitata manent,

todo a propósito del soneto de Quevedo «A Roma sepultada en sus ruinas», que comienza

Buscas en Roma a Roma, ¡oh, peregrino!

y termina con los inolvidables versos

huyó lo que era firme y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

Siguiendo la pista —registrada en mi artículo— de ese raro poeta mencionado al desgaire por el doctor Johnson (su nombre, el de Janus Vitalis, ni siquiera aparece registrado en el Índice Onomástico de ninguna de las ediciones que poseo de la *Life* de Boswell), el doctor Verrié encontró prácticamente todo lo que había que hallar acerca de la vida y de la obra del Janus Vitalis en cuestión, poeta neolatino autor de oscuros epigramas en latín y de una (olvidada, por supuesto) *De divina trinitate*. Pues bien, lo que a nosotros en verdad nos interesaba es que entre esos epigramas había uno, uno en especial —que de hecho lo inmortalizará—, con el tema de las ruinas de Roma y la fugacidad de las cosas hechas para perdurar, tema que, como se sabe, llegó hasta Quevedo después de pasar por Joachim du Bellay en sus *Antiquités de Rome* («*Nouveau venu qui cherches Rome en Rome*»), por Jacques Grévin, en alguna forma por el polaco Nicola Zep Szarzynski, y hasta por el inglés Edmund Spenser.

Tratando de establecer quién fuera ese poeta semidesconocido y de dar con la paternidad de esa idea luminosa: la fugacidad de lo firme y la perennidad de lo frágil, que Du Bellay puso de nuevo en marcha con su soneto y hace hoy resplandecer la memoria de Quevedo, el doctor Verrié, con paciencia y minuciosidad de arqueólogo

literario, recorrió las bibliotecas europeas (y fueron muchas) que pudieran ofrecerle un dato, una señal, y ha dejado exhaustivamente claro que su primer autor moderno, por llamarlo así, fue (como lo sabía Johnson, que lo sabía todo) Janus Vitalis, poeta de la corte del papa León X (Giovanni de Medicis) en pleno Renacimiento, para ser muy pronto olvidado junto con sus restantes epigramas latinos hasta el extremo de desaparecer por completo de cualquier historia reciente de la literatura italiana. Y así, además, el doctor Verrié ha realizado la más completa investigación acerca de los orígenes y secuelas del soneto de Quevedo que se haya hecho en cualquier idioma.

Ahora bien, ¿qué me llevó a mí a reparar en ese nombre en la biografía de Samuel Johnson —nombre en que ninguno de los grandes eruditos y especialistas hispano-americanos modernos había reparado— sino la fuerza con que, dentro de mí, el poeta, cerca de quinientos años después de muerto, me conminaba con desesperación a señalarlo y ponerlo en el lugar en que alguien como el doctor Verrié lo viera —y lo vio por casualidad— y decidiera sacarlo del lóbrego sitio en que estaba aprisionado, como un «genio» de *Las mil y una noches* está aprisionado durante siglos en una botella esperando a su accidental liberador? Y éste resultó ser un sabio catalán que por azar tropezó un día en la prensa española —en la que yo nunca antes había colaborado— con el artículo de un remoto autor salido de la selva centroamericana, y contribuirá a que el nombre de un poeta borrado de la mente de sus compatriotas vuelva a ocupar su sitio en la literatura de su país, Italia.

Como si todo esto fuera poco, y por más señas, pues de eso se trata, debo añadir que en su investigación el doctor Verrié encontró que el nombre completo del poeta olvidado era Janus Vitalis de Monterosso.

El título del libro de Frederic-Pau Verrié, escrito en italiano y aún inédito (octubre de 1992), es *Il caso dell'anonimo veneziano del 1554*. Poseo un ejemplar del manuscrito con esta dedicatoria autógrafa: «A Augusto Monterroso —quizá descendiente de Janus Vitalis— que, sin querer, me dio el empujón. Por lo tanto, si logré alcanzar «*una verità probabile attraverso una serie di sicuri errori*» (U. Eco, *Le nome della rosa*) también a él, aunque tampoco lo quiera, le corresponde una parte de mi responsabilidad.» Lastimando la modestia del doctor Verrié, y sin pedirle permiso para hacerlo, he resumido aquí esta historia, de más de cien cuartillas en su original. Le ofrezco disculpas.

Conviene advertir, por último, que mi interés por las genealogías es nulo. Por línea inglesa directa todos descendemos de Darwin.

Dejar de escribir

Después de proponerlo por teléfono y de una cancelación debida o achacada a la lluvia vino a almorzar mi amigo, escritor y periodista, como de costumbre obsesionado por el tema de la melancolía y la depresión, que se propone a sí mismo como fondo de una novela, de un cuento, de algo que no dejó muy preciso. Naturalmente, nos referimos a Robert Burton y su *Anatomía de la melancolía*, y yo recordé a Tristram Shandy y a Yorick y al Laurence Sterne del *Viaje sentimental*, pues por supuesto hablamos también de viajes y de otros países, lejanos y cercanos. Le entrego la cuartilla que me había pedido para un sondeo con la cuestión de por qué un escritor deja de escribir, o un pintor de pintar, etcétera.

El asunto da para más de una cuartilla, pero parece ser que ésa es en la actualidad la medida ideal, según los encuestadores, para responder a cualquier pregunta sobre no importa lo que sea. Por pura casualidad, hoy mismo había contestado, dentro de la misma medida, otra de los *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien (Caravelle)*, de la Universidad de Toulouse, sobre en qué forma han influido en mí las circunstancias sociales, culturales y políticas en que vivo o he vivido, para responder lo cual había tardado mes y medio. Más interesante me parece el otro cuestionamiento: ¿Qué hace que uno deje de pronto y para siempre de escribir, de pintar o de componer música? A esto contesté pronto y sin vacilaciones y razonada y claramente, como siempre lo hace uno cuando responde a una pregunta cuya respuesta no existe.

(10 de diciembre)

Las buenas maneras

Un libro es una conversación. La conversación es un arte, un arte educado. Las conversaciones bien educadas evitan los monólogos muy largos, y por eso las novelas vienen a ser un abuso del trato con los demás. El novelista es así un ser mal educado que supone a sus interlocutores dispuestos a escucharlo durante días. Quiero entenderme. Que sea mal educado no quiere decir que no pueda ser encantador; no se trata de eso y estas líneas no pretenden ser parte de un manual de buenas maneras. Bien por la mala educación de Tolstoi, de Victor Hugo. Pero, comoquiera que sea, es cierto que hay algo más urbano en los cuentos y en los ensayos. En los cuentos uno tantea la buena disposición del interlocutor para escuchar una historia, un chisme, digamos, rápido y breve, que lo pueda conmover o divertir un instante, y en esto reside el encanto de Chéjov; en los ensayos uno afirma algo que no tiene mayor cosa que ver con la vida del prójimo sino con ideas o temas más o menos abstractos pero (y aquí, querido Lord Chesterfield, volvemos a las buenas maneras) sin la menor intención de convencer al lector de que uno está en lo cierto, y en esto reside el encanto de Montaigne.

¿Qué ocurre cuando en un libro uno mezcla cuentos y ensayos? Puede suceder que a algunos críticos ese libro les parezca carente de unidad ya no sólo temática sino de género y que hasta señalen esto como un defecto. Marshall McLuhan les diría que piensan linealmente. Recuerdo que todavía hace pocos años, cuando algún escritor se disponía a publicar un libro de ensayos, de cuentos o de artículos, su gran preocupación era la unidad, o más bien la falta de unidad temática que pudiera criticársele a su libro (como si una conversación —un libro— tuviera que sostener durante horas el mismo tema, la misma forma o la misma intención), y entonces acudía a ese gran invento (sólo comparable en materia de alumbramientos al del fórceps) llamado prólogo, para tratar de convencer a sus posibles lectores de que él era bien portado y de que todo aquello que le ofrecía en doscientas cincuenta páginas, por muy diverso que pareciera, trataba en realidad un solo tema, el del espíritu o el de la materia, no importaba cuál, pero, eso sí, un solo tema. En vez de imitar a la naturaleza, que siente el *horror vacui*, eran víctimas de un *horror diversitatis* que los llevaba invenciblemente por el camino de las verdades que hay que sostener, de las mentiras que hay que combatir y de las actitudes o los errores del mundo que hay que condenar, ni más ni menos que como en las malas conversaciones.

No debo pensar que todo esto se me ocurre a raíz de que en estos días comienza a circular en México un libro mío en el que reúno cuentos y ensayos.

(21 de enero)

Aún hay clases

Mis alumnos de la Universidad, *in illo tempore*:

—¿Podemos tratarlo de tú, maestro?

Yo:

—Sí; pero sólo durante la clase.

Subcomedia

Hay un mundo de escritores, de traductores, de editores, de agentes literarios, de periódicos, de revistas, de suplementos, de reseñistas, de congresos, de críticos, de invitaciones, de promociones, de librerías, de derechos de autor, de anticipos, de asociaciones, de colegios, de academias, de premios, de condecoraciones. Si un día entras en él verás que es un mundo triste; a veces un pequeño infierno, un pequeño círculo infernal de segunda clase en el que las almas no pueden verse unas a otras entre la bruma de su propia inconsciencia.

(11 de febrero)

Las almas en pena

Me presentaron a Hugo Gola hace cerca de siete años y desde entonces nos vemos una que otra vez; pero cuando esto sucede la poesía o la literatura se interponen entre nosotros, de tal manera que si alguna cosa, digamos las cuestiones políticas, quieren también asomarse a la conversación, son bienvenidas, aunque en este caso siempre terminen por referirse a meros intelectuales o teóricos; y así, el infaltable tema del exilio (ambos somos exiliados) tiene invariablemente que ver con el paraíso perdido (en verso blanco inglés) o con el infierno —a condición de que sea en tercetos—. Como consecuencia, hasta el día de hoy yo no conozco nada de su vida familiar ni él de la mía, y no sé si esto es bueno o malo, pero así es. Nuestros encuentros son breves, muy breves, y se efectúan en cualquier lugar y a cualquier hora, con cita previa o sin ella.

Casi de improviso llega esta tarde a casa. Antes de que tenga tiempo de poner sus papeles en alguna parte, o de sentarse, le pregunto abruptamente si sabe italiano, lo que en buena medida es probable dada su nacionalidad argentina. Sin esperar su respuesta, y con un libro abierto en la mano, le leo en voz alta:

«¡Apiádate», yo le grité, «de mí,
ya seas sombra o seas hombre cierto!»,

pero pronto me doy cuenta de que no era eso lo que quería leerle. Le ruego por fin que se siente y que me espere un momento mientras busco algo en el libro, y ahora sí leo despacio y en voz alta:

A Lucía llamar hizo a su lado
y le dijo: «Tu fiel te necesita
y yo lo recomiendo a tu cuidado».
Lucía, que al dolor sus armas quita,
fuese al lugar en el que yo me era,
junto a Raquel sentada, la israelita.

—¿Es la traducción de Ángel Crespo? —me pregunta Gola.

—Sí.

Entonces examinamos el original de Dante en la página par, «Infierno», Canto Segundo, verso 102: «Che mi sedita con l'antica Rachele», y nos convencemos de que lo más parecido que en ese verso y alrededores hay a «israelita» es «antica», pero como «antigua» no es consonante del «quita» de dos versos arriba, ¿qué mejor que este oportuno «israelita»?

Esto nos lleva al asunto de otras traducciones en verso de la *Divina Comedia*. Hugo recuerda la de alguien —cuyo nombre no retuve— en endecasílabos no

aconsonantados y por tanto mucho más fiel, menos alegre; y yo la vieja del español Juan González de la Pezuela, Conde de Cheste, pero sobre todo la del general y presidente de la República Argentina, Bartolomé Mitre (1821-1906), del que Raimundo Lida nos contaba aquí en México hace años, en el café Triana, que en Buenos Aires los niños de la escuela oyen el nombre y lo escriben como Bartolo Memitre; y de otros que, quizá más imaginativos, entienden el primer verso de la Égloga Primera de Garcilaso de la Vega

El dulce lamentar de dos pastores

como

El dulce lamentar de dos pastores.

En ese momento pienso que algún día debo enviar todo esto a Darío Lancini, el gran palindromista venezolano autor no sólo de *Oír a Darío* (hablando de lo mismo, Jaime García Terrés me adelantó la otra tarde que en una próxima *Gaceta del Fondo* vienen palíndromas suyos (de Jaime) y comentamos de paso el libro reciente, *Palindromía*, del veterano en esta manía, Miguel González Avelar, con sus hallazgos, su obra de teatro en palíndromas y su acucioso prólogo en que denodadamente trata de establecer las leyes que rigen —no en balde Miguel es presidente de la Gran Comisión del Senado— estos viajes de ida y vuelta de las palabras, con algunos atajos y hasta con callejones sin salida, como sucede, no faltaba más, con cualquier ley), autor no sólo de *Oír a Darío*, sino asimismo de unos *Textos bifrontes* («que comparados textualmente tienen diferente grafía pero igual masa fonética», señala Jesús Sonaja Hernández) de que anoto dos pequeñas muestras:

Entrever desaires

Entre verdes aires

El Hacedor mira un ave sin alas timada

Él hace dormir a una vecina lastimada.

Vuelvo al general y presidente de la República Argentina, Bartolomé Mitre, y le recito a Gola de memoria, como muestra ripiosa:

Papé Satán, papé Satán alepe,
grita Pluto con voz estropajosa,
y el grande sabio, sin que en voz discrepe,
me conforta diciendo: no medrosa
tu alma se turbe, porque no le es dado
impedir que descieras a esta fosa

(«Infierno», Canto Séptimo, versos 1-6), en donde, por la fuerza del consonante,

Virgilio, el más dulce de los poetas, como decían antes, resulta hablando con voz estropajosa, casi en la misma forma en que con Crespo la antigua Raquel, símbolo de la vida contemplativa, se vuelve una mujer con su buena nacionalidad israelita, y uno puede imaginarla contemplando algo en su kibutz.

Como en ese momento yo tenía que salir, ya no hallé la oportunidad de aclararle a Gola que cuando llegó minutos antes y le pregunté si sabía italiano yo había estado, desde hacía un buen rato, comparando el verso de Dante «Ya seas sombra o seas hombre cierto» (*qual che tu sei, od ombra od omo certo*) con la inmortal imprecación que el gran don Ramón del Valle-Inclán le lanzó cierta tétrica media noche a unas sombras, cerca de un cementerio:

¿Sois almas en pena o sois hijos de puta?,

que viene a ser, ahora lo descubro, el mismo verso de Dante traducido en prosa por quien mejor sabía.

(28 de abril)

Puntos de mira

No me gusta trabajar; pero cuando lo hago me agrada hacerlo como los pintores. Se paran ante su tela, la miran, la miden, calculan; luego hacen unos trazos con lápiz, se asustan (creo yo) y se van a la calle o leen (son grandes lectores) y vuelven, y desde la puerta ven «aquello», a lo que se acercan, ahora con unos pinceles y una mesita en la que han puesto muchos colores, o pocos, según: rojo, azul, verde, añil, blanco, violeta; piensan, titubean, miran su tela, se acercan a ella y ponen un color aquí y otro allá; se detienen, se hacen a un lado y miran, vacilan, piensan, y leen o se van a la calle, hasta otro rato.

Leer y releer

En sus artículos, en sus cartas, en sus diarios, los escritores franceses dicen siempre que releen, nunca que leen por primera vez a un clásico, como si en el liceo hubieran debido leerlo todo y un autor importante no leído fuera un total deshonor: «Releyendo a Pascal...», «Releyendo a Racine...». No siempre hay que creerles. Pero con esto hay que tener cuidado. Cuando en mi adolescencia leí un artículo de un famoso escritor guatemalteco que comenzaba confesando no haber leído nunca a Montaigne, le perdí todo respeto y escribí y publiqué una adolescente diatriba contra su ignorancia. Así que más vale: «Releyendo el otro día a Cervantes...».

Tren Barcelona-París

Después del libro, probablemente lo mejor que ha inventado el hombre sean los trenes. Tengo una teoría: a partir de este invento, la economía, el estado general de un país corren paralelos a la velocidad y la organización de su sistema ferroviario. Como son sus trenes, como marchen sus trenes marchará todo lo demás. Por supuesto, ésta es una teoría enteramente abstracta y no debo pensar que nuestras librerías, nuestro cine, nuestras orquestas o nuestro fútbol sean como nuestros trenes, pues éstos apenas los conozco y hasta hoy no he encontrado a nadie que los haya usado dos veces, o que no se refiera a ellos con un ataque de risa.

Comienzo a ojear el libro de Carol Dunlop y Julio Cortázar, que Mario Muchnik me obsequió hace unos días en Barcelona: *Los autonautas de la cosmopista*. Mucho que observar en él: el plan, las fotografías, los dibujos, las dedicatorias, la nota en la página del copyright que dice: «Los derechos de autor de este libro, en su doble versión española y francesa, están destinados al pueblo sandinista de Nicaragua. Por su parte, el editor español destina al mismo fin el 2 % del precio de venta de cada ejemplar». Y todo se mezcla con mis propios recuerdos de hace apenas algo más de un año cuando en Managua sus autores me (nos) contaron su proyecto de recorrer en un mes y dos días en un Volkswagen-Combi (que aquí pasó a llamarse tiernamente Fafner, como el dragón del *Sigfrido* de Wagner) la autopista París-Marsella —lo que normalmente puede hacerse en unas cuantas horas—, parando sólo en los parkings (dos por día) y en uno que otro motel cuando lo hubiera: todo lo cual se convertiría en este bello, alocado y melancólico libro que no puedo dejar de relacionar, claro, con el *Viaje sentimental* de Sterne por lo que tiene de amorosa ironía, pero sobre todo, desde el primer momento, con el *Tartarín de Tarascón* por lo que hace a su humor estrafalario; libro que ahora, con menos deseos de aventura pero igualmente imbuido de ese afán de experimentar por el que murió Bacon, leo cómodamente sentado en este vagón del TGV (Train Grande Vitesse, del que los franceses están tan orgullosos) mientras B. lee o saca los sándwiches de jamón que hemos traído para no usar el carro comedor que, nadie sabe por qué, se ve con alivio desde los andenes pero una vez adentro siempre asusta; o veo los últimos restos de la campaña que pronto será tragada por la noche en la misma forma en que hasta ahora lo ha sido por la velocidad. «Es como ir en avión», nos ha dicho alguien; pero no, es algo mejor, es como ir en tren.

(14 de enero)

Postergaciones

El verdadero escritor no deja nunca de escribir; cuando deja de hacerlo dice que lo pospone. En estas posposiciones puede pasársele la vida.

Epitafio encontrado en el cementerio

Monte Parnaso de San Blas, S. B.

Escribió un drama: dijeron que se creía Shakespeare;
Escribió una novela: dijeron que se creía Proust;
Escribió un cuento: dijeron que se creía Chéjov;
Escribió una carta: dijeron que se creía Lord Chesterfield;
Escribió un diario: dijeron que se creía Pavese;
Escribió una despedida: dijeron que se creía Cervantes;
Dejó de escribir: dijeron que se creía Rimbaud;
Escribió un epitafio: dijeron que se creía difunto.

La pregunta de siempre

—Hay que ser neurótico para dedicarse a esta tontería —me dice mi amigo por teléfono, refiriéndose a la angustia que le produce escribir.

¿Quién es quien lo pone a uno en esto —pienso por mi parte— sino esa fuerza negativa que me empuja otra vez a lo mismo, a sabiendas de que lo que se haga hoy tampoco bastará? Y en ese momento yo leía en Berenson: «Se necesita la adolescencia para pronunciarse sobre el porqué y el cómo de las cosas; más tarde nos damos cuenta de que las cosas son bien sencillas, y cualquier explicación crítica, cualquier indagación sobre la naturaleza aparece como una tentativa inútil, una superfluidad. Se puede, con la edad madura, adquirir un ojo seguro y dar un juicio exacto sobre cómo “están” las cosas; pero este juicio no interesa a los jóvenes. Los jóvenes quieren el mensaje, la excitación, y lo encuentran fácilmente en autores deshonestos, poco escrupulosos, que no conocen los límites de su propia mente y buscan el aplauso con cada una de sus manifestaciones».

Pero decir esto y no decir nada es lo mismo: 1) ¿Quién quiere qué mensaje? Los mensajes están ya todos dados. Si de veras los quisiéramos sabemos que están ahí, en alguna parte, sólo que nos falta el valor para tomarlos, aun para siquiera verlos; y la vida entera puede pasarse con diversos mensajes frente a nosotros, a la mano, sobre nuestra mesa de trabajo. 2) ¿Quién conoce los límites de su propia mente? 3) Si ya tienes el aplauso, el aplauso no te importa, y no sé qué otra cosa debería esperar la gente sino el aplauso, la fama. La gente admira mucho a don Quijote (no el libro, al personaje), pero olvida que todos sus sacrificios, sus desvelos, su defensa de la justicia, su amor incluso estaban encaminados a un solo fin: el aplauso, la fama. No tiene otro origen nuestra neurosis: queremos fama. Cualquier acusación de vanidad por desear esto es sólo signo de la hipocresía de la sociedad en que vivimos, en la cual desear el aplauso vendría a ser malo, y uno sólo debería hacer cosas pequeñas, mezquinas, que pasen inadvertidas, por temor a «llamar la atención».

Prefería al Berenson de una página antes: «¿Qué he hecho en toda mi vida? Nada más importante que esa hebra de hierba que está usted arrancando... Ni siquiera en los primeros años, cuando más urgía en mí el deseo de expresarme, no debí nunca poner en primer lugar el trabajo. Y, como los sabios hindúes, habría debido retirarme, a los cuarenta años, a otra vida, a una vida de comunicación con la naturaleza y la soledad... Ahora, en cambio, me ocupan pequeños problemas cuya solución no servirá a nadie».

En cuanto a mí, trato de ver en lo que he escrito, y apenas, aquí y allá, como a escondidas, he dejado deslizar alguna verdad, un testimonio sincero de tal o cual experiencia vivida por mí o, siquiera, pensada por mí. Y entonces, ¿a qué tanta palabrería? ¿Producir una «obra de arte» por medio de palabras convenientemente colocadas para causar una sensación equis en el ánimo del lector? ¿Y luego?

¿Qué cosa es todo poema?

La ciudad nos separa, las distancias, los malos medios de transporte; sin embargo, todos lo vamos aceptando. Los teatros se sienten cada vez más remotos; los cines, más extraños; no existen cafés y probablemente ya no se hagan ni fiestas, porque las amistades han ido también desmoronándose y hay algo triste, muy triste, en esto; y cada quien está cada vez más solo imaginando agravios ajenos o quién sabe qué cosas sin atreverse a decirlas por teléfono antes de las doce del día y después de las doce ya es muy tarde pues los teléfonos han terminado por dar miedo y su campanilleo te sobresalta, aparte de que el correo está muy lejos y habiendo teléfonos resulta insólito escribir cartas que llegarán ocho días después o un mes después, cuando la cosa ya no importa, como en *Bartleby*, oh Bartleby, oh humanidad. Hay una gran fatiga, tan grande como la ciudad; los amigos comienzan a tener algo de sobrevivientes de un raro naufragio y, como dice el verso de Eliot que Ninfa Santos pone en su libro *Amor quiere que muera*: «Every poem an epitaph».

Entonces te entregas a escribir tu diario y a publicar partes, como quien en la islita desierta despliega su camiseta en la única palmera.

(Con miedo de que alguien la descubra, a decir verdad.)

Dualidades

Uno es dos: el escritor que escribe (que puede ser malo) y el escritor que corrige (que debe ser bueno). A veces de los dos no se hace uno. Y es mejor todavía ser tres, si el tercero es el que tacha sin siquiera corregir. ¿Y si además hay un cuarto que lee y al que los tres primeros han de convencer de que sí o de que no, o que debe convencerlos a ellos en igual sentido? No es esto lo que quería decir Walt Whitman con su «Soy una multitud», pero se parece bastante.

Bumes, protobumes, subbumes

La *Historia personal del boom* de José Donoso, que no se reeditaba desde su primera aparición en 1972, presenta ahora tres novedades: doce años más de nostalgia, un Apéndice titulado «El boom doméstico», escrito por la mujer de Donoso, María Pilar Serrano, y otro Apéndice actualizante del mismo Donoso. Así, aparte del valor documental que tienen los recuerdos y testimonios del novelista sobre el nacimiento y desarrollo de ese fenómeno según pocos a punto de extinguirse y según muchos ya extinguido, más sus clasificaciones en protobumes y bumes junior, a lo que reaccionaron sin entusiasmo, por decir lo menos, algunos autores (recuerdo que Jorge Ibargüengoitia escribió en su columna del diario mexicano *Excélsior* que no le interesaba para nada figurar clasificado en lo que Donoso llama el grueso del bum: Roa Bastos, Puig, Leñero, Viñas, Martínez Moreno, Benedetti y otros). María Pilar escribe ahora su parte con la espontaneidad literaria de alguien que no se pretende escritor pero asimismo con la malicia y el ojo más penetrante de quien, aparentemente al margen, como suele pensarse de las esposas de los artistas (abominables o encantadoras según vayan los estados amistosos), vive y observa y, lo que con el tiempo representa más peligro, recuerda. De modo que aquí surgen Fulano y Mengano vistos no como escritores o a través de sus obras, sino como los amigos de todos los días, con sus afectos o sus odios, sus debilidades o sus fortalezas políticas, contadas también por quien las observó desde sus propios prejuicios o posiciones, pero en todo caso con valiente sinceridad.

Fui y sigo siendo amigo de ambos y de su perro Peregrín (hoy muerto), que muchas veces durmió en mi cama; pero nunca asistí, como podría desprenderse de un pasaje del libro, a las fiestas de Carlos Fuentes, entre otras razones porque nunca fui invitado; pero la memoria de los escritores es así y ahora yo parezco formar parte de aquellos alegres veintes mexicanos que no viví en 1965. De nostalgia a nostalgia, recuerdo más bien que con Pepe y María Pilar celebrábamos en mi casa las fiestas que yo llamaba fiestas Walter Mitty, que consistían en formular grandes listas de personajes a quienes invitaríamos, y después, de acuerdo con los defectos o la simpatía de cada uno de ellos, en ir tachando nombres hasta que, como a las dos o tres de la mañana, no quedaba ninguno, y la fiesta no se hacía porque ya la habíamos vivido. Ignoro si todos podrán seguir diciendo (bueno, sintiendo) que son sus mismos amigos de antes. Por mi parte, cuando la suerte me lleva a Madrid organizo la manera de ir con B. al edificio de apartamentos que Pepe y María Pilar ocuparon allí durante un tiempo, y en donde nos despedimos hace tres años, dos días antes de su regreso a Chile; una vez ahí le pregunto al portero si están los señores Donoso y él ingenuamente me dice siempre que no, que «se han marchado».

Acá sólo Tito lo saca.

El otro aleph

Yo creo que hay
(o que hubo) otro Aleph
JORGE LUIS BORGES

Leo el *Ficcionario*, una antología de poemas, cuentos y ensayos de Jorge Luis Borges con introducción, prólogos y notas de Emir Rodríguez Monegal (Fondo de Cultura Económica, México, 1985). Y en esas notas, entrada número 51, lo siguiente: «“El Aleph”. Una sátira de las costumbres literarias argentinas, este relato también contiene una parodia oculta de la *Divina Comedia*; hecho que Borges ha negado explícitamente en un comentario sobre el cuento para la edición norteamericana (1970)».

Hace unos treinta y cinco años conocí en la ciudad de México al crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, si bien nunca fui lo que pudiera llamarse amigo suyo. Cuando en este o en aquel congreso de escritores nos encontrábamos en alguna parte del mundo, indefectiblemente me decía: «Te acabo de citar en mi conferencia; siempre te cito»; pero sin que yo me atreviera nunca a preguntarle a propósito de qué eran esas citas, nos sonreíamos y cada quien seguía su camino.

Rodríguez Monegal sabía mucha literatura hispanoamericana y universal, y entre otras cosas importantes había publicado un libro sobre Pablo Neruda que me interesaba especialmente. Como es bien sabido, en sus últimos años, radicado ya en los Estados Unidos, dedicó su talento a la obra y la vida de Jorge Luis Borges, y este *Ficcionario* es apenas una pequeña muestra de aquella fervorosa dedicación. Ambos, Borges y Rodríguez Monegal, sobrevivieron por muy poco tiempo a la aparición de ese libro, fechado en 1985. En cuanto a Emir, lamento de veras no haber podido comunicarle personalmente la sorpresa que me produjo su teoría de esa fuente (la *Divina Comedia*) e intención de «El Aleph», ambas atribuciones tan alejadas, según yo por lo menos, de la posible verdad.

Si el propio Borges lo negaba en forma tan clara, me pregunto, ¿por qué insistir en la suposición verdaderamente fantástica de que su cuento «El Aleph» quiere ser una parodia de la *Divina Comedia* dantesca? En este momento sospecho que por el deseo, tentación y debilidad en que caen muchos críticos, de adoptar los métodos o los recursos de los autores que admiran y tratan. Así, extrañamente, Rodríguez Monegal sostiene que la *Divina Comedia* «retrata el mundo entero» y es la «verdadera musa» del cuento. Sus principales razones para creerlo son dos: la coincidencia de los nombres de Beatriz en cada una de estas obras, y una curiosa acomodación de sílabas para que del nombre de *Dante Alighieri* se forme el apellido del imaginario y preocupado poeta bonaerense Carlos Argentino Daneri, protagonista de «El Aleph». Esto es ingenioso, pero no muy convincente. En cuanto hace a las

Beatrices, por más que el Borges narrador del cuento amara a Beatriz Viterbo^[3], no dejó de anotar, a lo largo de su narración, que esta Beatriz, prima de Daneri, es un poco abyecta; divorciada que «siempre se había distraído con Álvaro»; iletrada: jamás abrió un libro de los que él le regaló; algo loca: «había en ella negligencias, distracciones, desdenes, verdaderas crueldades que tal vez reclamaban una explicación patológica». Como si esto fuera poco, Borges vio más tarde en el aleph descubierto por Daneri «cartas obscenas, increíbles, precisas, que Beatriz había dirigido a Carlos Argentino».

Si no es posible aceptar la afirmación de que la *Divina Comedia* «describe el mundo entero», pues para cualquiera que la haya leído es evidente que no lo hace, más difícil resulta encontrar en esta mujer la contraparte, aun en una supuesta parodia, de la Beatriz venerada por Dante, epítome de pureza y perfección. Pero, en fin, en una obra literaria uno puede hallar lo que quiera, y Emir Rodríguez Monegal tenía todo el derecho a encontrar en ésta lo que su imaginación de lector y de crítico le dictara. Aun en contra de la protesta del propio autor, Jorge Luis Borges.

Pero lo más probable es que la verdadera fuente de «El Aleph» de Borges esté en otra parte, y a buscar, y, con un poco de suerte, encontrar eso, se encaminan estas líneas.

Permítaseme citarme y hacer un poco de historia.

En mi novela *Lo demás es silencio*, en la sección de aforismos, dichos famosos, refranes y apotegmas de Eduardo Torres, en la entrada «Platitudes», puede leerse:

Sé que mis enemigos dicen que soy un escritor plano, pero recuérdese este verso de Alonso de Ercilla (*La Araucana*, canto IV): ¡*Cuán buena es la justicia y qué importante! El Heraldo*, Ernesto Mejía Sánchez y su obsesión por la «lucida poma».

Y en verdad, pocas obras clásicas están tan plagadas de prosaísmos, planicies y lamentables ripios como lo está *La Araucana*, este gran poema que aprendí a apreciar con cierta fascinación y gusto durante mis dos años de exilio en Chile (1954-1956), en donde esa rica epopeya es una especie de monumento nacional por gracia, es de pensarse, entre otras razones, de la justicia que Ercilla hace en ella al valor y la nobleza de los indios araucanos, a quienes exterminaba con denuedo al mismo tiempo que versificaba en octavas reales, la forma heredada de Ludovico Ariosto, la historia de su conquista a mediados del siglo XVI. En varias ocasiones presencié cómo, en su casa de Santiago, Pablo Neruda hacía que alguno de sus amigos íntimos leyera en voz alta largos pasajes del poema, que el poeta escuchaba extasiado y con frecuencia coreaba con los demás asistentes a la fiesta.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga había nacido en Madrid en 1533, de padres nobles y desafortunados. A instancias de su madre viuda ante el emperador Carlos Quinto, a los quince años de edad don Alonso entra como paje al servicio de la casa real, lo que le dará la oportunidad de viajar por toda Europa en los próximos seis. Por

una parte, esto hace que su educación no sea, por decir lo menos, ni metódica ni satisfactoria; pero, por otra, la moda cortesana imperante lo familiariza con las obras de Boccaccio, Petrarca, Garcilaso, Dante, Ariosto y Sannazzaro, más el obligado estudio de la *Eneida* de Virgilio y la *Farsalia* de Lucano. El sino viajero que marcará su vida lo lleva en 1555 a cruzar el Atlántico camino del Perú, de donde pasa pronto a Chile. De aquí vuelve desterrado, después de estar unos meses preso por sus actitudes levantiscas y pendencieras, al Perú, en situación económica angustiosa. En 1563 regresa a España. De sus más de siete años en aquella región de América, gastó uno y medio en la guerra de reconquista contra los araucanos, a quienes en ese lapso aprendió a matar, a admirar, y quizás a amar. Nunca antes el cortesano Ercilla había escrito un solo verso; pero ahí, en aquellas circunstancias, se descubrió poeta, y la historia de sus luchas de esos dieciocho meses entre la vida y entre la muerte, entre la verdad real y la verdad poética, está inserta en las 2.633 octavas reales de que se compone *La Araucana*, que por partes y en diferentes fechas publicó en España. Este poema, compuesto aquí y allá, y en buena medida, según él, durante las noches de los días de batalla, le procuró inmensa fama en vida y lo puso firmemente en la posteridad, bien leído por unos cuantos (los indispensables) y mal o de mala gana por muchos, incluidos algunos de los que por programa lo enseñan hoy sin entusiasmo en escuelas y universidades. Al final de su vida Ercilla se convirtió en un hombre rico; pero el menosprecio de Felipe Segundo, a quien disgustó por tímido y a quien sirvió con torpeza como diplomático ocasional, lo sumió en un pesimismo incurable. Dicen que conoció y que fue amigo del Cervantes recién regresado del cautiverio en Argel, y es cierto que el generoso Cervantes le dedica aquella torturada octava real de la *Galatea* que dice:

Otro del mismo nombre, que de Arauco
cantó las guerras y el valor de España,
el cual los reinos donde habita Glauco
pasó y sintió la embravecida saña,
no fue su voz, no fue su acento rauco,
que uno y otro fue de gracia extraña,
y tal que Ercilla, en este hermoso asiento
merece eterno y sacro monumento,

y que el Cura salva *La Araucana* del fuego, elogiándola, en el capítulo VI de la Primera parte del *Quijote*. Aunque a ratos lo añorara, Ercilla no regresó nunca al lugar de sus hazañas de espada y de pluma, y, de esta manera, en 1594, a los sesenta y nueve años, murió en su cama, próspero, glorioso y triste, como el final de su libro.

No todos los poetas son Dante o Ariosto. En las 2.633 octavas reales que componen *La Araucana*, o en su equivalente de 21.064 renglones endecasílabos que a su autor le fue necesario rimar, los versos malos, los rипios y los consonantes pobres

pueden saltar peligrosamente de una página a otra, como enemigos araucanos en la oscuridad de la noche. Pero por fortuna hay muchas otras cosas curiosas e imprevistas en un poema de esa magnitud. Y un aleph muy grande, precisamente, es una de ellas.

Cuando el doctor Eduardo Torres dedicó a su amigo Ernesto Mejía Sánchez el artículo «Platitudes», citado arriba, estaba haciendo, con la misteriosa referencia a cierta «lucida poma», una oculta alusión a las conversaciones que el poeta nicaragüense y yo habíamos sostenido acerca del anciano mago Fitón, quien en el canto XXVII de *La Araucana* muestra al conquistador Ercilla, su enemigo español, nada menos que una esfera de cristal en la que podía contemplarse simultáneamente cuanto sucedía en ese momento en las más diferentes y opuestas regiones del globo terráqueo, en la misma forma que ocurrirá con el aleph de Carlos Argentino Daneri, poeta detestable, y de Jorge Luis Borges, escritor genial, unos trescientos años más tarde.

De ese prodigioso canto Ercilla dedica cuarenta y siete y media octavas reales a describir, por boca del orgulloso mago araucano, su inventor, los múltiples lugares y sucesos del mundo pasado y presente que podían contemplarse al mismo tiempo en la «poma lucida» (poma por pomo o frasco redondo), no de «dos o tres centímetros» como la descubierta por Carlos Argentino Daneri en el sótano de su casa de la calle Garay en Buenos Aires, sino, por lo contrario, muy grande, tan grande que se hallaba en una «cámara espaciosa que media milla en cuadro contenía» y no podía ser abarcada por veinte hombres. El satisfecho mago Fitón hace mirar en ella a Ercilla prácticamente todos los sitios posibles del mundo antiguo y del mundo moderno, y a sus habitantes, que pasan ante los ojos atónitos del poeta (como en el cuento de Borges pasan por los de Borges): países, ciudades, gente, ríos, aves, montañas, insectos, mares:

Ves a Burgos, Logroño y a Pamplona;
y bajando al poniente, a la siniestra,
Zaragoza, Valencia, Barcelona;
a León y a Galicia de la diestra.
Ves la ciudad famosa de Lisbona,
Coímbra y Salamanca, que se muestra
felice en todas ciencias, do solía
enseñarse también nigromancía.
Mira los despoblados arenosos
de la desierta y seca Libia ardiente;
Garamanta y los pueblos calurosos,
donde habita la bruta y negra gente;
mira los trogloditas belicosos,
y los que baña Gambra en su corriente:

mandingos, monicongos y los feos
zapes, biafras, gelofos y guineos.

Mira a Jalisco y Michoacán, famosa
por la raíz medicinal que tiene;
y a México abundante y populosa,
que el indio nombre antiguo aun hoy retiene;
ves al sur la poblada y montüosa
tierra que en punta a prolongarse viene,
que los dos anchos mares por los lados
la van adelgazando los costados.

No contento con esto, el mago Fitón, entusiasmado con la maravillosa bola creada por él mismo, le presume ufano a Ercilla de que si contara con más tiempo le podría mostrar en esa misma bola los cuerpos celestes y la virtud de los astros:

Y como ves en forma verdadera
de la tierra la gran circunferencia,
pudieras entender, si tiempo hubiera,
de los celestes cuerpos la excelencia,
la máquina y concierto de la esfera,
la virtud de los astros y influencia,
varias revoluciones, movimientos,
los cursos naturales y violentos.

Más que satisfecho con lo que ve de la tierra, antes de describir el contenido de la esfera el poeta Ercilla había compendiado en una sola octava lo que iba a contemplar con asombro, un ceñido resumen de las cuarenta y siete y media que siguen:

Era en grandeza tal que no podrían
veinte abrazar el círculo luciente,
donde todas las cosas parecían
en su forma distinta y claramente:
los campos y ciudades se veían,
el tráfico y bullicio de la gente,
las aves, animales, lagartijas,
hasta las más menudas sabandijas.

Al llegar al momento culminante de su historia —y cito largamente para deleite de ustedes— Borges dice en «El Aleph»:

En la parte inferior del escalón, hacia la derecha, vi una pequeña esfera

tornasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio la creí giratoria; luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba. El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo. Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó, vi en un traspatio de la calle Soler las mismas baldosas que hace treinta años vi en el zaguán de una casa en Fray Bentos, vi racimos, nieve, tabaco, vetas de metal, vapor de agua, vi convexos desiertos ecuatoriales y cada uno de sus granos de arena, vi en Inverness a una mujer que no olvidaré, vi la violenta cabellera, el altivo cuerpo, vi un cáncer en el pecho, vi un círculo de tierra seca en una vereda, donde antes hubo un árbol, vi una quinta de Adrogué, un ejemplar de la versión inglesa de Plinio, la de Philemon Holland, vi a un tiempo cada letra de cada página (de chico, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran en el decurso de la noche), vi la noche y el día contemporáneo, vi un poniente en Querétaro que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala, vi mi dormitorio sin nadie, vi en un gabinete de Alkmar un globo terráqueo entre dos espejos que lo multiplicaban sin fin, vi caballos de crin arremolinada, en una playa del mar Caspio en el alba, vi la delicada osatura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla enviando tarjetas postales, vi en un escaparate de Mirzapur una baraja española, vi las sombras oblicuas de unos helechos en el suelo de un invernáculo, vi tigres, émbolos, bisontes, marejadas y ejércitos, vi todas las hormigas que hay en la tierra, vi un astrolabio persa, vi en un cajón del escritorio (y la letra me hizo temblar) cartas obscenas, increíbles, precisas, que Beatriz había dirigido a Carlos Argentino, vi un adorado monumento en la Chacarita, vi la reliquia atroz de lo que deliciosamente había sido Beatriz Viterbo, vi la circulación de mi oscura sangre, vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez el Aleph y en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo.

Son numerosas, pues, las coincidencias, a veces contradictorias, entre la enorme bola de Ercilla y la diminuta de Borges.

La de Ercilla es «una gran poma milagrosa»; la de Borges, «una pequeña esfera tornasolada»; la de Ercilla contiene «en muy pequeña forma grande espacio»; en la de Borges, «el espacio cósmico estaba allí, sin disminución de tamaño»; en la de Ercilla: «verás del universo la gran traza»; los ojos de Borges habían visto «el inconcebible

universo»; Ercilla: «vi croatas, dalmacios, eslavones, búlgaros, albaneses, transilvanos, tártaros, tracios, griegos», y «la multitud de gente que allí había»; Borges: «vi las muchedumbres de América».

En otro canto, Ercilla había visto, entera, con todo detalle y en vivo, la batalla de Lepanto; Borges ve «el populoso mar»; Ercilla ve «hasta las más menudas sabandijas»; Borges, «todas las hormigas que hay en la tierra»; Ercilla ve tierras que «nunca antes habían sido descubiertas»; Borges ve «convexos desiertos ecuatoriales»; Ercilla ve «a México abundante y populosa»; Borges observa «un laberinto roto (era Londres)»; Ercilla percibe a Michoacán, «famosa por la raíz medicinal que tiene»; Borges contempla «un poniente en Querétaro».

Éstas, y otras que no traslado aquí en honor de la brevedad elogiada por Ercilla en ese canto XXVII, son algunas de las similitudes que yo había encontrado en 1962 al corregir las pruebas de la edición de *La Araucana* publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México en su colección Nuestros Clásicos: quizá simples coincidencias en la obra de dos escritores geniales, pero significativas en contra de la supuesta fuente dantesca.

Literariamente importa más la diferencia esencial: la magia del conquistador Ercilla es una magia sin magia, sin magia verbal, una magia ripiosa y un tanto mecánica de su guerrero siglo XVI; la de Borges, su propia magia conceptual, irónica, simultaneísta y ambigua, características que él mismo contribuyó a establecer con su obra en la literatura del siglo XX. Como su «Pierre Menard, autor del Quijote», «El Aleph» de Borges dice en el siglo XX cosas muy diferentes que la poma de Ercilla en el siglo XVI. Pero lo curioso es que «El Aleph» se ha convertido en el cuento definitorio por excelencia de la originalidad, una originalidad que nadie discute, de Jorge Luis Borges, el cuento que lo identifica sin más, según la crítica mundial, como el escritor modélico que marca con él un nuevo punto de partida en la literatura fantástica de nuestro tiempo. Sin embargo, como hemos visto, es cierto que en el mundo de la imaginación existen dos esferas: una muy grande y una diminuta, y que cualesquiera que sean las coincidencias o diferencias verbales con que se describe su contenido, el hecho objetivo es que en ambas se refleja simultáneamente el infinito universo: un aleph de Borges y un aleph de Ercilla que sin encontrarse han coexistido en la literatura en español durante el último medio siglo.

Dice Borges en la posdata de «El Aleph»:

«Por increíble que parezca, yo creo que hay (o que hubo) otro Aleph».

Y en seguida da sus razones para fundar esa creencia:

Pedro Henríquez Ureña descubrió en una biblioteca de Santos un manuscrito suyo [del capitán Burton. A. M.] que versaba sobre el espejo que atribuye el Oriente a Izkandar Zu al-Karnays, o Alejandro Bicornes de Macedonia. En su cristal se reflejaba el universo entero. Burton menciona otros artificios congéneres: la séptuple copa de Kai Josrú [que no he hallado. A. M.], el espejo que Tarik Benzeyad encontró en una

torre (1.001 noches, 272) [que no aparece bajo ese número en mis ediciones inglesa y española. A. M.], el espejo que Luciano de Samosata pudo examinar en la luna (*Historia verdadera*, I, 26) [que está allí y a la letra dice: «Hay un espejo colocado encima de un pozo no muy profundo. Y si alguno baja a tales pozos oye todo lo que acá en la tierra nuestra se dice; y si mira al espejo, ve a todas las gentes y ciudades como si estuviera presente. Ahí contemplé yo a mis parientes y a toda mi patria. Si acaso ellos a su vez me miraban lo ignoro y no puedo asegurarlo. Si alguno cree que esto no es así entenderá que digo verdad si alguna vez fuere llevado allá», Luciano de Samosata, *Novelas cortas y cuentos dialogados*, Jus, México, 1966. A. M.], la lanza especular que el primer libro del *Satyricon* de Capella [que no he encontrado. A. M.] atribuye a Júpiter, el espejo universal de Merlín, «redondo y hueco y semejante a un mundo de vidrio» (*The Faerie Queen*, III, 2, 19) [que allí está, y dice: «*For thy it round an hollow shaped was, / like to the world it selfe and seem'd a world of glass*», Edmund Spenser, *The Faerie Queen*, III, II, 19, Penguin Classics. A. M.].

Entre una y otra referencias, Borges en ningún momento recuerda a Alonso de Ercilla y su *Araucana* como el lugar en «que hay (o que hubo) otro Aleph».

Se diría, no sin cierta perturbación, que a pesar de cuatro siglos de gloria escolar a partir de su gran éxito inicial, nadie en este mundo hubiera leído en los últimos cincuenta años *La Araucana*, ni, mucho menos, encontrado en sus páginas este descomunal aleph, tan grande que parece impedir verlo, el aleph de Ercilla, como suelo llamarlo; de Alonso de Ercilla, cortesano fracasado, poeta inculto y disonante, soldado generoso y usurero implacable.

Pero en efecto, escondido en territorio chileno, existió hace todos aquellos años este otro aleph que la aguda intuición de Jorge Luis Borges sospechaba, pero que no llegó nunca a precisar.

«¡Qué buena es la justicia y qué importante!», dice el poeta Ercilla en el verso recordado en mi novela por Eduardo Torres. Creo que a hacérsela a él estaban encaminadas la curiosidad de Ernesto Mejía Sánchez y la mía cuando intercambiábamos estas impresiones a raíz de mi lectura de pruebas de *La Araucana*. ¿Inició Mejía Sánchez, terminó, publicó algún trabajo sobre esto? No lo sé; no lo creo. En todo caso, estas líneas están dedicadas a su memoria.

P. S.

Mi amigo Antonio Fernández Ferrer me entrega hace unos años con una sonrisa, en el lobby del hotel Wellington de Madrid, lo siguiente, tomado del libro XII («Que trata de la conquista de México»), capítulo I («De las señales y pronósticos que aparecieron antes que los españoles viniesen a esta tierra, ni hubiese noticia de ello») de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún:

La séptima señal fue que los cazadores de las aves del agua cazaron una ave parda

del tamaño de una grulla, y luego la fueron a mostrar a Mochteuczoma, que estaba en una sala que llamaban Tliltlancalmécatl, era después de medio día; tenía esta ave en medio de la cabeza un espejo redondo, donde se parecía el cielo, y las estrellas, y especialmente los mastelejos que andan cerca de las cabrillas: como la vio Mochteuczoma espantóse, y la segunda vez que miró en el espejo que tenía el ave: de ahí un poco vio muchedumbre de gente junta que venían todos armados encima de los caballos, y luego Mochteuczoma mandó llamar a los agoreros y adivinos y preguntóles, ¿no sabéis que es esto que he visto? que viene mucha gente junta, y antes que respondieran los adivinos desapareció el ave, y no respondieron nada.

Por mi parte, en Nicolás Sebastián Roch, llamado Chamfort (*Máximas*, traducción de Antonio Martínez Sarrión) encuentro un aleph más íntimo, que todos llevamos dentro:

M. me decía: «Me he limitado a buscar todos mis placeres en mi interior, es decir en el exclusivo ejercicio de mi inteligencia. La naturaleza ha puesto en el cerebro humano una pequeña glándula llamada cerebelo, la cual desempeña el papel de un espejo; ahí se representan, mal que bien en grande o en pequeño, en líneas generales o en detalle, todos los objetos del universo, incluidos los productos de su propio pensamiento. Es una linterna mágica que pertenece al hombre y ante la cual se suceden escenas donde es alternativamente actor y espectador».

Y en la prensa mexicana:

París, 21 de febrero de 1996 (AFP). Misteriosas piedras venidas de todas partes del mundo, símbolos de poder y de gloria o dotadas de virtudes mágicas, como el espejo adivinatorio de Moctezuma II, en obsidiana, iluminan el parisiense Museo de Historia Natural. La pieza que más atrae al público es, según los organizadores, el espejo adivinatorio azteca, que data del siglo XV o XVI.

El espejo fue enviado por el conquistador Hernán Cortés a Carlos V, en un galeón español que fue interceptado en 1522 por el corsario normando Jean Fleury de Honfleur, que se lo envió a Francisco Primero.

Me atrevo a suponer que todo esto habría divertido la imaginación de nuestro *miglior fabbro*, Jorge Luis Borges.

La vaca

El poeta y su trabajo es el título general de una colección de cuatro volúmenes publicados por la Universidad de Puebla, México, entre 1980 y 1985, en los que se recogen «poéticas» y ensayos afines —desde Edgar Allan Poe— de poetas modernos: Rainer Maria Rilke, Wallace Stevens, Haroldo de Campos, Gottfried Benn, Allen Ginsberg, Giórgos Seféris, Paul Valéry y otros, en ese desorden. Comenzó la serie el argentino Raúl Dorra, y la continuó el argentino Hugo Gola.

Al leer en el primer volumen la segunda parte del ensayo titulado «¿Cómo hacer versos?», de Vladimir Maiakovski, en el que éste se propuso explicar, a la manera de Poe, la forma en que concibió y escribió su célebre poema «A Serge Esenin» (futuro suicida él mismo, Maiakovski condena en ese trabajo el reciente suicidio de Esenin), encuentro lo siguiente: «En el lugar de un “monumento a Marx” se reivindicaba un monumento a la vaca. Y no a la vaca lechera al estilo de Sosnovski, sino a la vaca símbolo, a la vaca que da cornadas contra la locomotora».

Y esa locomotora me remonta al cuarto de la calle París que habité durante mi exilio de Santiago de Chile, en donde una mañana de septiembre de 1954 escribí una especie de poema en forma de cuento muy breve, o cuento en forma de poema en prosa muy breve, titulado «Vaca», que incluí cinco años más tarde en mi primer libro. Se trata de mi visión de una vaca muerta —«muertita», como en esa página se dice, a la manera mexicana— al lado de la vía férrea, y que yo percibo desde el lento tren en marcha, no atropellada por éste, ni por cualquier otro, sino muerta de muerte natural (vale decir, tratándose de una vaca boliviana del altiplano, seguramente de hambre) y, sin proponérmelo con claridad, convertida en ese momento por mí en símbolo del escritor incomprendido, o del poeta hecho a un lado por la sociedad. Durante mucho tiempo recordé con entera claridad haber visto esa vaca muerta, de carne y hueso y piel, en el alto desierto de Bolivia; pero ahora, no sé por qué suerte de capricho mental, pretendo no estar tan seguro y me gusta jugar con la idea de que quizá sólo la imaginé.

Sin embargo, la vaca como símbolo de algo triste y como tema literario apareció ante mí por primera vez cuando en la preadolescencia leí el cuento «Adiós, Cordera», de Leopoldo Alas, Clarín, que entonces me conmovió enormemente, y después he declarado hasta como una de mis influencias.

Pero he aquí que un día de octubre de 1986, en Managua, el poeta Carlos Martínez Rivas (a quien por cierto yo había llevado de obsequio los cuatro volúmenes publicados en México por Dorra y Gola), con el poeta español José María Valverde sentado sonriente entre él y yo, me preguntó a quemarropa que cómo era posible que yo hubiera declarado en público semejante barbaridad —la de aquella influencia—, siendo Leopoldo Alas (en general o sólo en sus cuentos, no recuerdo bien) un escritor tan malo.

Confieso que en ese momento, bajo los rayos del ardiente sol nicaragüense que daban en forma directa sobre mi cráneo desprotegido y me hacían recordar, sin decirlo, el buey de Rubén Darío y la vez que de muy niño éste se perdió en el campo y fueron a encontrarlo, según él mismo lo cuenta en su *Autobiografía*, debajo de las ubres, precisamente, de una vaca, fui débil, y le respondí apologético que yo declaraba ese cuento una influencia sentimental, como lectura que me había conmovido en la vida y me había enseñado a sentir; no como influencia artística, o formal.

—Ah, bueno; así sí —concedió Martínez Rivas, y yo prometí que en regresando a casa lo releería.

En ese mismo instante el poeta Valverde, el poeta Martínez Rivas y yo estuvimos de acuerdo en el viejo tópico consistente en lo peligrosa que puede ser la relectura de autores que en la niñez nos han parecido maravillosos. Pero yo ahora, sin volver a un lado la cara, ni por lo bajo, como dicen que hizo en su momento Galileo Galilei, pienso y me digo y lo declaro en voz alta: *E pur si muove*.

Ya en plena adolescencia, cuando emprendí vagos estudios de latín, se me aparece otra vaca en la fábula de Fedro que comienza:

Nunquam est fidelis cum potente societas

que me sirvió, o que conté de nuevo con variantes de intención y más tremendo final en otro de mis libros, sin pretender acaso simbolizar con ella la indefensión de los débiles cuando se quieren pasar de listos ante el poder. Pero los símbolos se obstinan en renacer de sí mismos, y uno sólo necesita colocarlos ahí para que vuelvan a serlo.

«Esenin», observa más adelante Maiakovski, «se había emancipado del idealismo campesino; pero tuvo, evidentemente, una recaída; así, junto a

El cielo es una campana
la luna el badajo

estaba la apología de la vaca.»

Las vacas pueden ser utilizadas como símbolo de muchas cosas. Sólo es feo y triste ponerlas como símbolo de mansedumbre y resignación.

La vaca de Maiakovski dando cornadas contra la locomotora: mucho mejor.

El autor ante su obra

Contaba Raymond Carver, el gran cuentista norteamericano contemporáneo nuestro, que en ocasión en que un cuento suyo, y siendo él por entonces un desconocido, apareció en una antología de «los mejores cuentos norteamericanos» del año tal, sintió tanto gusto que pasó toda la noche de aquel día en su cama, al lado de su mujer dormida, con el libro en la mano; leyéndolo, pero más bien sólo mirándolo arrobado, hasta que horas más tarde, en la madrugada, el pesado artefacto cayó sobre él, o encima de su mujer, o entre ambos, en el momento en que él mismo sucumbió al sueño y sus manos no pudieron sostenerlo más.

Carver no declara cuál haya sido su actitud ante los libros enteramente suyos cada oportunidad en que éstos fueron siendo publicados a lo largo de los años siguientes.

¿Nos ocurrirá a todos un poco lo mismo?

De mí sé decir que cuando en 1959 salió a la luz por primera vez, en México, mi libro *Obras completas (y otros cuentos)*, me costó mucho trabajo acostumbrarme a la impresión que me produjo verme por fin convertido en autor, posibilidad que durante largo tiempo había yo pospuesto, y lo que sólo movido por solicitudes ajenas a mí me atreví a hacer, como pensando en otra cosa, algo tardíamente, cerca ya de los cuarenta.

El día en que por fin eso sucedió me desasosegué tanto que me sumí en otro silencio de diez años antes de decidirme a repetir la experiencia con *La Oveja negra y demás fábulas*; y en otro enmudecimiento más, esta vez de tres, para llegar al tercero, *Movimiento perpetuo*. En la misma forma, queriéndolo o no, he terminado por publicar nueve libros en cincuenta y siete años, a partir de la tarde en que entregué a un periódico mi primer cuento, en Guatemala y en 1941.

Cuando las reediciones de todos ellos inevitablemente se han sucedido, recuerdo siempre la salida del primero con parecida emoción.

Y, por cierto, con la misma inseguridad. En aquel tiempo difícilmente podía yo soportar que alguien, en cualquier reunión, o en la calle o en donde fuera, me hablara de mi libro recién aparecido, y si por acaso lo elogiaba, me invadía tal sensación de vergüenza que yo, como podía, cambiaba la conversación o, sencillamente, huía; huía con preferencia hacia mi casa y, ya en ella, solo, solitario, abría el pequeño volumen y leía partes aquí y allá, en busca de qué cosa podía ser lo que a mi ocasional interlocutor le había gustado, o interesado; miraba pensativamente al techo, y si era ya una hora avanzada, llevaba conmigo el libro a la cama, como Carver cuenta que hizo.

Uno no cambia. Todavía lo hago, poseído por una vaga mezcla de gozo, inquietud y temor.

En los últimos años, un libro mío recién publicado que se desliza de mis manos en la alta noche es lo único que se ha interpuesto entre mi mujer y yo.

Mi primer libro

Haz lo que amas. Conoce tu propio hueso, róelo, entiérralo, desentiérralo y vuélvelo a roer.

HENRY DAVID THOREAU

I

Poco después de aceptar la honrosa invitación a venir aquí me proponía tratar determinado problema literario que ha andado rondándome durante los últimos años, cuando una amiga me confesó que si ella tuviera que acudir a algún sitio para escucharme hablar en persona, lo que le gustaría oír sería no una disertación académica probablemente abstrusa, sino algo sobre mí; en mi calidad de escritor, tal vez; pero también como individuo; que naturalmente yo podía reservarme mi intimidad, pero que por lo menos le interesaría conocer algunos aspectos de mi vida: de dónde procedo, por qué causas vivo en México, y en qué circunstancias he escrito y publicado mis libros. En fin, que puesta a escuchar a un autor, preferiría oírle más cosas acerca de él mismo que sus opiniones sobre cualquier problema abstracto.

Como su argumento me pareció razonable, es lo que me propongo hacer ahora.

Pues bien, en las contraportadas de mis libros casi siempre se indica que soy un escritor guatemalteco exiliado en México. Más tarde, en las reseñas periodísticas suele llamármese guatemalteco-mexicano, y en algunas hasta mexicano sin más. Últimamente se anuncia que nací en Tegucigalpa, la capital de Honduras, el 21 de diciembre de 1921.

Con el objeto de tranquilizar a aquellos que ven en mi lugar de nacimiento una suerte de anomalía, en mi libro *Los buscadores de oro* puse lo siguiente:

Para quien en un momento dado decide que va a ser escritor, no existe diferencia alguna en haber nacido en cualquier punto de Centroamérica, en Dublín, en París, en Florencia o en Buenos Aires. Venir a este mundo al lado de una mata de plátano o a la sombra de una encina puede resultar tan bueno o tan malo como hacerlo en medio de un prado, en la pampa o en la estepa, en una aldea perdida de provincia o en una gran capital. El pequeño mundo que uno encuentra al nacer es igual en cualquier parte en que se nazca: sólo se amplía si uno logra irse a tiempo de donde tiene que irse, físicamente o con la imaginación.

De Honduras —adonde por cierto no he vuelto hasta hoy—, tras numerosas idas y venidas de un país al otro, pasé a vivir a Guatemala en 1936, supuestamente en forma definitiva. No fue así.

La razón fundamental y detallada de mi traslado a México podría resultar aquí

una historia demasiado larga. De manera que me limitaré a señalar que el hecho físico ocurrió en 1944, tres años después de que yo comenzara a publicar mis primeros trabajos: cuentos y pequeñas prosas aparecidos en periódicos de Guatemala, así como en una revista literaria, *Acento*, que fundamos un grupo de escritores jóvenes y en la que de manera oblicua desafiábamos las diversas modalidades de censura impuestas por el gobierno del general Jorge Ubico, un sanguinario tirano tropical a caballo, tonto, vanidoso y tan sin relieves que apenas daba para inspirar uno o dos chistes al año. Gobernó catorce. En ese corto o larguísimo lapso este general se entregó a la tarea de asesinar a sus opositores, entre ellos los trabajadores de las fábricas que trataran de organizarse en sindicatos o simples cooperativas (paréntesis: en su delirio anticomunista el general prohibió por decreto el uso de la palabra «obrero»); de perseguir implacablemente a los trabajadores del campo y a los campesinos desocupados (paréntesis: autorizó en la misma forma a sus protegidos terratenientes a matar en el lugar a quien sorprendieran robando fruta de un árbol); al mismo tiempo que se dio maña para poblar el país de tantos soplones, orejas y policías secretos que todavía no me explico cómo mis compañeros y yo llegamos a entendernos y a confabularnos contra él en el más puro estilo de los conspiradores rusos enemigos del zarismo. Todavía recuerdo el sabor de la cuartilla escrita a máquina, partida en pedazos, que tuve que masticar y tragarme cuando cierta medianoche, al salir de una casa conspirativa, varios compañeros y yo creímos observar que un esbirro nos perseguía. Cuento esto en recuerdo de mis compañeros Carlos Illescas, Guillermo Noriega Morales y Francisco Catalán, que habrán tragado también cada uno su parte.

De hecho, la publicación de mi primer cuento en el diario *El Imparcial* marcó pronto mi postura frente a aquel régimen. Se trataba de una sátira un tanto ingenua (el protagonista, trasunto de Gwynplaine, el hombre que ríe de la novela de Victor Hugo, situado en el infierno, protestaba riéndose, mientras era torturado, contra varios impuestos existentes ahí, semejantes a los establecidos en Guatemala por el dictador); pero a la policía el cuento no le pareció tan inocente, y cuando fue propuesto para ser leído en una radiodifusora cultural la censura lo rechazó de principio a fin, lo que a mis escasos diecinueve años me confirió entre mis compañeros escritores y periodistas cierta aureola de autor perseguido por la tiranía. Y quizá se trató de un primer aviso, porque cuando tres años más tarde el pueblo se levantó contra la dictadura, y estudiantes, obreros y toda clase de trabajadores salimos a manifestarnos a las principales calles de la capital, una mañana del mes de junio de 1944, acción en la que por cierto murió la maestra María Chinchilla, me encontré debajo de las patas de los caballos del ejército, antes de ser, dos meses después, espiado, perseguido y finalmente metido en la cárcel, de la que escapé rocambolescamente para buscar y obtener asilo diplomático en la embajada de México. Esta vez mi crimen (mío y de algunos compañeros, por supuesto) había consistido en la publicación de un periódico político, *El Espectador*, contrario al nuevo dictador que se hizo con el poder a la caída de Ubico, otro general, casualmente, y quizá más tonto, pero sin lugar a dudas

más represivo. Eran los años de la Segunda Guerra Mundial y muchos jóvenes de entonces habíamos tomado en serio la lucha contra el fascismo. Tal vez un tanto provocadores, vendíamos nuestro periódico a grito limpio en las calles céntricas de la capital.

Dije antes bajo las patas de los caballos. ¿Recuerdan los versos del poeta peruano José Santos Chocano (1875-1934), modernista, que anheló ser proclamado El Poeta de América y murió asesinado en Chile, en su poema «Los caballos de los conquistadores»? Estoy por afirmar que no, que no los recuerdan. Pero en realidad no importa. Todos esos versos van más o menos como éstos:

*¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!
Sus pescuezos eran finos y sus ancas
relucientes y sus cascos musicales.*

Y bien, yo puedo asegurarles que además de fuertes y ágiles los caballos son por otra parte muy bellos y agradables de ver, siempre que se tenga la suerte de no verlos desde debajo de sus vientres, y que además quien los monta no esté alzando un sable contra uno. O, para el caso, hace cinco siglos, una lanza.

Los libros de historia suelen señalar que cuando Hernán Cortés y sus conquistadores invadieron México, los indígenas pensaban que el jinete y el caballo eran el mismo animal. Así era. Y así sigue siendo. Yo lo confirmé en las calles pavimentadas de Guatemala unos cuatrocientos años más tarde, cuando oí desde muy cerca la música de sus cascos y vi los sables amenazantes encima de mí. Uno de ellos le dio un tajo en la frente a mi compañero Otto-Raúl González, que iba a mi lado.

Doy un salto casi ecuestre.

El 8 de septiembre de 1944 llegué a la ciudad de México en calidad de asilado político, gracias a las gestiones del embajador mexicano en Guatemala, don Romeo Ortega, que me concedió el asilo aun en contra de la voluntad del gobierno local. Días después me envió a México por tren acompañado por el secretario de la embajada, quien durante todo el trayecto de un día llevó una bandera mexicana en sus rodillas, listo a desplegarla como símbolo de extraterritorialidad ante cualquier intento de intervención del ejército guatemalteco. Por mi parte, yo llevaba como único equipaje un suéter y los *Ensayos* de Montaigne en los dos tomos de la primera traducción completa al español hecha por Constantino Román y Salamero, que todavía conservo; aparte del gran gusto de tener que ganarme la vida en la ciudad desmesurada y desconocida, la Ciudad de los Palacios, que yo imaginaba relumbrante de mármol y de oro. Los veinte pesos mexicanos que simbólicamente me había obsequiado el embajador Ortega, y que yo con gesto romántico me había prometido no gastar jamás, fueron consumidos en cervezas en la ciudad fronteriza de Tapachula en honor de mis acompañantes mexicanos y de mi feliz arribo a la libertad.

Una vez en la ciudad de México, ocupando un cuarto de criados en la azotea de un edificio de la calle Luis González Obregón n.º 5-22 en el centro, fui aspirante a mesero (aceptado) en un restaurante, corrector de pruebas para la editorial Séneca, fundada por refugiados españoles, que dirigían el padre José María Gallegos Rocafull, autor de la mejor traducción al español de las *Cartas a Lucilio* de Séneca, y el poeta José Bergamín; y redactor (usando máquinas de escribir antiguas, marca Oliver, que se alquilaban por hora en los portales de Santo Domingo) de una Enciclopedia González Porto, que se destruyó a medio hacer en un incendio. Pero poco tiempo después el nuevo gobierno surgido de nuestra revolución del 20 de octubre me asignó un modestísimo puesto en la embajada de Guatemala, en donde permanecí trabajando durante los nueve años siguientes. En México terminé de hacerme escritor, y en México he publicado por primera vez todos mis libros, diez, hasta el día de hoy, que comprenden cuento, novela, fábula, ensayo, entrevista, diario y memorias. Es fácil observarlo: en nuestra sociedad de la abundancia y la comercialización abusiva, diez libros no son muchos libros. Uno por cada seis años desde que comencé a publicar, lo que atribuyo al continuo ejercicio de mis vicios más arraigados: la pereza soñadora que confesaba padecer Thomas Mann, y la lectura, que vienen a ser equivalentes; pero sobre todo al supersticioso respeto que desde niño me inspiró la palabra impresa. A veces pienso que ese respeto, y otro tanto de temor, debo imputarlos al hecho de que soy autodidacto y, por consiguiente, a una formación demasiado severa y exigente en cuanto a mis lecturas, formación que nunca recibió otro estímulo que la curiosidad ni tuvo otro guía que mi instinto, pero que hizo desarrollarse en mí una desmedida veneración por los autores clásicos que leía, a los que consideraba inigualables y en buena medida vigilantes.

No obstante, creo que diez libros, así espaciados, pueden ser suficientes para expresar algo de lo que uno ha visto y oído, sufrido o gozado en este mundo, en el que aprendí en carne propia lo que son la temprana orfandad, la pobreza y el duro trabajo para subsistir en la adolescencia, prácticamente en la niñez; las luchas callejeras y la persecución política en la primera juventud, el destierro, la convivencia forzosa al lado de tontos con poder, las ilusiones perdidas, los fracasos amorosos, la alegría del verdadero amor compartido.

Así, mientras vivía y esas obras se formaban en mi imaginación, he sido amigo de hombres y mujeres de pureza extraordinaria, los cuales, enfrentados plenamente a lo que consideraban su deber, ofrendaron sus vidas a sus ideales de justicia para que otros, a quienes ni siquiera conocían personalmente, pudieran vivir con dignidad; a la vez que he visto a algunos, que traté de igual manera como amigos, traicionar sus supuestos mismos ideales y convertirse en delatores de aquellos que en un tiempo llamaban hermanos; y he tratado de cerca a poderosos mandatarios hoy investidos de plena y legítima autoridad y mañana sometidos a la humillación y el destierro, como personajes dignos de *La vida es sueño* de Calderón.

¿A qué viene todo esto?, podría preguntárseme.

Pues bien, todo esto viene a que, una vez en las páginas de los mencionados libros, muchos o pocos, ese complejo mundo de encuentros y desencuentros se convierte a veces en una sola línea, o en una simple alusión que de todo ello han extraído su carga emotiva, de melancolía o de encantamiento.

II

No me propongo aquí referirme a todos esos libros, pero espero que su paciencia me permita contar la génesis de por lo menos uno, el primero.

En 1957 mi amigo Henrique González Casanova me dio un empleo en la Universidad Nacional Autónoma de México, en momentos en que yo padecía todas aquellas privaciones y carencias que mis diferentes exilios me habían hecho familiares. En esos días yo acababa de regresar a México de una ausencia de tres años; uno como diplomático en Bolivia y dos como desterrado en Chile, y vivía mi primer matrimonio y mi primera hija.

Para entonces contaba yo con cuentos escritos en México y en aquellos países, pero publicados de modo tan disperso en el tiempo y en el espacio que puede decirse que en la práctica nadie se había enterado de su existencia. Así, a los treinta y seis años yo era para muchos un autor inédito. Tal vez pensando en eso, y con el deseo de remediarlo, mi amigo mexicano me sugirió reunir cuanto antes algunos de aquellos trabajos para ser editados en un volumen por la Universidad.

Acepté, por supuesto, pero la idea de convertirme en autor en serio me asustaba, y no lo hacía, y los meses comenzaron a correr, hasta que una mañana mi amigo me hizo acudir a su oficina de Director de Publicaciones y una vez ahí me dijo, con el índice de su mano derecha dirigido hacia mí, que si en los próximos treinta días yo no le presentaba los originales del volumen en cuestión, me despediría, pues —enfaticó— no me había otorgado aquel empleo para que me convirtiera en un simple burócrata sino a fin de que yo tuviera un lugar adecuado para pensar y escribir, y que si esto se materializaba en libros, mejor. Entre mi miedo a publicar mis cuentos en un libro y el de que mi hija se quedara sin comer y sin techo, venció este último. Así que como pude conseguí un par de tijeras y un frasco de goma, y cortando allá y pegando aquí armé mi original con los cuentos que consideré publicables, entre ellos el titulado «El dinosaurio», que por sus dimensiones y por su carácter aparentemente festivo ha contribuido a que el público y los críticos supongan que sólo escribo cosas brevísimas y, además, humorísticas. Y lo que es peor, a que crean que tienen la obligación de reírse cuando por casualidad leen algo mío. (A propósito de esto, hace algunos años un crítico mexicano cuyo nombre calla la piedad, refiriéndose a otro de mis títulos, *La palabra mágica*, concluyó que éste constituía un fracaso de todo a todo, si no es que un engaño al público, pues durante su lectura —escribió— la risa, según él predecible, se le caía a cada rato de la cara. Ah, pensé, qué hombre tan tonto.)

Todavía, movido por la inseguridad, realicé un último intento de salvarme y puse como condición (yo, poniendo condiciones) que Rubén Bonifaz Nuño, poeta amigo mío, traductor de Virgilio y de Catulo, y que trabajaba también ahí, dictaminara si el volumen debía publicarse o no, y que yo me atendería a su juicio sin causar más problemas. Pero un día después el poeta, siempre generoso, lo aprobó sin más. Entonces, aleccionado por el ejemplo de don Quijote, que en el capítulo primero de su historia no quiere poner a prueba por segunda vez la celada que acababa de hacer pedazos de dos golpes, yo también di mi libro por bueno, y así fue como éste, diseñado tipográficamente por Joaquín Díez Canedo, vio la luz en la Imprenta Universitaria y en el mes de diciembre de 1959, d. de C.

Unos cuantos meses más tarde, y a pesar de la animadversión de un crítico, el inolvidable novelista Rubén Salazar Mallén, que lo descalificó de inmediato llamando a su autor «un humorista sin humor», apareció, entre más de una reseña favorable, la segunda edición; y yo comencé a sentir que todo había sido para bien. Pero ¿qué se podía esperar?, tardé otros diez años en publicar un segundo libro, *La Oveja negra y demás fábulas*, ya fuera por parecidos motivos o por andar, como se dice, enredado en cosas de la vida.

El título

Otra circunstancia que hizo suponer a algunos críticos que mis intenciones eran humorísticas fue sin duda el título: *Obras completas (y otros cuentos)*. Y sí; debo reconocer que se trata de un título más bien raro: titular uno *Obras completas* su primer libro, de escasas ciento treinta páginas contando las en blanco, no es muy común, y hasta supongo que nadie lo había hecho antes ni lo ha intentado después. Pero el añadido entre paréntesis: «y otros cuentos», lo salvaba a mi entender de cualquier apariencia pretenciosa. La verdad es que ese título se me había ocurrido muchos años antes, en Guatemala, destinado a un conjunto de cuentos aún no escritos ni por asomo, uno de los cuales tendría que denominarse por fuerza «Obras completas», además de que su asunto debía, también por fuerza, corresponder a ese título.

Con referencia a esto quiero recordar que el notorio poeta y narrador guatemalteco Rafael Arévalo Martínez (1884-1975), autor del extraordinario relato que tiene como protagonista no declarado al gran poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, titulado «El hombre que parecía un caballo», nos aseguraba una tarde en Guatemala que quien tenía el título tenía el poema. «Denme el título —afirmaba con su voz aflautada aquel hombre de delgadez impresionante—, denme el título y les daré el poema.» Y yo, movido por su convicción, invertí desde entonces largas horas de insomnio ideando títulos para una obra que más tarde o más temprano escribiría. Pero sospecho que la de Arévalo Martínez era más una frase que una verdad, a menos que fuera una verdad de poeta, que deben aceptarse sin discusión.

Durante años, pues, una de mis obsesiones literarias consistió en imaginar la trama de un cuento que pudiera titularse válidamente «Obras completas». Por fin, pasado mucho tiempo, siendo yo becario del Colegio de México gracias a la generosidad de Alfonso Reyes, hallé la solución entre los diversos personajes que se movían en ese medio. De pronto vi con claridad algo que había estado frente a mí en el ambiente, y di forma a esa historia en la cual, como sugiriera Horacio Quiroga al final de su Decálogo, yo podía ser uno de los personajes, esa historia triste del joven poeta indeciso y tímido que se aleja de la poesía —su verdadera pasión— sutilmente inducido a ello por la autoridad de un conspicuo profesor, poeta frustrado, que desvía la vocación del artista adolescente, para convertirlo en un sabio erudito como él, seguro de sí mismo y su saber.

(Y otros cuentos)

Los cuentos que finalmente reuní no son por supuesto todos los que yo había publicado a lo largo de cerca de veinte años. En cuanto a los que quedaron fuera, siento que me fue fácil sacrificarlos sin mayor remordimiento, toda vez que por más que en su momento su aparición me había ilusionado como a todo autor novato, ahora me parecían lo que en realidad eran: intentos de aprendizaje en el largo camino que los siguió. Ahora bien, en la actualidad no han faltado estudiosos que los exhumen y los publiquen en revistas especializadas, y no sin algún bochorno me veo obligado a reconocerlos como hijos míos. Por cierto, esto, esto trae a colación el arcaico pero siempre actual asunto de si es lícito publicar, en vida de éste, o éste ya muerto, trabajos que su autor evidentemente ha desechado; lo que nos lleva de la mano al duro caso de conciencia de si debe cumplirse o no la voluntad de aquellos que, en su lecho de muerte, encargan a su mejor amigo quemar la obra inédita que en ese momento, con mano trémula, sacan de debajo de la almohada, en la perversa tradición que nos viene de Virgilio y su *Eneida*, y pasa por las inseguridades de Franz Kafka.

La publicación de aquel volumen fue un tanto tardía, cuando yo andaba ya por los treinta y ocho, y mis compañeros de generación, centroamericanos y mexicanos, cual más, cual menos, se habían convertido en autores de renombre, Juan Rulfo, por sólo citar a uno. El cuento más antiguo que el libro contenía era el titulado «Diógenes también». En los tiempos en que lo escribía, yo llevaba unos dos años en México, pero las amistades literarias que había cultivado a partir de mi llegada a este país me obligaron a ser mucho más exigente conmigo mismo que en cualquier otra época de mi vida.

Entre estos amigos se encontraban los poetas Ernesto Mejía Sánchez y Ernesto Cardenal, que procedían de Nicaragua, país en el que a la sombra del máximo poeta moderno de la lengua, Rubén Darío, estimulante y supongo que aterradora a la vez, se comienza a escribir versos alrededor de los siete años. Estaban también el poeta

mexicano Rubén Bonifaz Nuño, espléndido por su propia obra y por sus traducciones del latín y el griego, con quien yo compartía la predilección por los clásicos latinos y españoles, de Catulo a Góngora, de Horacio a Virgilio a Cervantes y Garcilaso de la Vega; la mexicana Rosario Castellanos, poeta, ensayista y novelista de extremada agudeza verbal e inteligencia (a pesar de lo cual la mayoría de mis compañeros se iban enamorando de ella uno por uno); en fin, escritores jóvenes de este calibre que no se hallaban dispuestos a dejar pasar nada que no estuviera bien pensado y mejor escrito, y a los que muy pronto se unieron el ensayista y cuentista peruano José Durand, dueño de una gran imaginación, y los cuentistas y novelistas Juan José Arreola y el mencionado Juan Rulfo, clásicos hoy de la literatura mexicana y de nuestro idioma.

Fui muy afortunado al contar con el trato diario de estos primeros interlocutores y lectores, para quienes, tal vez sea duro decirlo, la amistad era algo que se hallaba muy por debajo de la exigencia literaria. Estoy seguro de que el afecto amistoso dependía para ellos, sobre cualquier otra cosa, de que uno pudiera responder en todo momento a aquella exigencia. No formábamos ni un «grupo» ni una «generación», pero nos gustaba repetir a cada instante, como una especie de lema común, la frase atribuida a un personaje romano, que aplicábamos con referencia a la literatura: «Porque vivir no es necesario; pero sí navegar».

Como es natural, la frecuentación de semejantes amigos dio como resultado que para mí el acto de escribir (para no hablar ya del de publicar) haya sido en aquellos años, que, por otra parte, eran de aprendizaje compartido, más una tortura que un goce. Me consuela imaginar que a ellos les ocurría igual, pues lo cierto es que todos sufríamos en busca de la verdad literaria (sea lo que fuere lo que esto quiere decir), de la palabra insustituible y la expresión justa, al tiempo que cotidianamente nos criticábamos unos a otros con entera libertad y franqueza. Gracias a eso también, y como contrapartida, simultáneamente encontrábamos la mejor manera de vengarnos de esas palabras, jugando siempre con ellas, construyendo palíndromos (o palindromas, como los llamábamos), retruécanos o epigramas, a la vez que soportábamos o disimulábamos nuestras angustias existenciales y nuestras tristezas entre bromas constantes y fiestas con mucho vino.

El deber político, que durante todo ese tiempo cumplí gustoso al servicio de la causa democrática de mi país, me obligó de pronto a alejarme de estos amigos y de aquel ambiente de imaginación que yo amaba y compartía con ellos de manera tan estrecha. En 1953 el gobierno revolucionario guatemalteco, que presidía Jacobo Arbenz Guzmán, me envió en forma perentoria, en el término de veinticuatro horas, a Bolivia con un cargo diplomático ante el gobierno de Víctor Paz Estenssoro, que en 1952 había iniciado también una revolución popular reivindicadora de la libertad sindical, de su principal fuente de divisas, el estaño, y de la propiedad de la tierra, arrebatada durante siglos a los indígenas.

Permanecí ahí poco más de un año, dedicado a la defensa, finalmente sin buen

éxito, de nuestro régimen democrático contra las embestidas del Departamento de Estado norteamericano y de la United Fruit Company (que para el caso eran una sola cosa), y que por fin se convirtieron en lo que el Secretario de Estado John Foster Dulles, hermano por no sé qué azar del director de la CIA Allan Dulles, proclamó en Caracas como una «gloriosa victoria», es de suponer que tanto de los Estados Unidos como de la Organización de Estados Americanos y la compañía bananera.

Fuera de Guatemala y de México, alejado de mis compañeros poetas y escritores y en plena lucha diplomática antiimperialista, fue realmente muy poco lo que pude escribir en Bolivia, o por lo menos lo que consideré digno de ser publicado. Sin embargo, de aquel tiempo es el primer borrador de mi cuento «Mr. Taylor», que terminé más tarde en mi nuevo destierro de Santiago de Chile, adonde me trasladé en calidad, una vez más, de exiliado político, después de renunciar públicamente a mi cargo: diplomático.

III

Debo decir ahora que por dolorosos o difíciles que hayan sido, ni entonces ni nunca me he quejado de mis forzados exilios, en los que por suerte siempre encontré inesperadas compensaciones. Recordaré ahora una, entre muchas. Gracias a la publicación de mi cuento «Mr. Taylor» en el suplemento dominical de *El Siglo*, el diario del Partido Comunista chileno, me buscó y me encontró en Santiago Pablo Neruda, a quien yo había conocido personalmente en México. Habiendo leído el cuento en el periódico de su partido, Neruda le preguntó por mí a nuestro amigo común el economista mexicano Juan Noyola. Sorprendido tal vez por el hecho de que en todo el tiempo que yo tenía de vivir exiliado en Santiago no hubiera acudido a buscarlo, como era la costumbre establecida por cuanto perseguido político lograba refugio en Chile, Neruda me mandó invitar a su casa de Isla Negra, en la que celebraría su cumpleaños número cincuenta y uno, y en donde la mexicana Dolores Yáñez, mi mujer de entonces, y yo disfrutamos de su hospitalidad y de la de Matilde Urrutia, su reciente nueva compañera, en una fiesta que se prolongó por dos días con sus noches, durante las cuales el poeta, rodeado de otros invitados entusiastas, no se cansaba de lanzar al espacio, desde la playa, grandes globos, cuyas luces titilaban tenuemente en su larga trayectoria por el cielo nocturno.

Ahí Neruda me ofreció su amistad, que yo acepté algo cohibido. En días posteriores me pidió actuar como secretario de una revista recién fundada por él, *La Gaceta de Chile*, y por más de un año me brindó múltiples pruebas de afecto que yo jamás habría soñado recibir de aquel poeta de renombre mundial, al que ahora tenía a mi lado casi cotidianamente en su casa de Santiago, y al que tanto admiraba, pero que era de esperar de su espíritu ampliamente generoso y solidario.

Mi vida oscilaba entonces entre el brillante mundo de la CEPAL (Naciones Unidas), en el que contaba con amigos íntimos como el malogrado Juan Noyola,

Francisco Giner de los Ríos o Edmundo Flores y, sin que la mayoría de ellos lo sospechara siquiera, la pobreza cercana a la miseria de un cuarto redondo de la calle París, rodeado de prostíbulos, sin ventilación en el verano y sin agua caliente en el invierno. De esos días data, y de esa situación viene, mi cuento «Llorar a orillas del río Mapocho», de título levemente gongorino.

Sin querer me he alejado de mi primer libro.

En una entrevista que mi amigo el crítico uruguayo Jorge Ruffinelli me hizo en 1976, dice que en *Obras completas (y otros cuentos)* hay varios humores. Y así es. El texto titulado «Vaca», por ejemplo, es producto de una vivencia real mía en Bolivia. Durante un viaje en tren yo vi en la árida meseta el cuerpo abandonado de una vaca muerta; por alguna razón me identifiqué con ella y, todavía no sé por qué, la comparé, sin decirlo, al escritor que pasa inadvertido y cuyo mérito nadie reconoce. Ni aun después de muerto.

Tal vez por el recuerdo de las vacas de carne y hueso que todos los días me tocó ver durante años descuartizadas en la carnicería en que trabajé en mi adolescencia, las vacas literarias me han perseguido a lo largo de mi vida, y hace poco, quizá como exorcismo pero también como homenaje, he publicado un libro denominado simplemente *La vaca*, sin adjetivos que pretendieran hacer gracioso o más interesante el título. Estoy seguro de que en mi niñez me volvió sentimental para siempre la vaca del cuento de Leopoldo Alas, Clarín, «Adiós, Cordera», que Bárbara Jacobs y yo incluimos en nuestra *Antología del cuento triste*; y, desde que lo supe encerrado por las noches en la Biblioteca Nacional de Guatemala durante los primeros años cuarenta, no he podido borrar de mi mente (será porque no quiero) que por haber perdido descuidadamente una vaca siendo un muchacho, Arquíloco de Paros se convirtió hace veintisiete siglos en el primer poeta lírico de la literatura occidental, gracias a la lira que unas mujeres compasivas le obsequiaron para consolarlo de su pérdida.

Vuelvo al cuento «Mr. Taylor», que está dirigido, sin que esto se mencione nunca en él, contra el demonio de los Estados Unidos y sus empresas, invasoras de Guatemala en 1954. Cualquiera que sea su valor, este cuento fue mi respuesta a aquel hecho abusivo, brutal e injustificado; y he de reconocer que su escritura me creó problemas de orden ético y estético. En aquel momento yo sentí la necesidad de escribir algo contra los opresores de mi país; pero ciertamente algo que no constituyera una simple reacción emocional mía, lo que me habría parecido pobre y hasta cierto punto vulgar. Antes que nada me debatí en la necesidad de encontrar un elemento que fuera como el símbolo de lo que el imperialismo ha significado en todas las épocas y para cualquier comunidad en forma de embrutecimiento, servilismo y corrupción. Y de pronto lo encontré en las cabezas humanas reducidas de los jíbaros sudamericanos, sólo que en mi relato reducidas por fuera y por dentro. Como es natural, yo estaba indignado por aquel acto de los Estados Unidos que cancelaba —hay que decirlo— uno de los más limpios proyectos revolucionarios de

la historia latinoamericana; pero mi indignación y mi estado de ánimo personales no tenían por qué verse burdamente al desnudo en mi cuento, el cual, según yo, debía ser frío, carente de emoción y casi indiferente, para su mayor eficacia. De esta manera, en los días de los bombardeos norteamericanos sobre Guatemala me obligué a mantener un muy difícil equilibrio entre mi enojo político y mis principios literarios. Curiosamente, y con seguridad como una de las contradicciones del capitalismo, cincuenta años más tarde se publica en Estados Unidos, en inglés y en español, y no pasa mucho tiempo sin que alguna editorial estadounidense pida autorización para antologarlo, incluso, en publicaciones destinadas a la enseñanza, propiciando así que esa historia vaya con frecuencia a corromper las delicadas mentes juveniles de aquel país.

El cuento «Primera dama» obedece también a una reacción de carácter político, aunque muy diluida, a fin de que, como en el caso anterior, el producto fuera una obra literaria antes que cualquier otra cosa. En ese cuento quise retratar a cierta clase media guatemalteca muy baja, a la que pertenecían el presidente y la presidenta colocados en el poder por los que alcanzaron la «gloriosa victoria», y su hipócrita atención a los problemas sociales, como lo es que innumerables niños pobres acudan a la escuela sin desayunar. De paso, en un mundo de novelas sobre dictadores como ha llegado a ser el nuestro, quise hacer ahí justicia a las corrientes feministas escogiendo como protagonista no la figura del dictador asesino, que aquí aparece más bien débil en su papel de marido, sino a su esposa que, valiéndose de su poder, se empeña en recitar en público el poema «Los motivos del lobo», de Rubén Darío, ajena en realidad al dolor del mismo, aparentemente preocupada por las urgencias alimenticias de los pobres y empeñada, mediante su incontenible afán declamatorio, en la propagación de la poesía entre la población en general.

«Sinfonía concluida» está extraído, por lo contrario, de la nada; quiero decir que es producto de la pura imaginación. Durante largo tiempo soñé con un cuento basado en la posibilidad de que alguien encontrara por azar, en la pequeña iglesia de un pueblo apartado de Guatemala, los dos movimientos que no se conocen de la *Sinfonía inconclusa* de Franz Schubert, y a partir de ahí inventar la cadena de posibles consecuencias que el hallazgo traería consigo en Guatemala y, sobre todo, en Europa, en particular en Viena, todo ello sin el menor nexo con la realidad: una buena forma, pude haber pensado, de acercarse al realismo. Y es que, sin saberlo, en mis años de aprendizaje coincidí largamente con ciertas tesis de Raymond Roussel, quien sostenía que para él la imaginación lo era todo. En un tiempo, en efecto, yo había considerado por mi cuenta que los narradores debían extraer de su mente cuanto se propusieran contar, sin apoyo ninguno en hechos externos o cotidianos que ellos hubieran podido vivir u observar, y gozaba (cuando no era que me atormentaba) imaginando tramas y argumentos insólitos pero a la vez posibles o verosímiles. Años después, para mi asombro, el ensayista y profesor Mark Millington, de la Universidad de Nottingham, propició una erudita polémica basada en este cuento con su ensayo «On Location:

The Question of Reading Crossculturally», recogida en las páginas de la revista *Siglo XX/20th Century*, Universidad de Colorado en Boulder, EE. UU., vol. 13, n.º 1, 1995.

«Leopoldo (sus trabajos)» trata el caso de un escritor excesivamente tímido, escrupuloso e indeciso, que no se atreve a dar por terminado un cuento, el único que ha emprendido a lo largo de toda una vida dedicada a la observación y al estudio; y no es casual que en la época en que yo trabajaba ese texto, allá por 1949, fui víctima de una crisis en la que me sentí incapaz de escribir nada, y mucho menos de publicar lo que escribiera, detenido siempre por el perfeccionismo y las dudas. El psicoanálisis me hizo ver la relación existente entre el protagonista de mi cuento y su autor.

Por lo que hace a «El concierto», había (y aquí sí la realidad no podía ser más real) una hija del presidente estadounidense Harry S. Truman, y esa hija de ese presidente era una cantante puede decirse que mediocre, quien sin embargo durante la presidencia de su papá fue a lo largo y a lo ancho de su país dando recitales que la prensa comentaba, la mayoría de las veces con benevolencia e incluso con elogios. Conscientemente o no, ella aprovechaba el poder de su padre para lograrlo. A fin de no hacer tan evidente la relación con los personajes reales, y quizá con el recuerdo de que el presidente Truman (poco tiempo después de arrojar sus bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki), durante una visita oficial a Salzburgo, se sentó resuelto ante un clavecín que había pertenecido a Mozart y tocó en él la canción norteamericana de los años de la Gran Depresión que dice «Yes, we have no bananas to-day» ante la consternación resignada de las autoridades austriacas, en el cuento a ella la transformé en pianista y a él en un gran financiero incapaz de oponerse a sus caprichos, pero dispuesto a pagar sus apariciones en público y a comprar críticas favorables en los periódicos. Pero lo que verdaderamente quiero contar es que en este caso, como escritor, me ocurrió un hecho curioso: en tanto yo escribía su historia, esta mujer se me convirtió dramáticamente en algo que no era lo que yo me había propuesto. Al profundizar en él, el tema pasó a ser para mí el de la inseguridad ante los elogios, el de la duda del artista, de cualquier artista, respecto de los aplausos y el éxito. Cuando finaliza sus conciertos ella escucha las ovaciones entusiastas de sus propios amigos y de los de su padre, y en los días siguientes encuentra en los diarios las críticas favorables; pero a medida que esas críticas son más celebratorias, ella está cada vez más segura de que nada de todo eso es verdadero ni espontáneo, e intuye la verdad que, por otra parte, tampoco desea enfrentar. Nosotros como lectores no sabemos si esta mujer es buena o mala ejecutante, pues el autor no nos lo dice; pero ella vive la sospecha de su propia valía, y sufre. Puedo decir que al escribir el cuento yo también viví la angustia que esa mujer podía experimentar. En esos momentos fui ella y lloré como ella, y desde entonces sé con certeza que si un escritor no comparte internamente y a fondo las emociones de sus personajes, cualquier cosa que salga de su pluma es falsa.

«El eclipse» quiere ser la reivindicación de la cultura maya precolombina y se explica solo; pero a pesar de su tono realista y como documental, se trata de una

fantasía, pues ese fraile, Bartolomé Arrazola, nunca existió y, por tanto, no pudo haber sido sacrificado por los indígenas de Guatemala a principios del siglo XVI.

«Diógenes también», la triste historia del trágico fin de un perro doméstico, fue un inconsciente tributo a ese tema —junto con el enterrado vivo— que aparece más tarde o más temprano en la mente de todo cuentista bisoño: la muerte violenta del perro querido de la familia. Thomas Mann también lo hizo, de mano maestra, a los veintidós años, en su relato «Tobías Mindernickel», y otros también lo han hecho. En cuanto a mí, espero que Dios me haya ayudado a salir con bien de ese paso inevitable.

«El centenario», de igual manera que «Sinfonía concluida», es producto de la pura imaginación; pero al escribirlo imprimí tal carácter realista a cada detalle que durante mucho tiempo varios antólogos del cuento latinoamericano se abstuvieron de incluirlo en sus recopilaciones, aduciendo que estaba sacado de la historia.

Y esos, entre otros (el volumen contiene trece), productos de la realidad o la imaginación fueron algunos de los cuentos que me animé a reunir hace cuarenta y tantos años para complacer a mi amigo y no perder mi empleo.

Como mis libros son ya antologías de cuanto he escrito, reducirlos a ésta me fue fácil; y si de ésta se hace inteligentemente otra, y de esta otra, otra más, hasta convertir aquellos en dos líneas o en ninguna, será siempre por dicha en beneficio de la literatura y del lector.

Índice de procedencias

Se señalan únicamente los años de la primera edición americana y española de cada libro.

Obras completas (y otros cuentos): 14-37

UNAM, México D. F., 1959

Seix Barral, Barcelona, 1981

La oveja negra y demás fábulas: 40-62

Joaquín Mortiz, México D. F., 1969

Seix Barral, Barcelona, 1981

Movimiento perpetuo: 11-13 (Estatura y Poesía) y 66-114

Joaquín Mortiz, México D. F., 1972

Seix Barral, Barcelona, 1981

La palabra mágica: 118-162

Ediciones Era, México D. F., 1983

Muchnik Editores, Barcelona, 1984

Las ilusiones perdidas: antología personal: 233

FCE, México D. F., 1985

La letra e: fragmentos de un diario: 168-189

Ediciones Era, México D. F., 1987

Alianza Editorial, Madrid, 1987

Los buscadores de oro: 38-39 (II), 163-167 (VIII), 63-65 (X), 115-117 (XV)

Alfaguara, México D. F., 1993

Anagrama, Barcelona, 1993

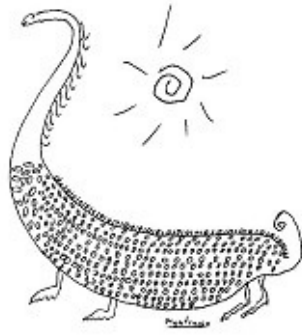
La vaca: 191-211

Alfaguara, México D. F., 1998

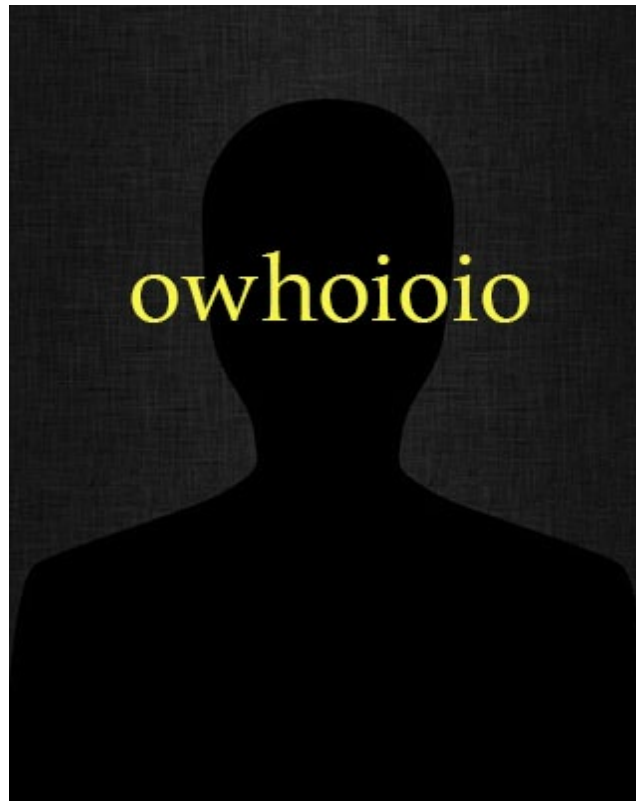
Alfaguara, Madrid, 1998

Literatura y vida: 212

Alfaguara, Madrid, 2003



Cuando este libro se terminó de imprimir en 2013, el dinosaurio todavía estaba allí.



AUGUSTO MONTERROSO (1921-2003), reconocido escritor latinoamericano, nació en Honduras pero vivió su juventud en Guatemala, donde sufrió una persecución política que le obligó a exiliarse, en 1944, a México, país en el que desarrolló con éxito su carrera literaria. Autodidacta por excelencia, abandonó los estudios tempranamente para dedicarse por completo a la lectura de los clásicos, cuya influencia es más que evidente en su obra, una de las más originales de cuantas se han escrito en América Latina. Así lo demuestran los numerosos galardones que recibió, de entre los cuales destacan el Premio Xavier Villaurrutia 1975, el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 1996, el Premio Nacional de Literatura de Guatemala 1997 y el Premio Príncipe de Asturias de las Letras 2000. Es autor de *Obras completas (y otros cuentos)* (1959), *La oveja negra y demás fábulas* (1969), *Movimiento perpetuo* (1972), *Lo demás es silencio: la vida y obra de Eduardo Torres* (1978), *Viaje al centro de la fábula* (1981), *La palabra mágica* (1983), *La letra e: fragmentos de un diario* (1987), *Los buscadores de oro* (1993), *La vaca* (1998), *Pájaros de Hispanoamérica* (2002) y *Literatura y vida* (2003). Junto a su mujer, Bárbara Jacobs, preparó en 1992 la celebrada *Antología del cuento triste*.

Notas

[1] El Daysie's, en la calle de Versalles, cerca de Reforma. <<

[2] Su esposa, como para protegerlo, dijo en su oportunidad que había contraído una pulmonía: pero el mismo Pasqua la desmintió. <<

[3] Sobre el apellido Viterbo encuentro esta lejana referencia, relacionada con una posible historia universal de la superchería, en una nota al pie de la página 453 de *El Renacimiento en Italia* de J. A. Symonds, Fondo de Cultura Económica, México, 1957:

La tentación de hacer pasar por genuinas las propias falsificaciones debe haber sido grande en esta época de descubrimientos, en que el espíritu crítico se hallaba a un bajo nivel y la curiosidad se desbordaba. El ejemplo más curioso de esta decepción [probablemente mala traducción por «engaño», «impostura»: en inglés *deception*. A. M.] literaria nos lo ofrece Annio de Viterbo, quien en 1548 dio a luz diecisiete libros de relatos espurios, haciéndolos pasar por las obras perdidas de Manetho, Beroso, Fabio Pictor, Arquíloco, Catón y otros autores antiguos. No es fácil saber si, al hacerlo, obraba como un impostor o como una víctima. Unas cuantas gentes de su tiempo denunciaron estos relatos como manifiestas invenciones, pero la mayoría las aceptó como auténticas. Hace ya mucho tiempo que nadie discute su carencia de valor. <<